

**Jesús Fernández Santos**

# EL GRIEGO

**Premio Ateneo de Sevilla 1985**



**Lectulandia**

No es mucho lo que se sabe de Doménico Theotocópuli el Greco; tan solo lo que él mismo quiso contar, y que no fue demasiado tampoco. Lo que nos reveló nos habla de su nacimiento en Creta, su estancia en Italia y su viaje definitivo a España quizá para colaborar de algún modo en la empresa del Escorial. Parece ser que estuvo en Madrid alguna vez que otra más después de asentarse en Toledo. Apenas dejó la ciudad del Tajo salvo para algún breve viaje de trabajo.

En Toledo conoció a la mujer que más amó, con la que vivió de por vida y la que le dio un hijo al que llamaron Jorge Manuel. Nunca explicó el padre por qué no se casó nunca con doña Jerónima, ni cómo pudo sobrevivir su amor en el ambiente mezquino que los acogió. Tampoco nos dijo si estuvo a punto de volver a su patria viendo su obra rechazada por el rey, pero no por el pueblo, que siempre estuvo de su parte.

La verdad es que pocos pintores han sido juzgados con tan distintos raseros, según el gusto y saber de cada época.

A pesar de todo, al autor de este libro le ha sido preciso recurrir a la fantasía para llenar el lado oculto de tan oscura vida. Tal es la razón de una novela como esta que bien pudo suceder en el mundo cerrado y recoleto de la sin par Toledo, negra de noche, amarilla de muerte a lo largo del día.

**Lectulandia**

Jesús Fernández Santos

# **El Griego**

**Premio Ateneo de Sevilla - 1985**

ePub r1.0

Titivillus 18.05.15

Título original: *El Griego*

Jesús Fernández Santos, 1985

Imagen de cubierta: fragmento de *La Virgen de la Caridad*, de El Greco

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

---

más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)

---

*Para Alicia y Ricardo Macarrón  
esta historia que pudo suceder*

# JERÓNIMA

MI NOMBRE ES JERÓNIMA; mis padres son cristianos nuevos; nací y crecí ceñida por el río, esta corriente turbia y monótona que rodea con su hoz la ciudad, esa voz que se escucha eternamente. El continuo rumor de aceñas y molinos parece que empuja su lecho de lodo por caminos ocultos entre los agostados jaramagos y los bosques de olivos. De noche, esa misma corriente se alza en un suspiro entrecortado más allá de tapias y presas. La barca que une sus dos orillas lleva a aquellos que quieren abreviar el viaje, cruzando el río sin usar los puentes para seguir, cuesta arriba, a lo largo de la calle del Pozo Amargo, la de San Sebastián, de las Culebras o de Santa Catalina si van a la sinagoga del Tránsito.

Esa barca no sirve en cambio para aquellos que vienen de Madrid, donde la Corte está desde hace poco y de donde no es fácil que vuelva por muchas peticiones que envíen al rey. Se halla más hacia el norte, según dicen, en un lugar más llano; su río es mezquino, en vez de olivos tiene madroños. Por ese camino viene el correo que trae cada día las noticias; y que esta vez esperamos impacientes con la respuesta que tanto nos preocupa. A veces le pregunto a Doménico:

—¿No parece que tarda demasiado?

—Como siempre —responde—. Los negocios de la Corte van lentos.

Pero algo me dice que el porvenir no va a nuestro favor.

Las nubes que cada tarde siembra la brisa parecen arrastrar torpes presagios que borran la esperanza del día a la vez que las cúpulas y torres.

María, la sirvienta, y yo, en la cocina, seguimos esperando. María, confiada, yo temiendo algún anuncio amargo que quizá venga de El Escorial, por cuya causa Doménico, mi esposo, apenas duerme por la noche. Tal vez su orgullo le impide descansar: el no saber cuál será su destino; de todos modos es empresa perdida tratar de adivinarlo. Apenas dice palabra, ni de día, a la hora de comer, ni de noche en el lecho. Quizá piense únicamente en su cuadro.

Pasa su tiempo lejos de los demás, acechando junto a la ventana de su aposento el rumor de ese correo que debería haber llegado ya.

Es posible que esté a punto de avistar nuestra ciudad, mas en tanto no cruce la gran puerta ante los arrabales, no sabrá mi esposo qué porvenir le espera firmado por la mano del rey.

El correo no aparece. Tal vez piensa que le sobra tiempo. Venir desde El Escorial, donde el monarca alza su gran obra, ha de ser para él paseo breve, de poca importancia. Bien puede esperar. Para tal ocasión hubiera sido suficiente enviar un simple mensajero. Sin embargo, no se puede elegir; tan solo obedecer y partir con su valija a costas hasta llegar ante las puertas de la ciudad repleta de seglares, hidalgos y canónigos, y gente de a pie, empujando rebaños.

A buen seguro que conoce nuestra casa; hacia ella se dirige sin dudar. Tal vez se

la indicaron antes de partir y sabe orientarse sin necesidad de preguntar.

De pronto aparece ante la puerta; suenan sus golpes fuera y María, la criada, deja la cocina y lanzando una mirada de soslayo hacia el aposento del amo, siempre cerrado, va a abrir el cuarterón. El correo trae ese pliego tan temido; lo entrega y desaparece. Es una carta de un amigo de la Corte comunicando a Doménico que su cuadro de san Mauricio encargado para El Escorial no ha gustado al monarca. Su color valiente y sus soldados tan gallardos no han satisfecho a su majestad. No es mucho, porque el pintor tiene fama de raro a pesar de su *Expolio* que a todos place tanto en la sacristía de la catedral. Con la carta en la mano, a veces deja descansar sus ojos en un punto lejano como si le llegara alguna novedad de más allá del mar donde se hizo pintor y hombre. Quizás ahora al verse rechazado piense en aquella ciudad, en volver sobre sus pasos o en Roma o quién sabe si en la isla donde vio la luz del sol, al otro extremo del Mediterráneo. De ella salió en busca de fortuna y a ella podría tornar, a sus primeras miniaturas, a sus días en el palacio de aquel famoso cardenal romano que conoció más tarde, tras dejar su patria. Pero sería como comenzar de nuevo, reconocer su fracaso en cierto modo; además está el hijo con el que Dios ha tenido a bien bendecirnos y que me gustaría se criara en España.

Ahora solo se escucha el rumor de los pasos de su padre encerrado en el cuarto, a solas consigo mismo, seguramente meditando acerca del rechazo del rey. Ha de pensar que el mundo está lleno de injusticias, que el monarca no entiende de pintura. Ahora, por unos días alzaré la voz a todos menos a mí, a quien trata como los padres a los hijos favoritos: con respeto a la vez vecino y lejano.

# MARÍA

DOÑA JERÓNIMA ME TRAJO a su casa cuando el que fue mi esposo se marchó al otro mundo dejándome con un par de hijos, el mayor que ha de cantar misa presto; el segundo en los Tercios de Flandes. Ni de uno ni de otro he vuelto a saber gran cosa, aunque maldito lo que necesito quien salve mi alma; lo que me importa es tener alguien que vele por mi cuerpo. Mi alma está en manos del Señor, mi cuerpo en cambio depende de mi trabajo. Cierta día, recién parida la señora, se acordó de haberme visto pedir limosna a las puertas de la catedral y me mandó llamar para que la sirviera. Desde entonces lavo, coso y cuido del niño tal como de chica me enseñaron, atenta siempre a no tocar las cosas del amo. A ello me ayudan mi edad y condición; por lo demás cuando hablo parece que no me oyen; los dos me respetan, incluso el niño; el único que no me mira con buenos ojos es el otro criado, Francisco Preboste.

Raro trabajo el de mi amo: arrancar pedazos de la vida para resucitarlos luego vestidos de colores, figurando apóstoles, caballeros o clérigos, alzar ciudades como esta, aprisionada por el río. También hace retablos y altares, pero se ve que dorar la madera no es cosa que le guste, aunque sean tan buenos como el de santo Domingo. Allí debió de encontrarse a sus anchas, a solas con su pelleta y sus colores, así nacieron esa Asunción donde la Virgen vuela al cielo, o la Verónica, cuya faz tanto recuerda a la de la señora. Ambas deben de tener su misma edad, las dos parecen nacidas a la vida con el mismo rostro. El amo la mima y cuida como si de una niña se tratase. Ella le corresponde tal como el día en que le conoció, decidiendo dejar padres y casa para seguir a un hombre que no tiene otro oficio que el pincel, que ni siquiera hablaba el castellano, ni después se casaría con ella. Desafiar a la familia y a la ciudad entera no es cosa que suceda en Toledo cada día, no parece decisión infantil sino más propia de mujer resuelta o de esas que militan en la «Casa de Venus», vendiendo el cuerpo por un puñado de maravedíes. El amo a ratos depende de ella; se diría que es su prenda de pasión, que goza pintándola de día disfrazada de Virgen, haciendo suya a la noche esa carne que tan bien conoce y que esconde a los demás con mentidos colores y bonitos trajes. Así nació el hijo, Jorge, así viven unidos a pesar de edades diferentes. La pintó como a una de las tres Marías que hay en su *Expolio*, cuyo valor discuten aún los tasadores, argumentando que no aparecen nunca representadas en las Sagradas Escrituras cuando roban las ropas a Jesús. El amo ha insistido tanto y tan recio exigiendo su dinero que no solo ha ganado el pleito sino un nuevo contrato para llevar a cabo la talla del altar. Logró más fama con su pleito que con su pincel, a pesar de que su obra ya va saliendo de la penumbra, como su raro nombre, «Domenikos», que figura trazado con orgullo en sus cuadros.

La señora sigue naciendo un día y otro en sus lienzos, mientras yo voy al mercado. ¿Qué más puedo decir? Quizá que para mí resulta difícil separarla de esas

Vírgenes que el amo pinta, ante las que yo, por conocerlas en vivo, las más de las veces, no consigo rezar una oración. Cada vez que la encuentro sobre el altar de alguna iglesia, o en la aldea donde viven mis padres, al punto la recuerdo en el estrado o sentada en el jardín a la vera del hijo. Sus ojos me miran pensativos siempre, sus manos que parecen acariciar en torno el aire son las mismas, poco importan las ropas. Yo aquí, en su casa, obedezco en todo: aderezco un plato, busco leña o llevo el aceite para la lámpara que paga en la catedral. Cuando esto me pide lo compro en la tienda y luego subo despacio la colina, llegando hasta la capilla, en tanto me pregunto cuál será la causa de devoción tan constante. ¿Qué pedirá la señora? ¿Cuál será su deseo? ¿Quizá borrar los años que la separan del amo? Podría ser. A fin de cuentas no hicieron boda por la Santa Iglesia; en vez de ello se fueron a vivir juntos.

Me gustaría saber qué piensan de ello los amigos del amo. A buen seguro que les pedirían arrepentirse para borrar el pecado que cometen. No conocen a la señora, su rigor defendiendo lo que le pertenece. Si ella se encaprichó del amo, ni el Señor, ni el mismo demonio serán capaces de alejarlo de ella a pesar de que no estén casados.

## FRANCISCO PREBOSTE

COMO ME TEMÍA, EL CUADRO del maestro no ha gustado al rey. Una pintura en la que de tal modo brillan los colores no podía complacer a un monarca tan negro y grave, recién salido del Concilio de Trento. Siguiendo su doctrina, ha comentado que la pintura ha de inspirar oración, no descubrir el arte; solemne error aunque lo diga un rey que pasa por saber lo que se dice.

De todas formas, sabio o no, el caso es que encargó al maestro su *Martirio de san Mauricio y la legión Tebana*, aquel grupo de soldados que fueron degollados por no abjurar su fe. Quería colocarlo en la iglesia de su monasterio cuando estuviera terminado.

El maestro quiso entregar en persona la pintura, tal vez deseando conocer cuál sería su morada, y allá fuimos, pasando de un otoño tibio al viento helado del solemne Guadarrama.

—Maestro —le pregunté, intentando hacer más breve el viaje—. Dios no lo quiera, pero si el rey rechaza el cuadro, ¿qué haremos?

—No lo rechazaré, descuida —me respondió tranquilo—. Si entiende tanto como dicen de pintura, a buen seguro que ha de quedar satisfecho.

—Pero él no elige los artistas, salvo casos extremos.

—No importa; tengo yo mis valedores. De todos modos siempre tendría trabajo aquí por mal que nos sople el viento.

Recordé su pintura sobre la batalla de Lepanto realizada a la mayor gloria del rey, poco menos que pidiéndole un cargo, o los cuadros primeros con los que quiso abrirse paso en la Corte.

Haciendo a la inversa el camino que los correos recorren, dimos vista a la montaña de granito a cuyos pies se hallan las obras ya casi terminadas. Esta vez no fue como en Madrid, mi maestro no sufrió desilusión ninguna sino una esperanza que su semblante a las claras reflejaba. Sobre todo al saber que en aquellos días se colocaba la postrera piedra con lo que habría de comenzarse a decorar los muros. También llegó de la Corte un gran reloj destinado a medir las horas que trabajaban los peones y se colocó la estatua del santo con el escudo para recordar la gloria agradecida del monarca.

Dirigía las obras el lego Villacastín, «padre y madre del monasterio», que, tras infinito ir y venir, nos remitió al encargado de supervisar las compras.

—Parece una pintura valiente —comentó este tras echar una ojeada al cuadro—. No se asemeja en nada a lo que por aquí se hace. Veremos qué opina el rey.

—¿Qué ha de opinar? —respondió el maestro—. ¿No ha mandado comprar cuadros en Italia?

—Y aun pintores para decorar la casa, escultores, fundidores y tallistas. Se diría que siente tal pasión por ese país que solo piensa en él cuando quiere decorar los

sitios reales.

—Sin embargo los dos maestros que han levantado el monasterio son españoles.

No supe si sus palabras eran de crítica o elogio, pero al otro no le faltaba la razón; entre los Pellegrini, los Zuccaro y los Cincinnati, toda Italia parecía haberse volcado allí. Por si era poco, el gran duque de Toscana había regalado al rey un crucifijo de mármol, obra de Benvenuto Cellini, que cincuenta hombres trajeron desde Barcelona donde fue desembarcado.

Me dije que un extranjero más no sería bien acogido en aquella naciente Corte, mas preferí callar mis temores esperando, como tantos, la vuelta del rey.

Los días transcurrían demasiado lentamente para todos haciéndolos matar la noche con los naipes y otros juegos prohibidos, prefiriendo algunos los caminos vedados. Tal sucedió con un mancebo de oficio panadero. La falta de mujeres unida a su natural condición le hacían buscar lo que otros de su misma calaña llevaban a cabo con mayor discreción.

Y ya fuera a causa de la falta de dinero con que pagar cama y comida o el miedo de ser reconocido, el caso fue que prefirió la espesura de la jara para gozar en cueros de lo que veda la moral y la ley: el amor de hombre con hombre.

Bien dicen que amando no se siente frío, pues las noches invitaban a quedar en casa, mas era tal el deseo del mancebo que insistió con otro de su mismo oficio, quien al final le delató. De nada le sirvió ser hijo de un servidor de la reina, cuando fue sorprendido con sus partes al aire, en plena coyunda, en lo más espeso del bosque. Su compañero huyó, mas el joven panadero cambió el fuego de cocer el pan por otro más difícil de aguantar, tras ser procesado por su vicio. Sus gritos y lamentos se oían desde el monasterio cuando la hoguera se encendió bajo él, rodeado de un grupo de curiosos entre los cuales tan solo alguno se compadecía de la víctima.

—Así acaba quien no camina por derecho —comentó uno—. Ninguno debe usar sino la vía canónica.

—¿Y qué ordena el canon? —preguntó un segundo espectador.

—Los cánones dicen que solo se ha de regocijar con mujer y además por delante, no por detrás.

En tanto discutían los dos, el maestro miraba atentamente aquel montón de leña sobre el que el joven ardía. Los lamentos arreciaron más que cuando fue leída la sentencia y ofrecidos los auxilios espirituales. Como el mancebo viera que no había salvación para él, comenzó a gritar muchas veces «¡Jesús, pequé, ten piedad de mí!», casi hasta quedar reducido a cenizas.

Según parece, en el lugar donde le quemaron, a la entrada de la villa, han colocado luego, como recuerdo y escarmiento, una cruz de piedra a la que llaman «de la horca».

A la postre tornó el monarca desde Portugal una mañana de marzo cuando la primavera venía ya por las cimas de los robles. Le recibieron los obreros, cada cual con la herramienta de su oficio, incluso los tasadores de la obra. Entonces empezó la

guerra del maestro por su *San Mauricio*, en pago del que le ofrecían, amén de los dineros ya recibidos, otra suma que rechazó. Fue preciso nombrar un árbitro que estableció un precio razonable. Ya estaba dispuesta la escritura, pero el rey quiso antes conocer el cuadro. Fue preciso esperar.

—¿Y cuánto suele tardar en apreciarlo? —preguntó el Griego al encargado de las compras.

—¿Quién lo sabe? —hizo el otro un vago ademán en el aire—. Depende de multitud de cosas: del humor, del tiempo, de la gota, de cómo marchen los negocios de Flandes. Lo lleva todo tan al detalle y en persona que lo mismo puede tardar un año que un mes o una semana.

Así el tiempo iba pasando cuando una noche de verano las nubes se enfrentaron sobre el monasterio, desvelando a obreros y criados. El primero en alzarse a comprobar los desperfectos fue el encargado de las compras.

—¡A fe mía que el demonio quiere acabar con nosotros!

—¡El Señor no lo permita! ¡Después de tanto esfuerzo y trabajo no ha de imponer tal castigo al monarca más cristiano de la tierra! —repuso uno de los capataces.

Mas la respuesta vino de lo alto en forma de poderoso rayo que incendió la Botica, derritiendo con su calor las campanas, convirtiéndolas en fuego que corrió escaleras abajo. Aquel día nació el maestro por segunda vez pues habiéndose acercado a presenciar el espectáculo, tan de cerca lo quiso ver que a no ser por uno de los que servían el rancho, allí hubiera quedado convertido en ascua como una viga más. Menos mal que el otro le apartó como pudo de las llamas.

—¿En qué pensaba, maestro? —le pregunté cuando estuvo repuesto.

—En nada —respondió—, en ese río de fuego.

—A buen seguro lo veía como los de esos cuadros que pinta.

—Te equivocas; no pensaba en ellos, sino en mi porvenir.

—Pues, por su gesto, no ha de verlo tan claro —respondió el de la cocina—. El mío, aunque más modesto, me parece mejor. Mi mujer es mesonera en el camino de Toledo. Yo con lo que aquí gano ayudo en lo que puedo a sacar adelante mi casa y un hijo que con el pincel en la mano no tiene nada que envidiar al mismo Miguel Ángel.

—Si un día ese mozo va por Toledo —murmuró el maestro—, mándamelo para que vea sus dibujos. Si son de mi agrado quizá pueda ayudarle.

—Lo mandaré, descuide —respondió agradecido—. Su nombre es Luis Tristán. Trate de no olvidarlo.

—Descuida; no lo olvidaré.

Días después, como si aquel fuego postrero le hubiera hecho cambiar de opinión, el maestro decidió volver a Toledo y esperar allí el veredicto. El trabajo apremiaba. Con el cabildo en contra por culpa del pago del *Expolio*, era preciso no perderlo de vista ni caer en desgracia, no fuera a ser que el rey decidiera llamar a otro para decorar el monasterio. Los años no pasan en balde y para entonces el maestro ya había cumplido los cuarenta, y su mujer y el hijo le hacían buscar lugar donde hallar

acomodo.

Ahora, otra vez en casa, me pregunto por qué a la postre no gustó el *San Mauricio* al monarca. A buen seguro esperaba uno de esos cuadros que suelen pintar los españoles, tan tristes y apagados que parecen muertos. El del maestro, en cambio, ha debido de parecerle pura llama con su legión bajo nubes y banderas, sus corazas azules y esa espada damasquina que guarda en su estudio. El rey ha debido de quedar perplejo, y como no hay quien le aconseje y le enmiende la plana, lo ha rechazado encargando el mismo tema a otro artista más de su gusto.

Dicen que el cuadro del maestro place a todos; el otro en cambio tan solo a los piadosos. Así él se siente ahora vejado y rechazado. Nunca desde que estoy con él le vi tan ausente y silencioso, con la mirada clavada en el río cuando no en su amada lejanía.

Me tendió el pliego que trajo el correo y yo, agradeciéndole el gesto más de amigo que de amo, leí aquella sentencia singular que en cierto modo a los dos nos atañía. El lienzo a la postre ha ido a parar a las salas capitulares. Es cosa de meditar en ello, habida cuenta de que quien lo rechazó es nada menos que un rey, mecenas de Ticiano y dueño de una galería donde los mejores pintores están representados. Mas si el monarca es orgulloso, el maestro no le va a la zaga; los dos parecen hechos del mismo barro; ninguno de ambos se arredra o amilana. El maestro prefiere callar escuchando el rumor de las mujeres en la cocina, el ladrido de los canes o el sombrío volar de los grajos. Tal vez de nuevo vuelva a pensar en dejar esta ciudad aunque en sus cercanías se alcen continuamente tantos monasterios donde nunca ha de faltarle tajo haciendo volver la vida a sus manos.

Por la noche debe de dialogar en el lecho con su mujer que, como de costumbre, asiente a todo y le deja hacer, ya se trate de una opinión o de su cuerpo que en sus cuadros se adivina, a pesar de las ropas diferentes.

A dónde quiere ella encaminar sus pasos no se llega a saber, pero no es de las que se entregan sin más, ya que quedó, de por vida, atada a un lugar, a una misma persona.

Ya venir a esta casa para vivir en ella sin promesa de boda dice más de su modo de ser que cien pliegos firmados ante el párroco. Sabe que el maestro trata cada día con clérigos y frailes, con familiares de la Inquisición, es decir: con el meollo de la Iglesia, pero ello no la amilana; no parece inquietarla.

Sin embargo esto no es Roma, ni en la moral ni en arte, y tras haber perdido el maestro algún que otro cliente con sus pleitos, es de temer un negro desenlace que haga menguar los encargos, a causa de su vida irregular. Además, si sueña con Italia, ha de saber que en ella sobran pintores jóvenes, dispuestos a abrirse paso, a no ceder su puesto a los demás, aun a costa de trabajar a destajo. Así al maestro, por mucho orgullo que oculte su silencio, la aventura de tomar debe de antojársele inútil, ahora cargado con la mujer y el hijo.

Mejor seguir aquí, solicitado, que mendigar en otra parte un puesto de favor. La

suerte viene cuando menos se espera y es inútil buscarla porque a veces engaña, como los padres de la señora que, al decir de María, son cristianos nuevos y por tanto judíos, los más reacios a cruzarse con otras razas. Juzgaron mal a su hija; creyeron que, sin boda, el amor de Jerónima no iría lejos, mas las mujeres como ella se crecen ante la adversidad y no dan su brazo a torcer así la Iglesia entera se les ponga en contra.

Viéndola tan callada y distante, nadie la juzgaría tan entera y tan fuerte, mas se me antoja que sus blancas manos, sus ojos dulces y su voz reposada esconden un volcán que por la noche se enciende apenas se le toca.

También yo me enciendo en ocasiones, cuando de pronto, como por casualidad, su mirada y la mía se cruzan y se rozan. Quedo callado yo como estatua de sal, sin saber qué decir, mudo de gesto y boca. Algo hay en ella que me atrae y me detiene, en tanto me pregunto qué sucedería si olvidara una vez que es la mujer de mi amo a la que debo devoción y respeto. Los dos me tratan bien. Él me enseña un oficio y yo le pago a mi manera asistiendo a los juicios como intérprete o testigo. Desde hace tiempo somos uña y carne, salvo en lo que se refiere a dos personas: la una, el ama, y su jardín privado; la otra, María, la criada, que aunque calla toma nota de todo. Debe de gozar de ese sexto sentido que, según aseguran, sirve a las mujeres para ver más allá en negocios de pasiones. Ojalá pudiera yo también saber qué ocurre en el corazón de mi señora, si, como pienso, late a otro compás que mi maestro ignora.

Nadie entendió jamás a las mujeres y menos cuando son como ella unos días cordial y otros lejana sombra de sí misma, como en este caso en el que a ratos solo es capaz de despertarla su hijo Jorge Manuel. Nadie sabrá con certeza si es caprichosa o constante, si conoce de sobra la tierra que pisa tanto como María, la criada, cuando me sorprende con mis ojos descansando en ella, luchando por aparentar indiferencia.

## EL CIGARRAL

LA NOTICIA DEL RECHAZO del monarca llegó pronto hasta el Cigarral, donde amigos y conocidos del Griego solían matar las tardes mecidos por el canto de los pájaros. En el jardín poblado de rumores, amigos de antigüedades y modestos mecenas charlaban de libros y autores y, aun sin ser considerado como genio, el pintor era tenido en gran estima a pesar de que por el Cigarral apenas aparecía con su mirada un tanto maliciosa, su andar un poco vacilante y su sabiduría. Sus sentencias y juicios agradaban al dueño de la casa y a sus amigos, que en el jardín solían escucharle de buena gana.

Aunque el Griego no acostumbraba a asistir asiduamente a tales reuniones, la noticia de su desaire pesó en el ánimo de todos, temiendo que cundiera el ejemplo del monarca. En España los pintores tenían menos pretensiones que en Roma, donde incluso los aprendices sabían darse a valer si pensaban que tenían la razón de su parte. Quizá el rechazo hiciera mella en él y su criado Preboste durante una temporada, mas parecía que al Griego, como algunos le llamaban, tal desaire no le importaba demasiado.

El Cigarral se preguntaba si sería cierto lo que se decía en la ciudad, desde la catedral hasta los patios de mesones y conventos, acerca de la injusticia que el monarca había cometido con Toledo.

—Esos tiros no van por los caminos del arte —apuntaba el deán de la catedral.

—Marchan por los de Trento, diría yo —añadía uno de los canónigos que asistían, en tanto sorbía su refresco de hielo y canela.

—De Trento y de Madrid. Desde que el monarca se llevó allí la Corte, no pasa día sin que recibamos alguna nueva afrenta.

—Pero él no es de Toledo; todo el mundo sabe que nació en Creta.

—No siempre se es de donde se nace. Aquí está su *Expolio*, que no le va a la zaga al Ticiano o Tintoretto. La verdad es que el día que perdimos la Corte, perdimos a la vez el favor del rey. Puede que en su memoria pese aún el recuerdo de por quién tomamos partido en Villalar.

—Tan solo defendíamos lo nuestro ante el emperador.

—Es verdad, pero el orgullo a veces lo heredan los hijos.

—Pues por mucho que le pese al monarca —medió el dueño del Cigarral—, Toledo ha de volver a ser lo que fue: centro y morada de los más ilustres españoles.

Aquel augurio solemne dio paso a un mar de graves meditaciones; luego el que había hablado antes, preguntaba a su vez:

—¿De dónde salió la noticia de ese desaire al Griego?

—Del más cercano a él: de Francisco Preboste, el que trajo de Venecia consigo.

—Siendo así, será cierto.

—Y ahora ¿qué harán los dos? Sería preciso ayudarlos de alguna manera.

—¿Ayudarlos, dice?

—Cierto: la ciudad necesita de sus obras —intervino de nuevo el dueño de la casa—. No andamos tan sobrados de pintores para sacar adelante el proyecto que anda rondando la cabeza a todos. Más que a nadie a los que tienen negocios importantes.

—¿Y qué proyecto es ese?

—Es raro que no lo sepa. La idea no es otra que la de traer de nuevo la Corte a Toledo.

Según caía la tarde, la voz del río crecía, en tanto las cigarras callaban hasta el día siguiente. El canónigo, tras terminar su limonada, comentó:

—Es cierto que el negocio de la seda se mantiene pero también que la gente de a pie nos abandona.

—Esa sigue el vuelo de los poderosos. Nuestra aristocracia hace tiempo que alzó ya sus palacios en Madrid.

—¡Pues queden en Madrid unos y otros! —exclamó el dueño—. Aunque veamos aquí tantas casas vacías como en tiempos de peste.

—Entonces —comentó el deán— fue la Iglesia quien salvó a la ciudad con sus hospitales.

—Pues de seguir así, lo mismo deberá hacer ahora.

La mano del canónigo trazó en el aire un vago vuelo.

—La suerte de los hombres está en manos del Señor.

De nuevo todos callaron. Quién más, quién menos recordaba la escasez de pan unida a la legión de enfermedades que años atrás invadió la villa, el espectáculo de los mendigos en las calles, a los que fue preciso socorrer suministrando a la ciudad comida y camas a fin de que el comercio y los telares siguieran funcionando.

—Si entonces la ciudad y la Iglesia salvaron a Toledo —medió el amo de la casa—, bien podrán hacerlo una vez más.

—Entonces eran otros tiempos; no se marchaba la gente como ahora a Burgos, a Flandes o a las Indias. Anda hoy la mano de obra más escasa y costosa cada día y más baratos en cambio los paños que vienen de fuera. Y por si fuera poco, cada año llueven nuevos impuestos.

—¿Y aún desean vuestras mercedes recuperar la Corte? ¿Para qué? ¿Para pagar aún más a cambio de soportar una avalancha de truhanes que duerme el día y vive la noche?

—El rey debería recordar que fuimos siempre capital, no provincia, incluso solar de sus mayores. ¿No fuimos cabeza del Imperio? ¿Por qué entonces se nos maltrata ahora? ¿Por qué no hemos de recuperar nuestra pasada grandeza?

La opinión era unánime en el Cigarral, parecida a tantas otras en la ciudad: jurisconsultos, licenciados y canónigos conocidos del Griego deseaban devolver a la ciudad su pasada grandeza. El mismo Ayuntamiento se había reunido en multitud de ocasiones para tratar el caso y tomar alguna medida pertinente.

—El mejor modo de atraer al rey sería trazar nuevas calles y plazas, hermosos

edificios que le hicieran olvidar su sombrío Escorial.

Una ordenanza había invitado a los vecinos a alzar casas modernas y capaces de albergar al monarca y sus acompañantes cada vez que hicieran alto en la ciudad, pero tal decisión tampoco fue del gusto de todos.

—Allá cada cual con su opinión —comentó el deán—. Tal asunto solo de lejos me concierne.

De un trazo fueron borrados oscuros callejones dando paso a nuevas calles; la plaza Mayor, incapaz de acoger en su recinto las avalanchas de mercaderes y ganado en los días de feria, fue ampliada, amenos jardines alegraron la vista de los vecinos en tanto un nuevo corral de comedias frente a una bien surtida mancebía, bautizada con el pomposo nombre de «Casa de Venus», les ofrecía a diario fábulas en boca de cómicos traídos de Madrid y aun de lugares más lejanos.

Pero lo que llenó de admiración a todos fue el gran artificio de madera que un ingeniero hidráulico italiano alzó a orillas del río para llevar el agua a lo más alto. Tanta fue la fama de aquella rueda colosal, repleta de cubos, movida por el mismo Tajo, que hasta los forasteros venían para comparar sus méritos con los de la misma catedral. Su continuo rechinar, su lamento constante llegaba amortiguado hasta el jardín del Cigarral, callando a la noche. Entonces se detenía para que los toledanos pudieran conciliar el sueño.

Mas al deán otras cosas le preocupaban.

—¿Y el Griego tanto tiene que ver con la suerte de Toledo? —preguntó.

—Tiene que ver por lo que la adornan sus pinturas. Su nombre, queramos o no, comienza a conocerse unido al de esta ciudad. No estaría de más encargarle una vista de la villa.

—¿Y quién habría de pagarle?

—Cualquiera que ame este lugar tanto como se merece.

—En lo que a mí respecta —respondió el deán— no veo inconveniente en proponerlo.

—Entonces dígame a quien sea preciso —frunció el ceño el canónigo—, pero teniendo cuidado al pactar, no nos arrastre a alguno de sus famosos pleitos en los que ese Griego es casi tan hábil como manejando sus pinceles.

Todos callaron pensando en la suerte del pintor, tratando de averiguar si debían ayudarle o no, hasta que vino la noche. Las grandes ruedas de madera del artificio de Juanelo dejaron de subir agua y un murmullo insistente hizo más grave la voz del río, inundando las orillas y los puentes. Cuando los criados de la casa cerraron las puertas del jardín, ya higueras y membrillos no extendían su sombra y el deán quedamente se alejaba, como todas las noches, camino de un perdido Cigarral que más allá del río se alzaba en la frontera orilla entre olivos de plata y tierra que parecía rezumar sangre.

Más allá del puente inició la cuesta que cada noche le llevaba a su segunda casa. A medida que los años pasaban, aquel cuerpo fuerte de su juventud se fatigaba más hasta hacerle detenerse a ratos. Ya cerca de la cima, el rumor del agua se hacía más

lejano, menos suave, a punto de perderse en la llanura. Enfrente, se alzaba la ciudad oscura bajo los cuernos de la luna. Un resplandor furtivo la iluminaba a ratos, trazando sobre sus tejados blancas estrellas que se reflejaban bajo la piedra de los arcos del puente.

Viendo en tinieblas a su villa convertida en brasa de luz, se decía el deán que sus destinos eran parecidos; para los dos la vida era caer y alzarse, aceptar las tinieblas de la absolución para volver a pecar en la noche siguiente.

## FRANCISCO PREBOSTE

ASÍ PUES, SERÍA CUESTIÓN de volver a Venecia con la mujer y el hijo. Mejor así, cualquier arrabal vecino al mar y los canales que este Toledo o Madrid con su reciente Corte que a mí poco me dice, con sus vecinos convertidos en esclavos, pendientes solo de medrar.

Castilla nunca vio el mar y sin embargo paga armadas más allá del océano. Al paso que va, acabará poblada de conventos, feos palacios y casas que se venden y habitan antes de estar terminadas. Nacen mal, en unos pocos días, construidas de adobes o ladrillos apenas fraguados al sol, nunca de piedra noble. No se entiende por qué el monarca eligió lugar tan frío y áspero para vivir cuando no está en El Escorial; puede que se deba a lo que cuesta un hogar trashumante como el que rodeó a su padre, siempre dispuesto a cambiar. El rey actual en cambio ha de recibir embajadores, escribir cartas constantes a provincias lejanas y tratar por su mano lo que debiera dejar en las de tantos otros. Solo piensa en su nuevo monasterio que, una vez concluido, a medias palacio y a medias panteón, ha de añadir al saber de su bien surtida biblioteca la riqueza de una iglesia tan importante como una catedral. A mí, sin embargo, el edificio se me antoja demasiado triste y sombrío. Madrid, al menos, tiene un recuerdo de su pasado judío, Toledo la más rica catedral de España que da trabajo a artistas de toda índole, y Sevilla, Barcelona o Valencia gozan del mar. Toledo bien podría pasar por segunda capital de España si no fuera por la enemiga de los que viven en Madrid. Así son estos españoles, tan enfrentados unos a otros en guerras mezquinas que olvidan Flandes o las Indias por defender sus haciendas y hogares. El arado les quema las manos, antes prefieren perder una cosecha que tomarlo, y así les va su suerte. En cuanto a mi maestro, ¿por qué piensa en volver a Italia? Tal vez el desaire del rey no le dejó tan indiferente como aparenta. ¿Y Jerónima?, ¿preguntará la razón del viaje o callará como por la noche el marido cuando la abraza en la oscuridad? Tal vez el Griego aprendiera en su tierra el modo de tratar a las mujeres. A fin de cuentas en ella vivieron diosas y dioses. Tal me contó en nuestro viaje rumbo a Valencia tras poner pie en la tierra de Denia, camino de la nueva Corte. Allí quedamos unos días conociendo a sus mujeres, su vino y su pan, visitando alguna que otra iglesia, lienzos que no gustaron al maestro, y buscando algún hidalgo para el que traía cartas de recomendación, hasta que un día seguimos camino adelante.

# MARÍA

ENCONTRÉ A LA SEÑORA, como siempre, en la penumbra de la cocina, de la que tanto gusta. Parecía coser, mas, con la aguja en alto, sus ojos luchaban por no quedar cerrados.

—Señora, ¿duermes? —le pregunté.

Solo me respondió el gato con su maullido cauto que parece anunciar algún suceso amargo. No supe si insistir o dejarla a solas con sus meditaciones, que no debían de ser demasiado alegres a juzgar por el tono de su voz cuando me preguntó a su vez:

—¿Qué quieres, María?

—Nada de particular, señora; solo que esta mañana vino el hombre que nos vende la seda. Traía cintas, medias, peines, lo de siempre.

De improviso noté que no me escuchaba, parecía a solas con sus sueños, tan difíciles de adivinar como los de su corazón dormido desde hacía tiempo. Salí de la cocina y, al bajar a la bodega, me encontré con Francisco, que suele acompañarla cuando quiere ir a ver en alguno de los conventos de la ciudad las obras más famosas del amo.

Al regresar, las dos quedamos en silencio. Llegaba el rumor del maestro trabajando y la voz del gato que medía el paso del tiempo.

—¿Cuándo es el viaje? —pregunté al fin a la señora.

—Puede que dentro de un mes. Nuestra suerte no está en mis manos, pero será preciso ir pensando en preparar el equipaje.

—Si tú lo mandas, señora, ahora mismo empezamos, y antes de una semana se hallará acabado. Francisco nos puede ayudar.

—Mejor nos apañamos solas.

—Como tú ordenes.

—Quien manda es mi esposo. Él ha de marcar el día y hora en que mi vida cambie, no sé si a mejor o peor, pero lejos de aquí y con la mar por medio.

Y en tanto llega el día que esperamos, le pregunto:

—¿Cómo es, señora?

—¿Venecia?

—Italia.

Los ojos de mi señora miran más allá de la ventana los montes cargados de viñedos, quemados por el sol.

—Italia es, según dice Doménico, el paraíso de la tierra, el lugar más afortunado del mundo, con serlo otras naciones mucho. Los hombres son gallardos y las ciudades bien trazadas y espaciosas. ¿Quién no oyó hablar de Milán, de Florencia o de Nápoles?

—Hasta mi hijo, el que sentó plaza de soldado, las conoce de sobra. También él

se hace lenguas del país y su gente. Con unos años menos, a fe que no me importaría visitarla.

—¿Conocer Venecia?

—Y el país entero. Aunque solo fuera por aquello que dicen de los viajes: que hacen a los hombres discretos al igual que a las mujeres nos sacan de esta prisión que llaman «casa» y donde estamos encerradas desde la noche misma de la boda.

Callé un instante y luego pregunté:

—¿Y no te asusta?

—¿Qué ha de asustarme? ¿El viaje?

—No tanto el viaje como el mar. Esas galeras siempre a merced de los turcos.

—Alguna habrá defendida por soldados, pues que no en vano aún España sigue siendo dueña del mar.

—¡Ojalá lo sea por mucho tiempo!

—¿Por qué no? Yo espero lo mejor de nuestras naves.

Y una vez en Roma, Doménico me ha prometido hacerme conocer desde Florencia a Palermo cuanto hay de bueno allí, aunque su idea sea quedar en Venecia para siempre.

—Eso, señora, es alzar castillos en el aire —me atreví a responder—. Primero le será preciso abrir taller y conseguir llenarlo de clientes.

—Él lo conseguirá.

—Puede ser; mas en tanto la fortuna llega, tales proyectos resultan vanos, a menos que se tenga mucha suerte.

Esta vez la señora no me ha respondido. De nuevo su mirada parece espiar el horizonte, en tanto el amo se afana en su aposento como si no pensara en el viaje que le espera, como si nada le importara en esta vida salvo sus pinturas que, antes de la partida, desea terminar.

# MANUSSO

LA EDAD SUELE APAGAR el orgullo de los hombres. Aunque Doménico no es joven, con unos años más no le hubiera amargado tanto el asunto del cuadro. ¿Qué sabe un rey por muchos que guarde en su palacio? Dicen que se siente tan orgulloso de ellos que a nadie los muestra, salvo en contadas excepciones. Es un placer del que nunca priva a entendidos y embajadores.

Según parece la pintura de que más gusta es la veneciana. Y no solo por tener a sueldo al gran Ticiano, sino porque ama la alegría de vivir que aparece en sus cuadros. Solo se explica así que un monarca aburrido y adusto, constantemente pendiente de sus negocios y sus santos, tenga presente siempre nuestra luz, nuestras tierras y campos tan distintos de los suyos.

También son distintos los pintores españoles; los unos retratando la muerte; los otros, peras y limones. Tal vez la fealdad de sus obras explica la afición del rey y el dinero que gasta en artistas extranjeros, y el caso de mi hermano Doménico que cuando trabaja consigue siempre imponer, como en Santo Domingo Antiguo, condiciones insólitas. Los jóvenes deberían aprender de los viejos lo que enseña la experiencia. Tienen el ejemplo cerca: Francisco Preboste, que le ayuda a cambio solo de comida y cama. Sus pinturas, con las que comienza a destacar, se parecen tanto a las de Doménico que, aun a los entendidos, les resulta difícil saber cuál de los dos las realizó. Al menos tal cuentan. A buen seguro que no le faltaría trabajo en cualquier otro país, mas sin saber por qué, prefiere permanecer aquí, en Toledo, con mi hermano y Jerónima, mi cuñada, no tan niña como creí ni tan mujer como para no pasar por joven todavía.

Así, desde que vine en busca de dinero con el que rescatar a mis compatriotas prisioneros, he ido conociendo a los tres, sin contar con el hijo que el tiempo ha convertido en mi compañero. Se diría que, como la Santa Trinidad, son tres en una sola persona, si no en carne y hueso al menos en espíritu. De tal modo los une un destino común, formado por caminos paralelos que se ven y se rozan pero jamás coinciden.

Así ha de ser cuando se tiene en cuenta que juntos viven, comen y sueñan, bajo el mismo techo que escucha su aliento de noche y lo guarda hasta el día siguiente, manteniéndolo vivo. Es como esos espejos que de niño oí contar, capaces de reflejar deseos en vez del rostro de quien se mira en ellos. Cierta día por curiosidad he lanzado una ojeada al que tiene Jerónima en su alcoba. En él yo diría que vi el rostro de Preboste. No lo sé a ciencia cierta, porque cuando volví a mirar no estaba allí.

## MARÍA

TRISTE DESTINO EL QUE ME ESPERA si como dice la señora se marchan a Venecia. Ni siquiera al hijo le echaré tanto de menos como a ella. En lo que se refiere al amo, al menos seguiré viéndole a través de sus cuadros. Triste de mí, a dos pasos de la soledad cuando siempre creí acabar mis días a su lado y de pronto me veo otra vez a la puerta de un convento pidiendo limosna entre mendigos y gorriones, a la espera de la sopa boba.

Cada jubón que meto en el cofre del viaje es como si me clavaran un agudo agujón, cada sábana se me antoja una mortaja. No es mucho ni muy rico el equipaje, mas para mí es como si me robaran los pocos días que aún me restan de vida. En tanto voy guardando la ropa del amo: su ferreruelo de paño, sus calzas y escarpines, camisas y cobertores, la señora me mira como si no tuviera prisa en marchar. ¿Cuál será su deseo, partir o quedar? Bien dicen que nada cambia tanto y tan a menudo como el viento y las mujeres. Así el equipaje del maestro está sin ordenar, pues a su mujer el viaje no acaba de gustarle.

A Francisco, en cambio, le place, se le nota; torna a su país como quien vuelve a casa. La verdad es que nunca se encontró a gusto en este, aunque en él siempre estén las puertas abiertas para judíos o griegos, incluso cuando vienen como el amo dispuestos a quitar el pan a los de aquí y a veces sus mujeres. El pan o la misma señora, cualquier asomo de muda competencia, le inquietan cuando se cruza con el ama en algún corredor tan angosto que dos cuerpos apenas pasan sin tocarse, o viéndola vestida camino de la calle.

Se la queda mirando y, aunque la señora finge no verle, él apenas se atreve a dar un paso, como esperando que le ordene alguna cosa. Cuando esto sucede, saluda y sale camino del aposento del amo, que en ocasiones se cansa de esperarlo.

—¿No me has oído?

—Sí, maestro. Fui a comprar el lienzo que pediste, pero hasta el mes que viene no llega la remesa.

—¿Tampoco lo hacen aquí ya?

—Parece que el de fuera resulta más fino y menos caro.

Francisco se ha encargado de hacer el inventario de los bártulos que se llevarán consigo si por fin se marchan. Por su gusto no dejarían aquí ni el gato que va y viene por los aposentos adivinando quizá su cercana soledad. Si lo dejan a mi cuidado al menos seremos dos a lamentarnos, aunque él es tan altivo y solitario como el amo y a veces le da por velar toda la noche hasta que me hace despertar. Ahora lleva algún tiempo mudo; mejor así, pues mis noches ya no son sino esperar la vuelta de ese hijo mío que anda en Flandes y que solo el Señor sabe si aún vive o pereció.

El mundo y la fortuna suelen cambiar con un golpe de suerte, y lo mismo acabó en brazos de una rica hembra. Los hay que con menos méritos llegaron a condes o

marqueses.

—¿Menos méritos o menos escrúpulos? —pregunta la señora.

—Ni unos ni otros le faltan, señora, para llegar a valido; lo único que necesita es un empujón tan recio que le haga volar hasta la Corte.

## FRANCISCO PREBOSTE

ASÍ ESTABAN LAS COSAS, con un pie en el estribo como aquel que dice, cuando cierta mañana llamaron a la puerta de casa. María se hallaba tendiendo la ropa y fue preciso que abriera yo.

—¿Eres tú Francisco Preboste?

—Así me llamo, para serviros.

—¿Está en casa tu amo?

—En su aposento ha de hallarse.

—Sube y dile que hay aquí gente de bien que quiere hablar con él.

Quien así se dirigía a mí en el zaguán no era otro que el párroco de la vecina iglesia de Santo Tomé donde a veces acostumbraba la señora a cumplir sus devociones. Le acompañaba uno al que juzgué pariente o amigo de confianza, vestido de seglar, con el que parecía consultar cruzando de cuando en cuando sus miradas.

—Ea, pásale aviso.

Obedecí, y tras anunciarme con los nudillos en la puerta del taller, expliqué al maestro la razón de interrumpir su trabajo.

—Solicitan verle. Para mí que es el párroco de Santo Tomé.

—¿No te dijeron para qué?

—No aclararon gran cosa.

—Diles que esperen. Ahora bajo.

Por lo común solía recibir a las visitas allí mismo, entre lienzos y colores, pero esta vez, con el estudio ya desnudo, no le debió de parecer lugar apropiado.

A poco bajaba, yendo al encuentro de los recién llegados con el aire solemne y pausado de sus tiempos mejores. Una vez juntos, se demoraron largo rato conociendo cuadros y bocetos, elogiando su buena traza y mano. Concluida la visita, el maestro los acompañó hasta la puerta, acordando con ellos una nueva entrevista que no tardarían en llevar a cabo más adelante.

Al día siguiente la vieja y yo supimos la noticia a través de la señora, que a la noche le había preguntado:

—¿Sirvió de algo la entrevista?

El maestro había asentido satisfecho, explicando las condiciones previas del contrato, y en tanto el ama daba gracias al Señor, María, al día siguiente, trataba de adivinar si por fin marchaban a Venecia o no.

—Me dice el corazón, señora, que vuestro viaje va para largo. Si el amo tiene trabajo aquí, no será fácil que piense en cambiar. Para mí que ya podemos ir deshaciendo el equipaje.

—¿Y si el contrato no se firma?

—De todos modos el plazo para salir de dudas es tan breve que no vale la pena cavilar. Antes de una semana el negocio se decidirá. Toledo o Venecia, ¿qué más da?

El caso es seguir como sea adelante.

Ahora la vieja parecía más tranquila. Ni siquiera se acordaba de su hijo ausente, quién sabe si herido o a punto de ser nombrado oficial. La visita del párroco de Santo Tomé parecía haber mudado su carácter al igual que el del maestro, menos hostil y agrio a pesar de que las noches se le iban tal vez en soñar y calcular cuánto estarían dispuestos a pagarle por un trabajo como aquel, de improviso caído del cielo.

Se le oía dar vueltas en la cama, alzarse, asomarse a la ventana quizá pensando en una nueva vida, en la señora cuyo recuerdo se halla presente durante toda la noche, como está en mis sueños, cada vez que la veo en el jardín. Tan bien conozco su perfil y su figura que sería capaz de llevar al lienzo como el mismo maestro sus grandes ojos abriéndose a la luz, su blanco cuello enhiesto y bien plantado, y su cabello negro y brillante como ala de cuervo. Hasta puede que fuera capaz de retratar el olor a hierbabuena que su ropa deja tras sí cada vez que me cruzo con ella. No es como las demás, dulce por fuera y arisca por dentro; su interior no desmerece de aquello que deja ver cuando mis ojos se posan en su cuerpo.

Y sin embargo, como digo, no me arriesgaría a tocar un pelo de su ropa, ni esa mata de seda negra y lustrosa como conciencia de judío, recogida en trenzas, ni mucho menos osaría acercarme a la ardiente llama de su boca.

—¿Qué miras? —me pregunta, viendo mis ojos fijos en ella.

—Nada, solo las nubes.

—¿Las nubes? —sonríe—. ¿Y qué te dicen?

—Dicen que el tiempo pasa, lo mismo que las horas, aseguran, que la primera hiere y la última mata, lo mismo que el amor correspondido o no.

Oyéndola, bien me gustaría acercarme a ella, pero tengo que contentarme con pintarla, que en cierto modo viene a ser recoger las migajas del maestro en su vida y sus obras, contemplarla de lejos teniéndola tan próxima y acallar sus suspiros con los suspiros míos que vuelan en el aire, más allá del jardín, camino de su alcoba.

Señor, ¿qué especie de pasión pusiste en el corazón de los hombres para que las mujeres les hagan olvidar su condición de tales? Nadie responderá por ellas, ni a favor ni en su contra, pues a quien con ellas vive o yace le es difícil lidiar sin salir herido de trance tan mortal.

# JERÓNIMA

DESDE EL DÍA EN QUE DOMÉNICO firmó su contrato para Santo Tomé, es otro. La iglesia no parece gran cosa: una capilla en la que se hizo enterrar cierto caballero de Toledo, señor de Orgaz, que renovó el templo. Habiendo muerto santamente, fue llevado allí su cuerpo, acompañándole los nobles de la ciudad, y cuando la clerecía entonaba los oficios, se vio descender del cielo a san Esteban y san Agustín, quienes llevaron su cuerpo hasta la sepultura. «Tal galardón merece —según cuentan, dijeron— quien a Dios y sus santos sirve», desapareciendo luego tras dejar colmada la capilla de fragancia celestial.

Desde que el párroco ha encargado la pintura a Doménico comenzamos a tener un mayor desahogo y él se halla más tranquilo calculando medidas en la capilla, imagina ya con la ayuda de Francisco figuras y retratos hasta tener el conjunto completo.

Alguna tarde paso a verlos sin llamar su atención, y allí están iluminando con velas la tela ahora vacía. Francisco, descubriéndome, fija su mirada en mí como si fuera a hablarme, pero solo se acerca cuando salimos luego. Ya vamos para Navidad; las tardes son breves y las noches largas. Yo agradezco que me acompañe a casa pues siempre temo un mal encuentro en los sombríos callejones que bajan hasta la vega desde los molinos viejos. Francisco tiembla y se estremece. Entonces le pregunto si acaso tiene frío.

—Es el relente de la noche —me responde, y parece descubrirme en la penumbra.

¿En qué pensará? ¿En su amo? ¿En mi padre que compró un molino parecido cuando el negocio de las telas florecía? Aún tiene la tienda en que conocí a Doménico. Entró en ella buscando lienzos para cuadros y, a pesar de su mal castellano de entonces, mi padre consiguió servirle lo que pedía, pero no oyó sus palabras cuando Doménico me manifestó sus deseos de pintarme. Yo le entendí y accedí más allá de los prejuicios habituales que prohíben a la mujer tratar con un hombre si no está casada con él. Así caí yo, convencida de que prestando mi imagen a sus vírgenes salvaba mi honestidad manteniéndome tan casta como ellas.

El cabildo no dijo nada cuando supo lo de nuestra unión, ni de quién eran aquellas manos de sus cuadros siempre juntas en actitud de oración, ni cuando Jorge anunció su llegada al mundo. A fin de cuentas, en cuestión de mujeres y bastardos pocos pueden tirar la primera piedra en el país, salvo los padres de las hijas cuyo vientre comienza a dar señales de embarazo.

—Ese Griego que tanto nos visita —me preguntó un día mi madre—, ¿qué busca?

—Viene a comprar lienzos.

Se quedó sorprendida ante mi respuesta.

—¿Tiene acaso también obrador?

—No; trabaja para la Iglesia.

Mi madre dejó escapar un suspiro de alivio, en tanto mi padre parecía dispuesto a

intervenir en la conversación.

—Para ella trabajamos todos de una manera o de otra, pero él, ¿a qué se dedica?

—Él asegura que es pintor.

—Hay muchos en Toledo, demasiados. Te habrá dicho dónde trabaja al menos.

—En Santo Domingo Antiguo —me atreví a responder, callando que allí me veía con Doménico.

—Será como tú dices —respondió mi padre, desconfiado como de costumbre—. Pero yo nunca oí su nombre.

Poca ha de ser su fama. Además, ¿qué pretende de ti?

Estuve a punto de responder «no importa», pero mis labios contestaron «no sé».

—Eso es grave, si resulta cierto lo que tu madre y yo tememos. No es novedad lo que buscan los hombres en doncellas como tú.

Seguramente no ignoraba que desde cierto tiempo juntos paseábamos, y además Doménico no había pintado su *Expolio* aún. Incluso cuando lo hizo yo no le pedí el matrimonio, ya que en lo tocante a limpieza de sangre no sabía si la de mi familia era tal como me decían.

—¿En dónde os encontráis? —quiso saber mi madre, en tanto el rostro de mi padre se volvía más grave—. Al menos te hablará de matrimonio, como suele hacerse entre gente de bien.

Esta vez respondí con un gesto que oscureció sus rostros ya de por sí sombríos. Mas a mí se me daba un ardite su opinión. ¿No engendró a don Juan de Austria el mismo emperador? De poco sirvieron las amenazas de mi padre, el silencio de mi madre viendo pasar los días sin saber nuevas de mí. Como cometa, tan veloz y rutilante fue el amor mío y de Doménico.

Ahora, Francisco y yo vamos cruzando entre tenues luces, a lo largo de muros deshechos que más parecen arrabal de mendigos que hogares donde sobra el bienestar. Así son las casas de estos ricos judíos, pobres por fuera y por dentro repletas de tesoros como el que dio nombre a aquella en que vivimos.

Francisco sigue temblando bajo las estrellas. Quizá sueñe con esa Venecia o Roma donde ya se veía de vuelta. No es de extrañar su melancolía pues, según dicen, cualquiera de tales ciudades encierra en un solo barrio más conventos, iglesias y palacios que todo Toledo. Si lo aseguran ha de ser verdad, y se entiende que él las eche en falta. También a mí me gustaría conocer el mar, esa Roma de los mártires donde el Papa reside y esa ciudad toda canales que el mismo Doménico no es capaz de olvidar.

Al fin, llegando ante la puerta de casa, Francisco me cede el paso. En la oscuridad le siento tan cerca que a veces me olvido de correr el cerrojo de la puerta que da a los cigarrales. Entonces, sin saber por qué, vuelvo a pensar en Doménico volcado en el lienzo de Santo Tomé que ya se puede adivinar cómo será, con los amigos del difunto

abajo y la Gloria en las nubes, presidida por el Padre Eterno. En una esquina tiene trazado a medias un paje, vestido de negro salvo la gola y el jubón que en torno de sus manos asoma. Su diestra ilumina el cuadro con un hachón casi tan alto como él, en tanto la siniestra invita a contemplar el cuadro. Solo le falta el rostro.

—¿Cómo será? —he preguntado un día a Doménico.

—¿Cómo ha de ser? Como tu hijo —me responde—. ¿No le reconoces?

En cierto modo debí de adivinar en aquella mancha todavía sin color a mi hijo Jorge, que quizá un día entre a servir con algún noble. Al menos tal dijo María al verlo ya pintado a medias, esta María, tranquila y confortada con las noticias del suyo traídas por un compañero. Pronto se embarcará —dice— con la tropa que se está reclutando para ir contra Inglaterra. Se trata de vengar su ayuda a Portugal, obligando al rey a tomar por la fuerza lo que por ley le pertenece.

## EL CIGARRAL

ALGÚN TIEMPO MÁS TARDE firmó el Griego el contrato para pintar un retablo de la Corte. La noticia a ninguno de los del Cigarral agradó, salvo al deán.

—Eso no le obliga a trabajar en Madrid siempre.

—De un modo o de otro —repuso el canónigo— se nos adelantaron. Acabará pintando para el rey a este paso.

—El rey está en Portugal —explicó el dueño de la casa—. Y nada le va en el negocio de Toledo. Además, bastante tiene en qué pensar con esos herejes ingleses asolando nuestras costas, hundiendo nuestros barcos y robando la plata que nos envían del Perú. Todo ello sin contar con que Flandes quiere separarse.

—El demonio en persona —murmuró el canónigo— dirige a esos luteranos, mas el Señor prevalecerá.

—Amén, digo yo a eso —asintió el amo de la casa—. Después de todo a esta ciudad no le fue tan mal sin Corte como para no desear que nos la devuelvan.

—Sin Corte no es fácil venga por aquí con ese mal de gota que tanto le molesta.

—Mejor así, pues cada vez que anuncia su llegada todo se vuelve pedimos dinero para galas y fiestas. Ahora dirá que nos necesita para luchar contra los rebeldes.

Llegando a este extremo del discurso, callaron todos apurando cada cual su vaso rebosante de zumo. A poco llegaban almendras, aceitunas y avellanas, sin faltar sobre la mesa de mármol dulces de albaricoque y fina carne de membrillo. El otoño venía un año más en el volar acompasado de la cigüeñas, en el rumor aún tranquilo de canales y aceñas y en el ojo de las acequias que bebían sus aguas en el río. Más allá de los puentes serpenteaba el camino por donde los correos acostumbraban a llegar de la Corte. El dueño de la casa allí solía recibirlos y, en tanto el canónigo se sumía en sus meditaciones, un coro de voces anunciaba, bajo los almendros y acebuches, la arribada de nuevos amigos. Con ellos también llegaban nuevas de la Corte, como la de la gran flota que acababa de hacerse a la mar en La Coruña. Si conseguía unir sus fuerzas con el ejército de Flandes, nadie podría impedir a los españoles cruzar el canal y poner pie en Inglaterra.

—Famosa hazaña, si se logra —comentó el canónigo.

—¿Por qué no? Tiene razón el rey: el Señor está con nosotros, el mar en calma y el viento favorable. Nuestra Armada, por su número de naves, ha de ser como una gran ciudad flotante buscando entre las olas la enemiga.

Los recién llegados tomaron asiento en tomo de la mesa, al parecer cansados de la cuesta que les había sido preciso vencer. Mas a pesar de ello el más joven se alejó a contemplar el río desde el mirador.

—Solo por gozar de esta vista —exclamó— vale la pena el viaje. Se diría que toda España se aprieta y alza en torno de esta peña. —Y luego, señalando la corriente, preguntó—: ¿Son batanes acaso esos muros de abajo?

—Son aceñas —repuso el dueño de la casa—. En ellas se muele el grano de toda la ciudad, y puede que de Castilla entera.

Abajo, la lancha que unía ambas orillas cruzaba impulsada por los brazos del barquero, repleta como las entradas de la villa.

—Me aseguraron —comentó el visitante— que Toledo se hallaba mustia y vacía, cuando, según veo, hay tanta gente aquí como en la Corte. Puede que la miseria también la roce, mas viéndola así desde lo alto nadie lo diría. Nuestra ciudad de Burgos, por ejemplo, ha visto cerrar la mayoría de sus tiendas.

Desde la vega, dando razón a sus palabras, llegaba un rumor de carros y rebaños que hablaba más de vida que de muerte.

—Entonces ¿el amigo es de Burgos? —preguntó el deán.

—Allí nací y allí he de morir, si no lo borran antes las hambres y la peste.

—El Señor siempre acude cuando se le solicita —insistió como siempre el canónigo.

—Pues nosotros —respondió el caballero con una punta de burla en los ojos— debemos merecerlo poco, como dirían en Trento. Y no será por faltar a sus recomendaciones, pues ha sido preciso obligar a los párrocos a vivir con la madre o la hermana, no con su barragana, e incluso a suprimir el carnaval.

—¿No fue allí donde se le negó el permiso para una fundación a la madre Teresa de Jesús?

—No lo sé. Pero allí la Iglesia tiene tanto poder como en Roma. Su lucha por llevar adelante su reforma se extiende por todos nuestros pueblos, y Trento no es solo una palabra, aunque de todos modos todavía se cobra por enterrar y bautizar y en las Fiestas de Mayo los jóvenes se casan sin curas ni padrinos.

—Eso no pasa aquí —respondió tranquilo el canónigo—; entre nosotros la Inquisición mantiene la moral con pulso firme.

Un rumor de cantares llegaba desde el río. Parecían jóvenes que, bordeando sus orillas, trataran de aprovechar la oscuridad de la noche.

Todos callaron y se oyó suspirar al canónigo:

—El Señor los perdone. Ya nos veremos a la postre en el Juicio Final.

## EL GRIEGO

YA ESTÁ EL «ENTIERRO» en su capilla. Ahora podrán juzgarme estos toledanos pendientes solo de hacer alarde de apellido. También podrá dar su opinión el rey y a la vez entender lo que dicen mis cuadros. Habida cuenta de que viaja tanto, bien podría acercarse cualquier día, aunque tiene fama de no dar su brazo a torcer jamás y puede que el *Entierro* no llegara a gustarle, la parte superior sobre todo, donde la fantasía se alza sobre los retratos de los caballeros y frailes.

La mitad inferior le placería como a los míseros vecinos de Orgaz, capaces de deshacer un trato por un puñado de ducados. Menos mal que el párroco los ganó por la mano. Ahora en cambio se sienten orgullosos de que el nombre de su aldea ande en boca de todos y hasta los forasteros vengan a su capilla en tanto desdeñan otras de la ciudad.

El rey no sabe que la pintura es sobre todo ver las cosas a la luz del alma tanto como copiar el mundo en tomo, y si mi arte está dentro de mí, se halla gracias a otros pintores como Ticiano o Tintoretto. Para pintar un cuerpo bello es preciso saltarse los cánones; el respeto a la realidad no debe impedirlo, sino ayudar a ello, tal como aseguraba Miguel Ángel. Así es mi lienzo de Santo Tomé, mitad fantasía y mitad realidad, mitad colores y mitad lo que entienden los pintores por «alma» de las figuras. La mía es llama de color, éxtasis de los sentidos que los españoles ignoran, siempre pendientes de sus manidos bodegones. Ni la fruta ni el sol en mis cuadros importan demasiado. No hacen falta; cada persona se ilumina por sí misma con una luz interior que solo los entendidos notan. Así se acercan cada día más al Señor de todas las cosas, tanto que hasta el mismo Francisco lo nota.

—Desde aquel Sebastián que pintó hasta el *San Mauricio* hay un camino que yo diría acaba en el *Entierro del señor de Orgaz*. Cualquiera lo ve con sus ángeles, sus escorzos y esos brazos que giran sobre las cabezas.

—Y aún han de girar más.

—¿Más aún? —me pregunta Francisco, sorprendido.

—Hasta que nadie entienda mis pinturas.

—Eso no serviría de gran cosa.

—¿Y para qué sirve el arte?

—Maestro, para dejar algo tras nosotros.

Miro a Francisco y le veo tan convencido como ingenuo.

—Eso que dices sería dejar tras sí un cadáver. Y ¿tan seguro estás de volver a esta vida?

—A fe que no lo sé, maestro —me responde—. Pero ha de ser triste cosa pasar por ella sin tornar jamás.

Lo ha dicho con un tono que recuerda a los cuadros que pinta a escondidas. Raro interés el suyo por Jerónima, que siempre está en ellos. Nunca me los enseña y no sé

por qué.

## JORGE MANUEL

MI PADRE QUIERE HACERME PINTOR, mas yo prefiero ser arquitecto. Si he de vivir a su sombra, mejor cualquier oficio que me ayude a sacar sus negocios adelante aunque para ello tenga que enfrentarme a obispos y canónigos.

Tanto place el *Entierro* a cuantos lo visitan que, a pesar de alguna voz poco conforme, nuevos encargos van llegando al taller.

De la misma Sevilla piden cuadros aun habiendo tantos pintores allí; mas según mi padre asegura, uno solo de los suyos es capaz de dejar a un lado todos los de sus rivales. A veces sus lienzos no llega a terminarlos. Tras hacer lo fundamental, deja el resto a sus aprendices, sobre todo si no es mucho lo que cobra.

Tal es el fruto de años de trabajo que, sin saberlo yo, me han ido haciendo como soy, viéndome lidiar con secretarios y priores, entre pinturas destinadas a salvar almas y servir de sustento, a fuerza de verle pintar cuerpos que en vida no gozaron de ella demasiado. Bien pagado o no, mi padre nunca rechaza encargo alguno; quizá recuerda pasadas estrecheces y, a pesar del mal sabor de boca que le dejó Madrid, va a pintar el retablo principal de un convento que piensa fundar una dama de la reina. Cediendo a mis ruegos puede que antes me envíe allí con Francisco, pues no he de enmohecer aquí preparando lienzos y colores, sino seguir en lo posible su huella.

—A este paso —me dicen los otros aprendices— pronto serás como él.

Yo, escuchando tales alabanzas, me siento orgulloso al tiempo que dudo y me pregunto si creerán lo que afirman o mienten por halagarme. Mi padre ha aceptado el encargo y también que Francisco le represente a la hora de acordar las condiciones. A lomos de una mula cabalgo junto a él, bien abiertos los ojos, dispuesto a comprobar si es verdad cuanto dicen de la Corte.

—Has de fijarte en todo —recomienda Francisco—. Un viaje enseña más que cien libros, sobre todo a tu edad.

Yo bien me fijo en torno, mas ante mí solo veo una llanura animada por aldeas y aceñas, cubierta de olivares, tierras rojas y páramos.

Navidad ha convertido el camino en puro hielo, mas aun así es preciso acelerar el paso a fin de que la noche no nos sorprenda sin mesón donde pasarla.

—Aquello es Illescas —murmura Francisco, señalando en lo alto de una cuesta un puñado de casas y muros cubiertos de parras—. Ahí vamos a cenar. Aún queda otro tanto de camino. Si no nos hubiéramos demorado tanto preparando tu equipaje, mañana a primera hora dábamos vista a la Corte.

Tiene razón, oyendo a mi madre su rosario de recomendaciones en tanto preparaba con María mi alforja, se diría que el viaje no era a Madrid, sino a tierras del Gran Turco.

Francisco parece de mal humor por alguna razón que no llego a adivinar.

—¿A qué hora es la entrevista? —le pregunto.

—A mediodía —responde—. Mas en la Corte ya se sabe: todo va del revés. No sería de extrañar que hubiéramos de quedar en ella uno o dos días.

—¿Lo sabe mi padre?

—¿Tu padre? ¡Ya lo creo! Hemos hecho tantas veces este viaje que poco se le escapa en lo tocante a esperar y desesperar. Bien sabe el tiempo que se pierde antes de ser recibido.

Será como dice, mas sigue enviando a Francisco a la Corte. Este no quiere malgastar su tiempo como testigo de escrituras tratando con tasadores o redactando contratos que le obligan a viajar constantemente sin apenas permitirle pintar. Quizá para él, como para tantos, la Fortuna tiene dos caras: una la que protege a los audaces, otra la que a los débiles recomienda medida. Así hay días en los que parece más encerrado en sí que otros, víctima de un mal humor que hace inútil todo trato con él.

—Nada; no me sucede nada; cosas mías —contesta cuando se le pregunta.

Y cuando quiero saber si es cuestión de mujeres su enfado aumenta, en tanto espolea su mula con un súbito golpear de talones.

—¿A tu edad ya piensas en eso?

—¿En qué voy a pensar? —replico en el mismo tono—. ¿O es que tú estás hecho de barro diferente?

—Del mismo que tú.

—Entonces lo mismo pensarás.

Esta vez calla y, viendo a Illescas al alcance de la mano, murmura:

—Parece que ya se olfatea Corte.

La dueña, ya entrada en carnes y años, se halla en el quicio de la puerta.

—¿Qué busca la pareja?

—Un rincón donde pasar la noche —responde Francisco.

La mujer nos mira de arriba abajo calculando qué aposento damos.

—Haberlo hay, digno de un príncipe, con sábanas recién cambiadas.

—Nos conformamos con dormir a salvo de pulgas y chinches.

—¡Voto a Dios! —exclama la mesonera—. Mi casa siempre lució como los chorros del oro. —Y haciéndose a un lado nos invita a pasar—. Vosotros mismos lo habéis de comprobar en vuestras carnes.

—No urge tanto la cama —responde Francisco—. Pon una jarra de vino antes, para pasar la cena que con nosotros viene.

La mujer se aleja hasta un muro repleto de toneles y va llenando de dorado caldo un jarrillo de barro que sin duda conoció tiempos mejores. A cada suspiro que la espita deja escapar, son tales los meneos de la huéspedada que más parece pupila de la «Casa de Venus» que dueña de mesón. Mas si su danza, su ir y venir de tetas y caderas lo dedica a Francisco, resulta trabajo vano, pues una vez aliviada la alforja, tras llevar nuestras mulas al establo, pedimos la llave del cuarto.

En tanto Francisco trata de llamar al sueño, yo me entretengo recordando lo que

me han contado de Madrid. Sin río apenas, tal como pude comprobar después, construido de ladrillo, más parece muladar que capital del reino. Ni siquiera su alcázar puede compararse con el nuestro, rodeado de viejas casas con ropas tendidas.

Hemos llegado a él tras media jornada, cuando de improviso Francisco me pregunta:

—¿Hablé algo esta noche?

Le miro sin entender. ¿Con quién habría de hacerlo sino conmigo? Y yo no recuerdo ni una sola palabra salida de su boca.

Así se lo hago saber y él respira tranquilo como temiendo revelar en sueños algún feo secreto oculto hasta entonces.

En tanto, enfilamos una empinada cuesta parecida a la que lleva hasta nuestro Zocodover. Por todos lados aparecen edificios concluidos a medias; apenas las paredes sostienen tejados y chimeneas, aleros y ventanas y algún balcón corrido, dejando ver más allá de su armazón un cielo amenazante. Ante tales penurias me asombra que aquello sea la famosa Corte de España, mas mudo de opinión cuando nos topamos con el solar que piensan dedicar a plaza Mayor.

—Una vez terminada —explica Francisco— han de lidiarse toros aquí y quemar herejes de los que aún siguen ofendiendo a Dios.

—Muchos ha de haber para necesitar lugar tan amplio.

—Más de los que imaginas. ¿Nunca cayó en tus manos alguno de sus libros?

—No conozco ninguno.

—Pues si tal cosa te sucede, desconfía.

—¿Tan malos son?

—Peores que la peste. Se hallan en todas partes sin que se los distinga de los buenos cristianos, pues son tal falsos como esta ciudad que conoces ahora.

—¿Por qué entonces se la alaba tanto? —pregunto, señalando sus torres.

—La alaban los que viven de ella. No hay un solo vecino que no espere algún cargo o prebenda.

Finalmente llegamos ante el convento que había de decorar mi padre. En él nos recibe un portero con gran prisa, como si algún negocio le apremiara. Es preciso explicarle la razón de nuestra visita, mas nos hace saber que el capellán no volverá hasta el día siguiente.

—Tiene misa a eso de las nueve.

—Pues a las nueve aquí estaremos —responde Francisco, y luego, a la noche me advierte—: Si no quieres venir, yo no te obligo. Nada te pierdes y lo que veas allí no será de tu gusto. ¿Por qué robar horas al sueño cuando se necesita tanto siendo joven?

Me parecieron justas sus razones y le dejé partir a solas, quedándome tranquilo en el lecho. No había pasado largo rato desde que oí alejarse los cascos de su mula y ya los gallos anunciaban el día en los tejados. De improviso se abrió la puerta de mi cuarto rechinando tras un rumor de pasos que anunciaban una secreta visita. Me eché a temblar. ¿Quién podría ser sino algún cuadrillero de la Santa Hermandad de los que

en vez de impedir atropellos se aprovechan del rango para sus fechorías? Tal vez el mismo ventero, y fiándome tan poco de unos como de otros decidí fingir dormir volviéndome de cara a la pared y quedándome quieto.

Presto noté que alguien se acercaba hasta el borde de mi cama, seguramente buscando mi bolsa escondida bajo la vieja almohada, mas grande fue mi sorpresa cuando el recién llegado en vez de echarme las manos al cuello me abrazó preguntando:

—¿Cómo te llamas?

Me di vuelta súbito y, más allá de las sábanas, reconocí a una de las muchachas que servían en el mesón. Venía con los hombros al aire y la saya arremangada.

Le confesé mi nombre y ella me dio su apodo:

—Me dicen la Galana.

—¿Por qué?

—A causa de que lo soy.

—Demasiado para estar aquí.

—Lo mismo creo yo.

—Pues pon tierra por medio.

—No es cosa tan sencilla.

—Entonces ¿qué te falta?

—Lo de siempre; un amigo.

Me la quedé mirando, sabiendo y no sabiendo qué hacer, tanto me sorprendió tenerla allí, a mi lado. Fue ella quien decidió primero, despojándose de su saya, quedando en cueros tal como vino al mundo, mostrándome hasta el alma. Debía de tener mi misma edad más o menos y, aun sin haber conocido mujer alguna hasta entonces, juzgué que ninguna otra sabría dar gusto a un hombre como ella, sintiéndola toda manos y piel, solo con derramar el aliento de su boca.

Los dos callamos, luego yacimos en tanto los gallos cantaban en los corrales.

—Muy cargado venías —murmuró suspirando—. ¡Buena me has puesto!

Mientras se deslizaba fuera del catre, trataba de esconder mi blanca huella de las sábanas. Luego volvió a salir tal como había venido, casi de puntillas, mirando a un lado y otro del pasillo antes de cerrar tras sí la puerta. Quedé vacío tratando de recordar en la penumbra el suave palpitar de su carne cediendo ante la mía, mi miedo y mis dudas antes de abrirme paso en ella para quedar a su lado mudo y exánime.

A media mañana volvió Francisco con el asunto del retablo zanjado.

—¿Qué tal? —me preguntó—. ¿Se hizo larga la espera?

—Bastante —respondí y, viéndole encaminarse hacia el establo, pregunté a mi vez—: ¿Ya nos vamos?

—Mejor aprovechar la jornada. No han de faltar mesones donde detenerse.

Parecía urgirle la vuelta. Yo en vano miré en torno buscando a *la Galana*, mas ni en el comedor ni en el corral conseguí echarle la vista encima aunque unas cuantas como ella barrían el corral o preparaban la comida. Ya habíamos recorrido unas

cuantas leguas en silencio cuando Francisco lo rompió, preguntando:

—¿Y esta noche; dije algo?

—Que yo recuerde no —mentí, pues lo cierto era que esta vez, apenas la luna había comenzado a alzarse, el rumor de su voz me despertó. Me di vuelta en el catre y escuché. Francisco susurraba el nombre de mi madre.

—¿Estás enfermo? ¿Qué te pasa?

—Nada —respondió como siempre—. Creo que estaba soñando. ¿Seguro que no hablé? —insistió.

—Nada que yo entendiera —volví a mentir.

Respiró más tranquilo, como si se quitara un gran peso de encima.

—Mejor así; en sueños suelen decirse a veces necedades.

Mas yo, en tanto caminábamos, pensaba que, por el contrario, a veces en sueños se dice lo que suele callarse despierto.

De este modo, tratando de hacer luz en mi cabeza, tornamos a Toledo, a la nueva casa que mi padre eligió cuando la Fortuna comenzó a sonreírnos. Abandonamos los humildes aposentos de antaño y nos fuimos a los del marqués de Villena, cuya historia María me contó de chico. Lo llamaban «palacio del Judío» por su dueño, al que de allí sacaron camino del cadalso. También me hablaba del marqués, famoso hechicero que acostumbraba a colocar luces color violeta en sus ventanas para hablar con los muertos. Cierta día los vivos le vinieron a buscar por orden del rey y un clérigo fanático condenó sus libros a la hoguera, poniendo fin a los estudios de su dueño.

Ahora suena en el jardín la música de los moriscos que mi padre mandó contratar para gozar de su arte. A su compás, parece cruzar vecino a la casa la sombra del marqués, cargado de almireces y redomas entre los arrayanes donde la primavera asoma, dispuesto a pasar la noche consultando sus libros.

## EL CIGARRAL

LAS MALAS NUEVAS DE LA ARMADA tardaron en llegar al Cigarral casi tanto como al resto de España. Antes vinieron ecos de rumores, mas la confirmación definitiva la trajo el amigo de Burgos, atento a su comercio con Flandes.

—No sabía que tuviera negocios en aquellos lugares.

—Así es, para mi desgracia, porque, según me han dicho, nuestra flota ha sido deshecha.

Un viento de miedo y desaliento cruzó el jardín en tanto a sus pies el río parecía haberse detenido.

—¿Quién ha dicho tal cosa?

—No solo ha sido batida sino que lo que resta de ella va huida pretendiendo refugiarse en Irlanda, para volver después a España.

En un principio nadie quiso creer lo que decía, pero un silencio turbio se fue extendiendo sobre el Cigarral según llegaba el triste tañido de la campana de la catedral.

Cuando el verano concluyó y se supo que en Santander se preparaban médicos y hospitales, el miedo comenzó a flotar sobre Toledo anidando en los corazones de los que hasta entonces aún alentaban alguna esperanza.

—Los ingleses —apuntó el deán— son inferiores a nosotros en pericia y valor. A la postre esa isla y su maldita reina pagarán con creces su actitud temeraria.

—¿Y esos heridos que ha devuelto el mar? —preguntó preocupado el clérigo—. ¿No son españoles?

—El mar no perdona —respondió el dueño de la casa—, ni siquiera al que tiene la razón de su parte.

Al fin, el deán vio confirmada la noticia con una carta del rey ordenando que en todas las iglesias se celebrasen oficios especiales. Ello venía a decir que si todo no se había perdido, gran parte de la flota yacía en el fondo de las aguas, llevando la amargura a los sufridos españoles. Los del Cigarral aún intentaron levantar su moral.

—A mi entender —dijo el canónigo— el desastre puede que no sea tan grande como dicen. El mundo seguirá siendo nuestro por muchos barcos que nos echen a pique.

Súbitamente un clamor se alzó a lo lejos, junto a la catedral.

—¿Qué griterío es ese? —preguntó el deán.

—Esperemos que no sea ningún fuego. Bastantes hemos tenido hasta la fecha.

—En un momento lo sabremos —prometió el dueño de la casa.

Y llamando a un criado, le hizo partir en busca de noticias, en tanto el canónigo continuaba:

—Para mí que la culpa de nuestra derrota se debe a las tormentas.

—El mar es el mismo para todos.

—Amigos —volvió a la carga el deán—, de nada vale lamentarse ahora. Quienquiera que fuera nuestro almirante, responderá ante el rey.

—Mal porvenir le espera. Según cuentan, el desastre ha costado, entre heridos y ahogados, más de diez mil hombres.

Ya el criado volvía de Zocodover y, una vez recuperado el aliento, explicó que todo se hallaba en calma. Los gritos habían sido la acogida a unos náufragos de la Armada que, recién llegados, andaban contando su aventura y excitando a la gente.

—¿Son muchos? —preguntó el canónigo.

—Media docena, pero la que acudió a escucharlos bien podría llenar la catedral.

—Mucha es.

—Y hasta puede que me quede corto, señor —repuso el mozo antes de retirarse.

Al criado no le faltaba razón. Padres y madres, parientes de toda condición, acudían en busca de noticias de sus hijos esperando que los recién llegados fueran capaces de recordar a vivos y muertos.

—¿Viste a un tal Pedro Guzmán?

—¿Sabes si se salvó Miguel Reyes?

De improviso un nuevo clamor se alzó, mezcla de llanto e ira. Jorge Manuel, que andaba por allí, reconoció a María, a punto de deshacerse en lágrimas, abrazando a un soldado desastrado.

—¡Ven para acá, alacrán! —le gritaba—. ¡Ven que te vea, castigo de tu madre!

Y del grupo de soldados arrancaba al hijo estrechándole contra sí.

—¡Pobre de mí! —gemía empujándole lejos de los otros—. Tenerte siempre a merced de una bala perdida. Dime: ¿tan duro ha sido el trance?

—Regular; peor les ha ido a otros.

Sus ropas hablaban por él; rotas en jirones, parecían un erial y los calzones, que conocieron buenos días, andrajos que a duras penas escondían sus carnes.

—¡Ven conmigo, truhan! Antes de que te marches otra vez he de atarte a la pata del catre.

Algunos reían escuchando a la vieja reñir a aquel montón de liendres, en tanto el hijo esbozaba una triste sonrisa rodeado de nuevas voces.

También podían oírse en el Cigarral, llenando de mal humor al canónigo.

—Sería un error dejar ahora la mar a los ingleses. Solo llegar hasta el canal ha sido una franca victoria nuestra.

—¿Pero a costa de qué? —comentó el de Burgos—. Dicen que hasta su majestad ha renunciado a terminar su monasterio.

—Se equivoca. El Escorial se acabará por encima de todo aunque el rey se vea obligado a empeñar su vida y casa. Y es gran mérito el suyo pues, a pesar de que la gota le acosa y estos últimos años no pasaron en vano para su salud, su entereza sobrevivirá y aún ha de darnos muchas victorias.

En el jardín callaron todos considerando el porvenir. Luego, con el sonar vago de la campana, cada cual partió, unos rumbo a su hogar; el deán, camino de su

escondido Cigarral. El río, en su turbia corriente, parecía presagiar a la ciudad un porvenir oscuro para España.

# JERÓNIMA

EL LLANTO DE MARÍA al llegar a casa con el hijo ha sido de tal guisa que ha hecho salir al mismo Doménico.

—¿Qué sucede? ¿Qué gritos son esos?

—Lamentos de alegría, señor —ha respondido la vieja—. Mi hijo ha vuelto.

—Sea en buena hora. ¿Qué tal le fue?

—Señor, mejor fuera no tener que contarle —responde el hijo, y acto seguido ha pasado a narrar su batalla—: Lo peor fue la noche del siete. El viento amenazaba temporal, prendía el cielo con sus rayos y hacía inútil el timón y las gavias.

Todos callábamos escuchándole, en tanto María de nuevo lloraba. Por los ojos de Doménico parecían cruzar densos nubarrones.

—Las naves, señor, chocaban entre sí haciendo más difíciles los tiros, de tal modo que cuando se hizo el día la luz alumbró un mar sembrado de naves españolas a punto de naufragar. De aquella hermosa flota que salió de España solo una cuarta parte se mantenía sobre el mar. Únicamente luchábamos por morir con honra, mas los jefes decidieron volver a España por el camino del norte.

—Raro modo de tomar —comentó extrañado Doménico.

—No por cierto, señor, peor hubiera sido intentar la retirada cruzando de nuevo el canal. Yo vi a muchos capitanes llorar de pena y rabia cuando oyeron la orden.

—María —ordené a mi criada—, sácale queso y pan a tu hijo y dale cama donde pasar la noche.

El soldado devoró todo en un santiamén, sin dejar de hablar por ello. Tal ímpetu ponía narrando sus desventuras que hasta el mismo Francisco acudió a escucharle.

—El viento se volvió más duro —prosiguió— hasta hacernos perder el rumbo. Cada cual luchó como pudo tratando de mantenerse a flote antes de verse socorrido.

—¿Se salvaron muchos? —preguntó Francisco.

—Los que pusieron pie en la costa de Inglaterra corrieron suerte pareja. Las rocas, cuando no los ingleses, dieron cuenta de ellos. Peor parados salieron los caballos.

—¿Cómo es eso? —quiso saber Jorge Manuel, extrañado—. ¿Caballos en la flota?

—Cierto —repuso el soldado—, los llevábamos para, una vez desembarcados, hacer frente al enemigo. Como con la derrota nos faltó qué echarles de comer, fue preciso lanzarlos al mar tan de prisa que ninguno se acordó de rematarlos. Así murieron más de doscientos, tras seguirnos nadando hasta ahogarse entre las olas, relinchando como condenados.

—Ea —le dije—, olvida ahora todo eso si puedes y vete a dormir.

—El Señor bendiga esta casa. —A punto de salir se volvió hacia mí—. Señora, ojalá nunca vea a su hijo en trances parecidos.

Poco a poco se fueron alejando todos, cada cual a sus labores y Doménico al taller, dispuesto a continuar su trabajo. Yo, al cruzar por el oscuro corredor, acerté a descubrir la puerta entreabierta del aposento de Francisco. Dudé un instante antes de detenerme, recelando que la vieja me viera, pero al fin abrí y miré en el interior.

—¿Hay alguien? —susurré.

Nadie me contestó, tan solo el gato que, como siempre, había seguido tras de mí. ¡Bien dicen que las mujeres, cuando acaban en lechos ajenos, es a causa de su curiosidad! En tal ocasión debí pasar de largo, mas aquel aposento parecía llamarme con una voz que prometía borrar para siempre mi soledad.

Doménico aún se hallaba trabajando, María charlaba en la cocina con Jorge Manuel y yo me decidí a conocer aquel escondido rincón de Francisco procurando no hacer crujir demasiado el piso de madera.

En un principio nada vi, mas a medida que mis ojos se iban acostumbrando a la penumbra surgían lienzos, marcos en torno a un catre a medio hacer que esperaba a su huésped.

De pronto me di cuenta de que aquellos retratos y yo éramos la misma persona, y recordé las imágenes para las que tiempo atrás Doménico me mandó posar. Bien mirado, nada tenía de particular. Antaño los dos se parecían, ahora en cambio mi esposo ha cambiado, incluso en su manera de pintar. Es como si los días que vivió en Venecia le aburrieran ahora, al igual que los doseles de brocado, la música a la hora de comer y el mismo hijo antaño tan deseado. A pesar de que Santo Tomé y su nombre ande en boca de todos, su salud, como la del rey, declina. Sus noches discurren tranquilas, vacías, animadas solo por las horas de la catedral que a mí me hacen recordar esas Vírgenes que se me parecen con sus manos extendidas hacia el cielo sin saber dónde se posarán.

Cuando al alba el viento me despierta, miro el espejo de mi aposento. ¡Qué de prisa se va la juventud! En cambio los retratos de Francisco me dicen que soy joven todavía, que mi tiempo no ha pasado aún.

## FRANCISCO PREBOSTE

HACE MAL EL MAESTRO DERROCHANDO su salud. Por mucho que yo apriete en los contratos, su suerte ha cambiado, aunque es inútil discutir con él. Incluso intenta conservar a sus músicos, que le cuestan demasiado.

Tras la derrota de la Armada los españoles no ven el porvenir tan seguro como antes y tratan de ahorrar pues la plata del Perú no llega. Por si fuera poco, sus cosechas de pan han sido las peores del siglo, lo que unido a inundaciones graves y súbitos calores obligan a importar el grano. Gavillas de mendigos invaden las ciudades con la mano extendida, dispuestos a aceptar un cantero de pan para sacar la familia adelante.

Así las cosas, el hijo de María vuelve a hablar de marchar a las Indias o a Flandes. Buscar empleo acá resulta cada vez más difícil, como alzar un negocio rentable con los ingleses que en el mar saquean cuanto descubren a su alcance. El hijo de María cada día se queja:

—¡Y que en esto termine la carrera de un soldado! La próxima vez que nazca me haré monje de los de dos en celda, así al menos tendré el holgar asegurado.

Cada día estallan nuevas algaradas que en vano intentan atajar los magistrados; la gente se niega a financiar más guerras por muy santas que sean y para el rey todo es viajar de un lado a otro a pesar de su dolor insoportable. A mi maestro también todo le sabe poco. No se contenta con robar horas al sueño; si pudiera pintar en el lecho a buen seguro las sacrificaría con tal de concluir los encargos que le vienen de fuera. A Jerónima, en cambio, la atiende menos cada día; apenas se los ve juntos y él pasa su tiempo a solas en su taller vacío de aprendices, quién sabe si esperando esa luz que alumbra en su interior mundos remotos. Su aspecto viene a dar una falsa imagen de riqueza que no existe salvo para aquellos que viven en la Corte.

—Lo que no entiendo —comenta el hijo de María— es cómo pudiendo marchar a Italia se quedan en Castilla.

—¿No te hartarás nunca de viajes, hijo? —pregunta su madre.

—¿Por qué he de cansarme? La guerra y la mar para los hombres son hechas.

—Puede que sea verdad, mas no la guerra eterna —replica la vieja tratando de adivinar sus intenciones.

—Antes prefiero morir en campo abierto que entre cuatro paredes con los santos óleos.

—Pues va siendo hora de que pienses qué harás.

—¡Como si eso dependiera de mí! —ríe el hijo—. Madre, desde que nacemos hasta que nos entierran, el destino decide por nosotros. Si el mío es morir, muramos presto, pero antes en duelo que entre sábanas de lino.

Oyéndole, se entiende bien a estos españoles empeñados en empresas que van más allá de su valor y sus fuerzas, vestidos de andrajos, adornados de marchitos

encajes, incapaces de recoger una cosecha o de clavar un clavo.

Pero la madre, como todas, ve el porvenir del hijo de otro modo.

—Un buen mozo como tú, con medio mundo recorrido, bien podría encontrar alguna viuda honesta y hasta puede que joven.

Se ve que para ella su cachorro, torpe y zafio, se le antoja alegre y pulido como un querubín, digno de un buen porvenir como esos genoveses que abundan ahora en Madrid, a los que el tiempo se les va charlando con las españolas. ¿De qué hablarán con ellas? En sus manos solo he visto yo alguna vida de santo; no leen otra cosa. El tiempo se les va recibiendo visitas de parientes, hablando de bautizos y bodas. Fuera de ello es difícil romper su silencio cuando callan, adivinar si el amor por el marido se mantiene vivo aún o si tan solo lo veneran como dueño y señor, ya que no de sus días, al menos de sus noches.

Dispuesto a averiguarlo, he entrado cierta mañana en una de tantas librerías que hay en Zocodover. He buscado por anaqueles y estantes sin hallar libros que despierten mi interés, mas al salir me ha detenido la voz del dueño.

—¿No encuentra nada de su agrado?

—A fe mía que no.

—¿No ha leído a nuestro gran fray Luis de León? —me pregunta mostrándome un rimerito de hojas recién salido a la luz.

Y cuando trato de saber quién es, me ofrece su obra, que huele a tinta fresca aún.

—¿Conoce al menos su versión del *Cantar de los cantares*? Al autor este libro le ha costado enfrentarse con la Inquisición. Esta es una copia sacada de tapado durante el proceso. En Toledo no se habla de otra cosa.

Pago el libro y salgo, y cruzando Zocodover un rumor me detiene en medio de la plaza. No queman ningún hereje ante sus soportales, se trata de un incendio de los que tanto abundan en los días de mercado. La gente fluye dispuesta a apagar las llamas, los alguaciles tratan de poner orden y en tanto algunos corren en busca de calderos y cántaros, la mayoría se contenta contemplando las idas y venidas en busca de agua.

¿Qué grave suceso será capaz de conmover a estos toledanos? ¿Tan solo el hambre y la oración? Nadie lo diría viendo su catedral y las riquezas que encierra. ¿Qué esperan del cielo? ¿La eternidad o un montón de ducados que les permita alzar palacios mejores? ¿Serán tan celosos de su honra como dicen? ¿Amigos de la espada, o de mujer ajena? ¿Capaces de guardar ausencias? ¿Creyentes o pecadores? Nadie sabría decirlo viéndolos ante sus propias ruinas, dejando que su destino trace por ellos el rumbo de sus días.

## EL HIJO DE MARÍA

A LA POSTRE HE TENIDO QUE BUSCAR un escribano; mi diestra es hábil manejando el mosquete pero muy torpe a la hora de tomar la pluma. Así he osado dirigirme al presidente del Consejo de Indias.

*Señor —ha escrito el amanuense—, Diego Girón Benavides afirma que desde hace veinte años ha servido a su majestad por mar y por tierra, que ha sido herido en multitud de ocasiones con el quebranto consiguiente de no poder atender a su madre, ya de edad avanzada. A cambio de ello no le ha venido ninguna recompensa, por lo que pide y suplica humildemente, si está en manos de vuestra señoría, se le conceda un empleo en las Indias como gobernador o juez, en la seguridad de que cualquiera de ellos lo aceptará de buen grado procurando cumplir en todo, pues su mayor deseo es continuar de por vida sirviéndole con celo y lealtad.*

Una vez en mis manos la carta, ha sido preciso buscar alguno que la recomiende. En Toledo no conozco a nadie salvo a mi madre y sus amos. Es posible que el Griego quiera recibirme, pero es tan agrio su carácter que dudo mucho antes de decidirme. Al fin lo hago a pesar de que mi madre se oponga con toda clase de razones.

—¿Qué libertad es esa de molestar al amo? —pregunta asustada y ofendida.

No sabe que, del rey para abajo, nadie es más que nadie, sobre todo tratándose de un veterano de Flandes, y que si somos los primeros en Europa no es afrenta tratar con nosotros por mucho rango que se tenga.

Así esperé un día en que los aprendices concluyeron antes su trabajo. Cuando el último se fue, subí al taller y el mismo amo me abrió la puerta lanzándome una mirada que era ya de por sí una pregunta.

—¿Qué haces tú por aquí a estas horas?

—Deseaba pedir os un favor si es que alguna migaja de tiempo os sobra.

—Está bien, veamos —respondió tras invitarme a pasar con un ademán.

En la penumbra me vi de pronto ciego y fue preciso orientarme por su voz hasta que volviera la luz a mis ojos.

—¿Qué se te ofrece?

—Señor, se trata de una solicitud. —Le mostré la carta que el amanuense me había escrito y a la que echó un vistazo.

—¿Una solicitud? ¿A quién?

—Al Consejo de Indias.

—¡Las Indias! —exclamó.

A buen seguro que se imaginaba le iba a pedir un puesto en su taller. Quizá ignora que en España un hidalgo jamás mancha sus manos con oficios propios de villanos.

—¿Es dinero lo que necesitas?

—No, señor; alguien que haga llegar mi petición ante el presidente.

El amo se alzó y fue hasta la ventana. Visto a la luz sus cabellos son más canosos y sus ojos cansados de tanto trabajar. De improviso se volvió.

—Y dime: ¿qué pides en ese memorial?

—Un cargo, señor, un puesto de mando en cualquier lugar de nuestro Imperio.

—¿Tanta experiencia tienes?

—Señor, los viajes enseñan tanto como los libros.

—Y en caso de que te otorguen lo que pides, ¿piensas quedar allí?

—¿En dónde?

—En las Indias.

—Suponiendo que me lo concedan, he de juntar ducados suficientes para volver rico a Toledo y sacar a mi madre adelante.

—Bien está —sonrió—. Lo malo es si, pensando en esos ducados que dices, olvidas tus obligaciones. —Echó un vistazo al papel que tenía en sus manos y prometió—: De todos modos haré lo que pueda, aunque el rey recibe cada día cien instancias como esta. Yo, amigos tengo pocos, pero sé paciente y espera. Ojalá sirvas al rey con lealtad.

—Así será, señor. Si algo hay de bueno en mí, por el cielo, es mi lealtad.

Lealtad, esperanza, duro remedio que no siempre surte efecto. El tiempo pasa sin noticias y es preciso armarse de paciencia. Duermo hasta bien entrada la mañana, cuando mi vieja me despierta al volver del mercado. Me echo al colete un trago y me voy a la calle en busca de alguna novedad. Pero no hay nada que me toque de cerca y el tiempo se me va peregrinando un vaso de vino con que llegar hasta la hora de almorzar.

Se ve que el viento no sopla a nuestro favor como antaño porque no cruzan sino caballeros con la bolsa vacía y el traje negro como si fueran a un entierro. No van como nosotros los soldados, pobres pero vestidos de colores, dispuestos a ganarnos un ducado aunque sea vendiendo el alma al diablo. Yo, por mi parte, de cuando en cuando consigo sisar de la bolsa de mi vieja unos reales de vellón que apenas alcanzan para un catre en la «Casa de Venus» con riesgo de ese mal de soldados que todos más o menos padecemos, que los franceses juran que trajimos de América. Solemne mentira pues ya se conocía antes de Colón.

De este modo mi vida consiste, a más de en pasear, en asistir a interminables procesiones que a veces duran todo el día y quemas de herejes en las afueras. La mayor parte de ellos, me explica uno de los que presencian la pira, se acaba reconciliando con la Iglesia, se arrepiente y salva la vida. A cambio de ello pasan sus días pobres de solemnidad, sin bienes ni renta.

—¿Por qué sin renta? —pregunto.

—Porque, a más de la leña, es preciso que paguen con su dinero los sillones donde se sientan las autoridades, las alfombras, los sambenitos y las velas. Y aparte de lo que las obras del cadalso cuestan, no es nada si se compara con lo que se llevan clérigos y abogados.

—No sabía —le digo— que un hombre valiera tanto.

—Unos con otros, trescientos mil maravedíes.

—De hoy en adelante cuidaré mi cuerpo tanto como mi bolsa.

En tanto charlábamos, la multitud se deshacía, unos camino del cadalso, otros rumbo a la catedral, en cuyo claustro buscaban alivio del sol de plomo. El negro paño de a dos ducados vara se mezclaba con rojos tafetanes sobre pechos firmes y ropillas cerradas. Legiones de chiquillos corrían en tomo de sus madres que, con el rostro escondido tras el velo, apresuraban el paso con un discreto contoneo, dispuestas a no perderse un detalle de la fiesta.

Yo he visto ya demasiados muertos en los campos de batalla y antes que ellos prefiero los brazos de Morfeo, los muslos de una buena hembra o un buen plato en cualquier figón, de modo que me fui a casa por si el Griego tenía alguna buena nueva para mí.

—¿Seguimos lo mismo? —pregunté a mi madre, de vuelta.

—Igual. El amo no salió en todo el día del aposento.

—No importa. Las cosas de la Corte van despacio. ¿Cuándo piensa volver por Madrid?

—No lo sé. Según oí a la señora, espera pasar allí unos días. Si él no consigue lo que deseas, bien puedes dar tu causa por perdida.

# JERÓNIMA

EL LIBRO ESTÁ SOBRE EL ARCÓN que hay cercano al lecho. Alguien lo ha dejado allí, quién sabe si adrede u olvidado. Lo tomo y sus primeros versos llaman mi atención:

*Besóme con besos de su boca;  
porque buenos son los amores más que el vino.*

Al punto me viene a la memoria la imagen de Francisco. ¿Quién si no él goza de paso franco por toda la casa? Bien pudo dejarlo allí sin que nadie le estorbara. Doménico no lee más que tratados de pintura y filosofía. Su interés no son las letras, sino los números y, fuera de sus cuadros, las mujeres no le interesan como estos versos que siguen ahora:

*En tanto mi amad  
reposa entre mis pechos.  
Mi nardo dio su olor.  
¡Qué hermoso es!  
Nuestro lecho florido  
descansa bajo vigas  
de cedro y techo de ciprés.*

Raras palabras estas en boca del Espíritu Santo. Yo misma no sabría descubrir mejor lo que se siente amando y siendo amada en la suave penumbra de mi aposento. No aparezco yo así transida y agitada en los retratos que de mí han hecho Doménico y Francisco, sino solicitada tal como el libro dice:

*La lluvia pasó y el invierno se fue.  
Levántate, amiga, y ven conmigo.  
Los capullos de las flores se muestran.  
El tiempo de la poda ha venido y suena la voz de la tórtola.  
Álzate, amiga, hazme oír la tuya y muéstrame cómo eres.*

Cuanto más pienso en ello más claro adivino quién dejó el libro en mi aposento. Nadie en casa me trata con tal confianza, ni es capaz de acercarse a mí salvo María y Francisco. Algo dentro de mí me impide pensar en un olvido involuntario y, dejando a un lado cualquier otro motivo, todo me lleva a recordar los silencios de aquel a la vuelta de Santo Tomé, sus miradas cuando estamos a solas y sus medias palabras como dudando siempre, dispuesto a obedecerme en todo.

—¿Qué te sucede? —le pregunto viéndole tan pálido—. ¿Estás enfermo acaso?

—No, mi señora —trata de sonreír—. Sabéis de sobra que siempre me hallo bien estando a vuestro lado.

Su modo de ser me trae a la memoria los juegos de los niños prolongados hasta la eternidad sin saber muy bien qué quieren, ni cuándo decidirse. Francisco ha de ser

así; respeta a Doménico por miedo a ofenderle y por no perder su trabajo, como tantos otros. Es decir: lo mismo que la vieja cuando el hijo habla de marchar.

—La señora sí que sabe vivir —murmura el truhan pensando que no soy capaz de escucharle.

—Baja la voz —le ruega la madre—. Las paredes oyen y la señora últimamente no se pierde detalle. Ella y Francisco andan inquietos cada vez que se ven con el amo.

—Los tratos de Francisco los conozco yo.

—No son asunto tuyo.

—¿Y los de la señora? Su modo de mirar explica bien a las claras lo que es un secreto a voces.

—Hijo, tu cabeza no rige; solo piensas maldades.

—Lo que salta a la vista es que el viejo no cumple como debe. Por mucho que le pese, las mujeres todas están cortadas por el mismo patrón. Fingen o mienten.

En silencio, sigo preguntándome si el hijo de María habla en serio o por divertirse como todos, si tal como asegura sabe la verdad o sospecha solamente.

—Desengáñese, madre, quien no aprovecha el tiempo que le resta en la tierra corre el riesgo de marchar al otro mundo habiéndolo gozado a medias; un día se acaba todo y viene el lamentarse y el crujir de dientes de que habló el profeta.

—Todo no se lo lleva Satanás. Lo dice el Evangelio.

—El único que a mí me enseñaron es el de las armas.

Ante tales razones la madre enmudece. Solo se escucha el rechinar de las cigarras en tanto yo me alejo para que no me sorprenda ninguno de los dos. Las palabras del hijo de María no me ofenden; todos los hombres piensan de modo parecido y él no ha de ser excepción, y si Francisco me regala un libro no es raro que imagine un amor escondido en mí tal como los versos dicen:

*Busqué en mi lecho por la noche  
a aquel al que mi alma ama y no lo hallé.  
Tengo que levantarme y escudriñar,  
calle por calle, la ciudad.  
Hallarle y llevármelo conmigo  
otra vez al lecho en que mi padre me engendró.*

Vuelvo las páginas y leo el nombre del autor. Dicen tuvo un recio encuentro con el Tribunal de la Santa Inquisición. A este fraile más se le tomaría por caballero de esos que hacen versos como el famoso Garcilaso que por monje de los que se dedican a alabar al Señor. Pienso en él y en Francisco a solas en el lecho, en esa hora cálida y húmeda que roza a la mujer, sobre todo cuando la luz va borrándose del cielo. Ahora, en el silencio roto solo por las aceñas y la alondra, parece oírse bajo el dosel carmesí de mi cama una voz dolorida que me llama encendida de puro amor y sobresalto.

## MANUSSO

AQUÍ, EN TOLEDO, donde he venido a la sombra de mi hermano, no temen ver en el horizonte galeras turcas en busca de esclavos. Mi misión consiste en reunir el dinero necesario para el rescate de unos cuantos compatriotas capturados por el enemigo. Pues sucede que, tras la victoria de Lepanto, el Turco parece renacido y no se halla a salvo ningún rincón de nuestro mar. Los cristianos, en cambio, desunidos, por no decir reñidos, apenas han sacado partido de ella y los calabozos y prisiones de Argel o Alejandría se hallan repletos de cautivos a la espera de un canje que solo llegará satisfaciendo la cantidad que por ellos se pide.

Mas el dinero falta y la caridad, sobre todo cuando se trata de un país diferente. Entonces todo lo que se consigue es un puñado de reales que para nada alcanzan.

Gracias a mi hermano Doménico tengo comida y cama. Los demás que vinieron conmigo han recibido cobijo sin dificultad pues con la marcha de la Corte esta ciudad se ha quedado vacía con unos pocos hidalgos que viven y comen mal, esperando una herencia que no acaba de llegar. Es inútil hablarles de cautivos cuando están presos de sus propios sueños como yo de mis necesidades, a pesar de que Doménico y su mujer me tratan como uno más de casa. Tan solo al hijo de la vieja criada le noto hacia mí cierta aversión que le lleva a hacer causa común con Francisco, el criado.

—¿Y qué hacen tus compatriotas para tener a raya al Turco? —pregunta el hijo de María.

—Morir.

—Morir está bien para los mártires, mas no para soldados —replica con sorna.

—Haya paz —media Francisco.

Es inútil, en esto de discutir son maestros los españoles; menos mal que la fuerza se les va por la boca a la hora de la verdad. En ello se parecen a los italianos, mas sin su amable trato. Es verdad que los comen los impuestos que son la ruina de esta Castilla que solo piensa en América, mas buscando fama y honra son capaces de empeñar la vida si les dieran unos cuantos ducados por ella.

Todo esto no quita el sueño a Doménico en tanto haya dinero con que pagar sus Vírgenes y santos y hacer realidad sus sueños de pintar tan solo aquello que juzgue digno de su pincel. Ahora solo pinta lo que le place y acomoda. Nada le importa salvo su casa y su taller entre torcidos callejones que miran al cielo rodeando patios y dando sombra al jardín donde el sol nunca asoma y los escasos limoneros que animan sus rincones. Sus días ahora son como esas aguas que no se ven pero que riegan huertos y jardines, trayéndome el recuerdo de la patria.

Si aquí el verano es riguroso, el invierno ha de ser más duro todavía cuando cae la nieve y el río se alborota arrastrando aceñas, derribando tapias y sembrando de ruinas ambas orillas.

A mi hermano tales desastres no le alteran; cuando el trabajo cesa, se encierra con

sus libros y deja pasar las horas hasta irse a dormir. En la casa todos parecen haberse acostumbrado a esta clase de vida; su mujer dedicándose a distintas devociones y a sus rosarios en la catedral, pendiente del hijo que pronto ha de representar al padre, y la vieja que vela en la cocina cuidando de la comida o zurciendo la ropa.

Jerónima sigue sirviendo de modelo a Doménico, que la transforma según los encargos en la Virgen María o en la Dolorosa, mas tales falsos retratos se ve que ya le cansan según los pinta y se promete no volverlos a llevar a cabo. Aun así es preciso que su mujer le recuerde la hora de la cena, que transcurre en un silencio interminable. ¿De qué puede hablar con Jerónima? ¿Qué contar que yo no conozca? Quizá él sufra a su modo esta soledad que se siente en la casa apenas cruzado el umbral. Bien distinta me la imaginaba yo, a través de las cartas que me escribía, asentada sobre tanta ruina con sus ricos conventos venidos a menos y su famosa catedral cerca de la cual viven cada vez menos cristianos, judíos y discípulos de Mahoma en barrios que fueron centros de riqueza y saber.

## EL CIGARRAL

HASTA EL CIGARRAL LLEGÓ LA NOTICIA de que el rey anunciaba su visita a Toledo.

—¿Y cuál es la razón? —preguntó el canónigo—. ¿No decían que seguía enfermo?

—Mucho me temo que nos amenacen nuevos impuestos. Ese Escorial acabará con nuestros ahorros.

—De todos modos —intervino el deán— el caso es que si viene habrá que recibirlo.

—Mala impresión va a llevarse de nosotros. Todo está como las llamas lo dejaron.

—Mejor así; quizá nos pague un Toledo nuevo. Por lo pronto ya están los pintores aderezando el arco bajo el que ha de pasar para hacer su entrada.

Así acudieron los del Cigarral hasta el inicio del camino que llevaba a la Corte. Les fue preciso abrirse paso entre una multitud sudorosa, cansada de esperar, dispuesta a mostrar su afecto al monarca y al mismo tiempo temiendo que aquella visita inesperada acabara mermando sus finanzas.

—La verdad es que nos salen caras —murmuraba el dueño del Cigarral—. Entre fiestas de toros, bailes y torneos, se nos va el poco dinero que nos resta.

—Todo ello sin contar con el mal ejemplo de los cortesanos —añadió el canónigo.

—Seamos pacientes, amigos —interrumpió el deán—. La razón de esta venida es comprobar si se llevan a cabo las obras de restaurar Zocodover tras el fuego que lo destruyó.

—Mayor desastre ha sido el de nuestra flota —comentó el amigo de Burgos—. Nos ha costado diez millones de ducados. En mi ciudad las gentes se negaron a pagar pidiendo en cambio al rey que ponga fin a las guerras.

—¿Y el rey qué ha contestado?

—Con protestas de amor al país; intentando sobornar a los procuradores y amenazando a los que se oponían. Hasta llegó a invocar al cielo, pero esta vez de poco le valió.

Un rumor lejano comenzó a alzarse en tanto el gentío parecía olvidarse del sol que quemaba sus espaldas. Por el camino real ya se acercaba la comitiva y los viejos balcones de madera corrían el riesgo de venirse abajo, poblados sobre todo de mujeres que recordaban los días en que Toledo fue Corte. La comitiva, más reducida que en anteriores ocasiones, apenas se detuvo siguiendo al monarca oculto tras las cortinas de su coche, que iba ganando poco a poco las primeras rampas de la cuesta. La multitud que llevaba tanto tiempo esperando, viéndole pasar de largo, no pudo evitar su decepción.

—Parece que lleva prisa —murmuró el canónigo—, demasiada para ver los

efectos de un miserable fuego. A buen seguro que querrá comprobar las obras encargadas para borrar tan triste recuerdo.

—Pues no es él solo. Mirad por dónde va nuestro Griego —señaló el deán—. Seguramente deseará saber si se le va a incluir en los trabajos.

—Al menos pedirán su opinión. Nadie mejor que él podría hacerlo.

Todos miraban al pintor que pausadamente subía la cuesta vestido con la ropilla negra de costumbre, ajeno a todo lo que no fuera aquella comitiva que seguía con ojos atentos. Apenas había visto al rey, con sus males auestas, soportando sus fiebres y su gota, olvidando incluso su querido Escorial. Su cuerpo —había oído decir— se hallaba tan consumido y débil que le era preciso pasar el día en una silla especial. En ella comía y dormía o trataba de hallar solución a los muchos problemas que le venían de las distintas naciones de su Imperio.

«Al menos yo —se decía el Griego— puedo valerme de mis piernas y sobre todo de mis ojos. El espíritu es llama que crece hacia lo alto, que gira y se retuerce como buscando a Dios en vano. La carne en cambio flota, no sirve para el arte, es inútil esperar de ella un aliento capaz de colmar la medida del hombre.»

No guardaba rencor al monarca por el rechazo de su cuadro aunque su intento fallido le hiciera preguntarse a ratos cómo habría sido su vida de haberle llevado el rey a su lado. Mas si se pintaba para avivar la devoción y no pensando en el arte, era lógico que no le gustara su famoso cuadro.

También hubiera deseado saber qué pensaría el rey de sí mismo ahora que su vida se agotaba; si creía que su obra se hallaba realizada o sentía el sabor amargo de las grandes derrotas. Es cierto que los separaban doce años de edad, pero los viejos siempre se refugian en sus años jóvenes según se acerca el final de sus días.

Quizá el monarca recordaba sus horas alegres de Portugal como él los días en la casa solariega de los Theotocópuli, venida de Bizancio cuando los turcos hicieron suyo el mar. El padre decidió emigrar y el hijo en aquella nueva patria inició sus estudios con iconos y miniaturas y pintando a veces también del natural.

Cuando su arte voló demasiado alto para quedar encerrado en su isla, partió nimbo a Venecia. Luego Florencia y Roma apagaron sus primeros entusiasmos, y, cuando oyó hablar de España, su interés creció al saber que allí alzaban El Escorial. A pesar de su fracaso en Toledo, su destino se había cumplido como la vida de aquel rey que a duras penas se escondía en su coche temiendo delatar en su rostro el mal que en él crecía cada día, huyendo de la multitud, rodeado de soldados, enfermo pero dispuesto a hacer cumplir sus órdenes.

*Vuelva a hacerse de nuevo —decía el bando que mandó poner en la ciudad— para ornato de la villa todo cuanto fue ordenado, ya que ofende ver su plaza tal como ahora está, y si los dueños de las casas que hay en ella no las quisieran volver a edificar conforme a dicha traza, serán obligados a venderlas, pagándoles por ellas el precio en que fueron tasadas.*

Los amigos del Cigarral habían acogido con agrado aquella muestra de interés por su ciudad.

—Ojalá se desvelara tanto por nuestros intereses —murmuró el de Burgos—. Si no incendios, otras calamidades no nos faltan.

—España es grande —respondió el deán— y el tiempo demasiado breve.

—No es España ni el tiempo los que corren, sino la vida del monarca que está llegando a su final.

—Esperemos que el hijo salga al padre.

—¿Tan poco tiempo pensáis que le resta? A veces el exterior nada quiere decir. Puede que aún le queden muchos años de vida.

—Me extrañaría, tal como le hemos visto, escondido en su coche. Nunca estuvo así ni en sus momentos peores.

—Quizá era su majestad quien no quería vernos. Puede que guarde mal recuerdo de nosotros.

—No lo creo —concluyó el canónigo—. Los recuerdos se apagan con la edad; los malos y los buenos. Los que no ceden son los años. Cuando llega una enfermedad, si el cuerpo no responde, es inútil buscar remedio, ni siquiera los que surten efectos beneficiosos en los jóvenes.

## JORGE MANUEL

DESDE QUE MI PADRE ME NOMBRÓ su secretario, mis viajes se han multiplicado. No marchó mal. Las mozas de mesón, y en ocasiones la misma dueña, acuden por la noche bajo el cobijo de mis sábanas.

—Ven acá, galán, la noche es nuestra.

—¿Y si tu marido vuelve?

—No volverá. Está en Madrid comprando unos pellejos de aceite. Hasta mañana no aparece.

—Mucho te fías.

—Tanto como él de mí; después de todo, ninguno está seguro, ni el hombre ni menos la mujer. Vamos, buen mozo, para dormir al menos te quitarás los calzones. — Me huele el aliento y añade—: Como sigas bebiendo antes de irte a la cama, vas a sentir tu verga tan mustia y triste que por mucho que busques no encontrarás donde alojarla.

Así son las mujeres por aquí, sobre todo las que dejan de ser doncellas antes de tiempo: esas, una vez la honra perdida, suelen acabar de mancebas si no hay algún desprendido que les dé comida y casa.

Más o menos se conocen todas, de modo que les he preguntado si alguna ha visto a *la Galana*, pero es inútil.

Al fin responde la dueña:

—Por ahí anda enferma.

—¿De qué?

—De mal de bubas.

—No sabía que pasaban extranjeros por aquí.

—Alguno cae de vez en cuando, pero ella lo cogió en la vida. Un día se escapó y sentó plaza en casa llana. Al principio le fue bien como a todas, mas luego vino el mal que decía y la dejó del color de la aceituna.

Seguramente la dueña tiene razón y, de toparme con ella, no la hubiera reconocido, pero aun así cada vez que llego a un mesón pregunto. La verdad es que a pesar del tiempo transcurrido no pierdo la esperanza. ¿Quién sabe? El día menos pensado quizá vuelva a encontrarla. Así, entre clérigos, busconas y mecenas se me va el tiempo en discutir.

Tal ha sido la razón de mi vuelta a Madrid: un seminario fundado por cierta dama noble que vivía y murió en la Corte. El encargo quedó sin firmar hasta el verano y, enzarzados con los tasadores, el tiempo pasó sin llegar a decidir.

Todos saben que, hoy por hoy, nadie pinta mejor que mi padre en España, y aun en el mundo entero, salvo Ticiano o Tintoretto. Así se lo he hecho saber encomiando sus cuadros a uno de los tasadores. Y cuando yo me temía que hiciera como todos, en vez de ello, me preguntó de improviso:

—¿Por qué no vienes a visitarme? Tengo en casa una tela que a buen seguro te agradara.

Fui a verle y me enseñó un cuadro de mi padre, un apóstol de los muchos que pinta, y viendo mi sorpresa, me explica:

—Has de saber que tu padre es mi pintor favorito.

Pero lo que más llamó mi atención no fue el lienzo, aun teniéndole en mucho, sino la hija del amo de la casa, tan sencilla y discreta como lluvia de mayo, pausada y cristalina.

Una vez que su padre nos presentó a los dos, me dijo:

—No sabía que el famoso Griego tuviera un hijo.

—Pues así es y desde ahora estoy a vuestro servicio.

—Me place —respondió—. La próxima vez que pase por Toledo, no dejaré de visitaros.

—En Toledo os espero.

La muchacha no respondió pero me acompañó con el padre hasta la puerta.

De nuevo en Toledo, la recuerdo, en tanto afuera la calle hierve como siempre de viandantes que, a pesar de la hora, pasean y alborotan. Pienso en el cómodo oficio del padre, reposado, sin ningún sobresalto, tan solo dando de cuando en cuando su opinión. No es mala vida si bien se mira, mejor que discutir o administrar o seguir los pasos del mío, al que jamás podré igualar por mucho que me esfuerce pintando santos y Vírgenes que solo son imágenes disfrazadas de mi madre.

## EL HIJO DE MARÍA

¡VIVE DIOS!, A LA POSTRE me sirvió de algo el memorial que envié a su majestad. Mis servicios han de haberle conmovido como mis penurias. Sin duda mis méritos y lamentaciones llegaron a sus manos a través de las del limosnero mayor, camino obligado de los que buscan un cargo. Mi petición ha debido de llegar al corazón del monarca y accederá a concederme alguna sinecura en cuanto sea posible.

¿Qué tendrá para mí? ¿Cuánto habré de esperar? Quizá sea nombrado corregidor, gobernador incluso; todo ello gracias al patrón de mi vieja, que me ha mandado llamar.

—No pierdas tiempo esperando aquí. Es en la Corte donde se cuecen estas cosas.

—Yo creí que con la carta era bastante.

—Así debía de ser, pero no te confíes. En negocios como este nunca se sabe.

Tampoco yo he sabido qué responder, y viéndome dudar aclara:

—El amigo al que hablé de tu caso me ha dicho que tu negocio ha de estar a punto de resolverse.

—¿A mi favor, señor?

—Me parece que sí, según su tono cuando me lo dijo. De otro modo no se molestaría. La respuesta, a buen seguro, no ha de tardar. Esperemos que sea favorable.

—El Señor le oiga.

—Mas conseguir el cargo ya no es cosa mía. Solo queda esperar. Esperar siempre para todo, para resolver lo que pide un memorial o decidir si existe otra vida mejor que esta. Esperar cruzado de brazos como hacen los hidalgos y dejar que las cosas sigan su camino. Así van las cosas en España pues, si como la Iglesia dice, vivimos en un valle de lágrimas, ¿para qué esforzarse y trabajar? Mejor fiarlo todo a otra vida más fácil que padecer una sacrificada aquí abajo.

Algunos recibieron una herencia con la cual, mal que bien, van saliendo adelante; solo unos pocos se fueron pobres a las Indias y ahora tienen palacio y escudo en su tierra. De esos quiero ser yo; con la ayuda del amo y su amigo de Madrid conseguiré ese cargo con que olvidar para siempre mis miserias.

—Cuida que no te olviden a ti antes de dártelo.

—No me olvido; por el contrario, un día de estos parto.

Pero antes de que emprenda mi viaje, ha llegado un correo de la Corte.

Mi madre recibe el pliego e intenta leerlo.

—¿Qué dice? —le pregunto impaciente.

No responde de palabra ni con ningún gesto, como si lo que el correo dice no fuera con ella. Sin embargo la carta sigue en sus manos. Mas mi madre es así, en ocasiones goza poniendo a los demás el corazón en un puño.

—¿Hay noticias? —insisto.

—Las hay y no son malas. Según parece lo de tu empleo es cosa hecha. Ya puedes ir arreglando tus cosas. Aquí dicen dónde debes presentarte en la Corte. Allí sabrás el destino que te toca.

Así, mientras las lágrimas van brotando de sus ojos, veo que esta vez la fortuna me llega. Mi madre alza el rostro y comenta:

—Al fin te saliste con la tuya. Seguro que no vuelvo a verte.

—¿Por qué? Yo siempre cumplo lo que prometo.

—No sé —me responde con aspecto abatido—. Donde te manden habrá mujeres como aquí y han de acudir a ti como abejas a la miel.

Mi madre es como todas las mujeres; cree que labrar una fortuna al otro lado del océano es sembrar y recoger sin más, pero de cien que cruzan solo unos pocos vuelven ricos. Y es que los viejos confían demasiado en la Fortuna. No sé si me haré rico como mi madre desea o consiga esa viuda amiga de cocina y sacristía. La vida en sí no es buena ni mala, sino como se la toma: unos días alegre y otros odiosa. Solo tiene una enemiga verdadera: la vejez, antesala de la muerte, sendero que es preciso recorrer sin echar la mirada atrás para no recordar lo que detrás se deja.

El amo, en cambio, cada vez que le encuentro en su cuarto insiste:

—Entonces, ¿cuándo partes?

—Por mi gusto mañana mismo.

—Como te dije, no debes retrasarte, no aparezca otro más vivo que tú y te quite el puesto.

—Tal cosa no sucederá, señor. Al punto me pondré en camino, pues parientes no tengo salvo a mi madre, que en un decir amén me hará el equipaje.

Callo y salgo de su aposento echando antes un vistazo al patrón, magro como un pincel a fuerza de comer poco y no tocar a su mujer de noche. A saber cuántos años de vida le restan y si es vivir dejar pasar los días así, lejos de los demás, por un camino sin salida.

## FRANCISCO PREBOSTE

AL FIN ME DECIDÍ. No fue fácil conociendo su decoro, mas las mujeres, cuando en ellas se enciende una pasión, no son capaces de defenderse. No hay muro sin escala ni reja que no ceda si se tiene un poco de paciencia. Así, aproveché uno de tantos viajes del maestro a Madrid para encontrarme a solas con Jerónima. Además, la vieja, no la acompañaba como de costumbre a su rosario a causa de un mal que la tenía en cama, y a la postre me resultó fácil seguir sus pasos hasta la catedral.

Con el invierno en puertas, un viento frío subía desde el río obligando a los hombres a cubrirse con su embozo en tanto las mujeres se defendían con el manto. Un postrer vuelo de vencejos animaba tímidamente los rincones del claustro donde mendigo y lisiados se preparaban para pasar la noche. Procuré no ser visto y, cruzando la puerta, seguí tras Jerónima en la oscuridad donde solo lucían las velas que se ofrecen a las ánimas.

Las tinieblas de cuando en cuando se animaban con un rumor lejano de pasos y el eco de voces que llegaban de fuera. Era como pasar del día a la noche, del sol postrero a un negro purgatorio donde las almas flotaban en un mar de fuegos fatuos. Desde la celosía de los confesonarios llegaban murmullos que no podía entender; salvo la voz del capellán que explicaba a quién iba dedicado el rosario del día.

Yo solo estaba pendiente de Jerónima, de aquella brasa que se iba encendiendo en mí. Teniéndola tan próxima, caí en la tentación de poseerla en mucho o en poco y así decírselo, aunque después debiera arrepentirme. Tal es el mar de dudas en las que el destino suele hacer naufragar a los enamorados siempre dispuestos a afrontar todos los riesgos. De nada sirven consejos ni sermones. Las osadías y desdenes se nos antojan poca cosa cuando se trate de barreras insalvables.

Todos pensamos que nuestra otra mitad es diferente y casta, que en ella el amor verdadero nunca se abrió paso, que todas son doncellas y ni siquiera miran a los hombres que pasan ante sus celosías. Yo no fui excepción; así fui a caer en el engaño que tantas veces condené pero del que pensé salir indemne siempre.

Cuando por fin el rosario concluyó, viendo a Jerónima encaminarse hacia la puerta, la abordé en el claustro.

—Señora, ¿me permitís que os acompañe?

—¡Eres tú! —me reconoció en la penumbra, entre curiosa y sorprendida—. ¿No vas ya por Santo Tomé?

—A veces, pero prefiero la catedral.

—También yo. Sobre todo en días de fiesta o cuando el organista ensaya.

—Esa música es mejor que la de casa.

—A mí al menos me lo parece. A mi esposo no tanto. Se nota que tenemos gustos encontrados —rio brevemente—. Sin embargo a los dos nos placen los libros.

Y por si acaso sus palabras llevaban doble intención, pregunté:

—¿Leísteis el mío?

Se me quedó mirando como si fuera inútil fingir.

—Claro que lo leí; no conocía yo a ese fray Luis, ni su *Cantar de los cantares*. Son muy bellos sus versos. ¿Siempre los hace tan sentidos?

—Y mejores, sobre todo cuando habla a las mujeres. Por eso os lo elegí. Y aun podría regalaros otros.

—Ya suponía yo quién lo había dejado en mi aposento.

No parecía sorprendida ni ofendida, sino más bien ajena, defendiéndose del frío, atenta solo a las sombras, que cruzaban apresuradas.

—¡Quiera el Señor que María tenga algún brasero preparado en casa!

Arreciaba la brisa dejando las calles vacías. Tan solo algún mendigo que otro se arriesgaba a acercarse para pedir limosna. Ella los socorría, murmurando a mi oído:

—Me pregunto cómo podrán vivir aunque el Señor vele por ellos.

También me preguntaba yo cómo podría vivir sintiendo su voz tan cerca y el leve roce de su manto que el viento alzaba en torno de mí. Y sin embargo, luchando por alejar de mí su imagen y al mismo tiempo deseándola, conseguí responder:

—Aunque el Señor vele por ellos, también otros necesitan de la caridad. Sobre todo los hombres.

—¿Y las mujeres no? —me preguntó con sus ojos brillantes.

—Las mujeres menos, puesto que ellas otorgan y los hombres reciben.

—Pero también tenemos que frenar nuestras pasiones.

—Es cierto. Sin ellas el mundo nada es, lo mismo que sin amor. Gracias a él camina, aunque nunca se sepa si para bien o para mal.

Con estas y otras razones se hizo más breve el camino de vuelta. Ya cerca de casa, Jerónima esquivaba de cuando en cuando los cantos rodados que adornan la calle apoyándose en mí. Yo pensaba que lo hacía adrede, mas presto se separaba quedando todo en nada. Ya a la entrada del jardín, pasado el tejadillo que la defiende de la lluvia y el sol, cruzamos el patio y al punto se hizo luz en uno de los pisos altos.

—¿Quién va?

—Soy yo, María.

—Alabado sea el Señor —murmuró la voz de la vieja en las alturas—. Ya nos inquietaba vuestra tardanza.

La luz iba y venía en la galería alumbrándonos, en tanto el cielo se apagaba del todo. Allí nos separamos; Jerónima hacia la cocina y yo camino de mi aposento. En la escalera me topé con la vieja, que recelando me susurró:

—No sabía que fueras tan devoto.

—¿Por qué lo dices?

—Por esas visitas a la catedral.

—Alguien tiene que dar escolta a la señora. Están las noches demasiado oscuras para volver sola.

La vieja no respondió, seguramente no me creyó del todo en tanto se alejaba sin

prisa camino del fogón donde ya el ama la esperaba. A saber qué pensaba de mí. Seguramente que volaba demasiado alto, que además de acompañarla y defenderla si venía el caso, otros motivos me empujaban a mis paseos hasta la catedral. Mas yo no estaba dispuesto a dejarme avasallar por su malicia, en tanto la señora no se manifestara en contra. Y días después volvía a las andadas haciendo de nuevo el camino hasta la catedral.

Al verme otra vez, no pareció demasiado sorprendida, por el contrario me miró más tranquila que días atrás, murmurando:

—Me alegra verte por aquí. Están las calles demasiado oscuras a esta hora; además se ve que eres constante.

—Tal virtud no me falta; es verdad.

—Ni a mí, en cierto modo. Eso al menos tenemos en común.

—¿Y por qué solo eso, señora? En vuestra mano está aumentar tal conformidad. Quizá con el tiempo se consiga de vos un trato más amable.

Jerónima sonrió murmurando:

—En la vida no hay que desesperar; nunca se sabe hacia dónde apunta, lo mismo que el amor, al menos eso dice el libro que me regalaste.

Quedó pensativa como solía a menudo, mirando sin ver en tomo, quizá oyendo solo al capellán y la letanía a la que un coro de imprecisos rumores respondía anunciando el final con un revuelo de mantos y capas.

Abriéndonos paso fatigosamente en la nube eterna de mendigos, volvimos a casa. La luna se escondía en las alturas en tanto algún que otro rostro se asomaba soñoliento a las pocas ventanas que daban al río.

De allí al alba no faltaría la voz de los canes o la de las campanas llenando las horas de la noche hasta la madrugada. Eran como nuestra conciencia en vela, maestra en revivir horas pasadas. Así aquella noche me vinieron a la memoria Jerónima y aquella Venecia dorada y ardiente que conocí tiempo atrás, su mar añil, oscuro a veces y a veces transparente, más profundo de lo que parecía a simple vista. Así se me antojaba ahora Jerónima, callada y a un tiempo deseosa de charla.

Aquella noche la vi en sueños como una Venecia altiva y transparente, capaz de transformarse, mudarse, tomarse hostil, en tomo de la gran plaza de San Marcos, y renacer amable, hermosa como en cualquiera de los cuadros que Doménico guardaba. El pasar de sus horas no era monótono, sobre canales escondidos o aguas hediondas, bajo ropas tendidas a secar. Su luz era la de la gran laguna, radiante desde el palacio de los Dogos, a lo largo del Gran Canal, convertida en amante ceñida y amorosa, rodeada de bruma por quien cada día reclamaba lo que siempre fue suyo, por un mar que cada mañana de nuevo parecía despertar.

¿Qué tenía que ver aquello con esta Castilla encerrada en sí misma, abierta solo a la codicia de las Indias, al frenesí de su Santa Inquisición? Poca cosa; aquí el amor sigue distintos caminos, pues falta ese mar que despierta los sentidos. Aquí, en esta Castilla rica y pobre, tan rica en fantasía como abrumada por su moral particular, es

fácil soñar pero difícil llevar a cabo lo que el corazón pide. Mejor vivir los propios sueños hasta la eternidad.

# MARÍA

GRANDE ES LA FUERZA del amor. Es capaz de abrir y allanar cualquier dificultad cuando echa raíces en los hombres, y no digamos en las mujeres. Las enciende transformándolas en pura brasa, turbando su razón y haciéndolas olvidar todo prejuicio. El buen nombre, los hijos y el esposo nada cuentan, ni siquiera la propia honestidad, que al final dan por perdida. Inquietas desde que se levantan, todo lo atropellan. Cualquier contratiempo las ofende y las ausencias de su alma inquieta hacen más largas sus noches. Es como vivir ciega y muda entre los suyos sin ver otra cosa que sus propias fantasías, eternamente silenciosa a la hora de comer, callada cuando le preguntan.

Así empezó el amor o el capricho del ama. En un principio espiaba sus vueltas desde la ventana y a pesar de mis males bajaba a abrir la puerta. Las frías palabras de la señora en tanto cruzábamos el patio no me dieron que pensar en un principio, mas, después de mucho cavilar, acabé sospechando. De poco sirvió su disimulo, su cubrir las apariencias ante su hora poco usual de volver. Quizá, como ella decía, fuera mejor hacerlo con un hombre de casa, mas yo pensaba que era más fácil cambiar su lugar de devoción por otro más cercano al que llegar con menos riesgo.

No supe si también el amo conocía tales salidas, aunque es raro hallar quien no ponga el honor por encima de todo en una ciudad como esta, donde la gente está siempre alerta. Se diría que, aun en esto, Francisco y la señora tienen suerte. Puede que su honor no le importe demasiado o que el tiempo haya apagado en él su antigua pasión por las mujeres, mas parece el único que no se entera de lo que se cuece en su casa. Hasta el hijo, Jorge Manuel, nota alguna novedad, viéndola hacerse acompañar tan a menudo. Ello le hiere como a mí, notando las miradas que en ellos se clavan cuando vuelven de la catedral. Se diría que el tiempo ha cambiado a la señora. Obedece en todo a Francisco, cuyo gesto hostil se ha mudado por otro gentil a ratos en tanto la colma de atenciones.

El ama deja pasar sus horas mano sobre mano; parece siempre ajena, ella, antes tan azacana, quizá porque sus días transcurren en un puro sueño y sus noches en un velar constante añorando sus años mozos. Se me antoja que lo que ambos desean es gozar aquellos días que se perdieron sin apurarlos del todo. Mucho me temo que, de seguir así, acaben llamando la atención, pues el amor va creciendo convertido en deseo; no es preciso conocer demasiado la vida para notarlo, solo tener los ojos abiertos y darse cuenta de que sus manos escondidas, sus cuerpos en la penumbra de la casa, en cuanto pueden, se rozan. La suerte está echada; una vez llegados a tal punto el hombre nunca se vuelve atrás y la mujer tampoco; es el momento de la oportuna decisión y olvidar los remilgos, de esa hora necia que tenemos todas.

La ocasión, como digo, es favorable; el amo apenas sale de su taller y el hijo no para en casa. Solo yo cuido a la señora, vigilándola, y a Francisco sobre todo, que ya

no se molesta en ocultar su desagrado cada vez que lo encuentro en el jardín.

Raro criado este, a medias aprendiz y a medias amo, a ratos cálido y a ratos helado como el río, tan galante y cortés con las mujeres cuando quiere como recio conmigo. A pesar de no tener fortuna, los escasos ducados que el amo pone en sus manos los gasta en ropa que en los días festivos le hacen notar en cualquier gala o ceremonia, entre tanto hidalgo enlutado y tanto galán raído. No es raro que mi señora haya ido a encapricharse de él, pues, además de ser distinto, se halla tan vecino a ella que muchas tardes, por estar más unidos, juegan a las cartas.

También para otros el tiempo va cambiando, empezando por el hijo, Jorge, que ahora viaja todo el año. Cuando empezó, la señora andaba más tranquila que ahora. Eran días de mucho trabajo, que fue aflojando hasta llegar a ese fallido viaje a Venecia y el negocio de Francisco. Desde entonces hace a derechas pocas cosas, entre ellas consentir que la acompañen cada vez que sale de casa.

¿En qué acabará tanto encuentro secreto, tanto disimulo, tanto ruego a escondidas? Seguro que en el lecho, convertida la fantasía en realidad, el soñar en holgar hasta la madrugada. Solo falta saber qué día el ama cederá, y no me extrañaría que eligieran aquel en que el amo va a Madrid. ¿A quién recurrir? No al amo, por supuesto, y a Francisco menos. Siempre podría preguntarme: «¿Tú en qué te metes? ¿Quién te pidió consejo?», y tendría razón, aunque solo se necesite un poco de sentido común para adivinar cómo concluyen tales cosas. Tratándose de hombres el asunto es distinto. Ellos acaban arreglando sus negocios de honor con la espada y la vida, sobre todo en la Corte, pues según dicen, para tales cuestiones, el mismo rey Felipe no dudó en contratar espadachines. Así el único camino que me resta es consultar con mi hijo; él es hombre y soldado y por tanto habituado a solventar con la espada cualquier cuestión de honor que se presente. Puede que halle solución a este negocio en el que anda metida mi señora.

## EL HIJO DE MARÍA

MI MADRE CREE QUE SOLO ella tiene ojos y oídos. Lo que me ha contado del ama y Francisco es un secreto a voces que el marido debe de saber también, tales son sus miradas mientras él come a solas. Aunque el señor no pare en ello, es de ver a Francisco y a la señora fingiendo ganas de comer cuando el hambre que tienen es de otra carne más sabrosa. Hay momentos en que los ojos de los dos son como de lobo, dispuestos a caer sobre su presa encandilada. Mas no hay que fiarse de esas que agachan la cabeza cuando se las mira, siempre fingiéndose víctimas; a veces esconden más pasión que las altivas, esas que se cruzan en la calle contigo fingiendo perdonarte la vida. ¡Ay amor, cuántas locuras se cometen en tu nombre! Para quien te padece, cualquier barrera es leve y sus parientes enemigos. Seguramente Francisco sabe hacia dónde dirige sus tiros, pues hace tiempo que vive vecino de ella. También ha de saber que el amor es una chispa capaz de encender un manojo de yesca con solo un leve soplo cuando menos se piensa.

—¿Qué haremos, hijo? —me pregunta mi madre—. ¡Lástima que estés como quien dice ya con un pie en Madrid!

Me encojo de hombros y respondo:

—Los negocios de tu señora no son cosa mía.

—Pero mía sí. No creo que Francisco deba tomarse tales libertades.

—¿Qué libertades dices? ¿Hablar? ¿Acompañarla? Que yo sepa todo eso es solo pecado venial.

—No hay peor ciego que el que no quiere ver —replica airada mi madre—. Sabes de sobra cómo acabarán.

—Cuando suceda tal cosa ya no estaré yo aquí. Tanto me da si van al lecho o no.

—Pero a mí sí me importa. ¡Quién sabe si alguna culpa tengo en este empeño!, tú, con tu empleo en puertas, solo piensas en él sin acordarte de que si lo conseguiste ha sido gracias a ese amo del que ahora reniegas.

—Si consigo el empleo que tú y yo sabemos, compensaré a tu amo con creces.

—Pues ahora tienes tu mejor ocasión. Aparta a Francisco de la señora.

Quedé mirando a mi madre que parecía nerviosa, como fuera de sí, y le pregunté:

—¿Cómo estás tan segura en un asunto tan grave? ¿Viste algo acaso?

—Vi suficiente.

—Madre —insistí—, no te dejes llevar por las apariencias. Verlos volver de noche es cosa corriente. Al menos tal sucede en toda Europa; en España no sé, aunque pienso que como en el mundo entero, con marido o sin él, las mujeres son lo mismo todas. De modo que no cuentes conmigo si lo único que hacen es verse en casa o en la catedral.

—¿Así pagas a quien te favorece?

—¿Y cómo he de pagarle?

—Con lealtad, siéndole fiel en todo, apartando a aquellos que rondan a su mujer.

Trato de que la cólera no haga presa en mí, y respondo:

—Escucha, madre, al tal Preboste le tengo en tan poca estima como tú, igual que a todos esos italianos que tanto gustan de nuestras mujeres. Tienen fama de desprendidos y galantes. Se dice que a sus amantes les regalan cuanto se les antoja, lo que a veces supone una suma importante.

—Si es por dinero, no lo dejes. Tengo yo unos ahorros que estoy dispuesta a gastar con tal que defiendas el buen nombre del amo.

Miro a mi madre, a punto de reír.

—¡Voto a Dios! ¿No me estarás proponiendo que enamore a la señora? Solo eso me faltaba.

—Tú aleja a Francisco de ella y esos ahorros serán tuyos para el viaje. En las Indias con ellos puedes ser feliz.

—Más lo seré aquí si vuelvo. Compraré una huerta donde el trabajo sea poco y pasaré el día tomando el sol contigo.

—No lo verán mis ojos, hijo mío, pero de todos modos, agradezco en lo que cabe tu intención.

## FRANCISCO PREBOSTE

SE DIRÍA QUE JERÓNIMA ESTÁ a punto de ceder. Empezó con remilgos, como todas, con miedo al qué dirán; no sabe que una vez prendida la pasión es difícil apagarla. En ello coinciden cristianos y gentiles, en que incluso las más virtuosas sucumben si se les sabe hablar sin prisa, mas sin pausa. Jerónima es así: comenzó negándose a tratar conmigo, pero al fin consintió en hacerlo cuando menos lo esperaba. La mejor llave en el amor es compartir un secreto capaz de unir dos diferentes corazones. Así he venido a saber el suyo: que el marido la tiene como planta sin agua y que al hijo apenas le ve, y lo mismo al cuñado Manusso. El tiempo se le va en andar por la casa, en pasear, dormir o velar hasta la madrugada. Las horas se las pasa vagando entre las rosas del jardín, de noche sin una mano amiga que la acaricie, convertida en sendero de ceniza que ninguno renueva antes del alba.

Cierta mañana, en tanto Doménico dormía y la vieja se hallaba en la plaza, la descubrí en el jardín arreglando los setos.

—Mucho madrugáis, señora —dije.

—Es cierto —respondió—. Las buenas obras así lo requieren.

—Y las malas también.

—¿Por qué dices tal cosa?

—Porque lo bueno y lo malo a veces vienen de la mano. De lo uno y lo otro está hecho el hombre y también la mujer. ¿No oísteis decir nunca que en nuestro interior llevamos todos un ángel y un demonio?

—Sí que lo oí.

Se me quedó mirando, olvidando las flores.

—Pues depende de que uno tenga más fuerza que otro el que nazca honesto o malicioso.

—Y de esos dos capítulos ¿en cuál me pones tú?

—Vista así, entre rosales, en el que esconde sus espinas.

—Te equivocas —sonrió—, no es mi intención herirte.

—Hay muchas formas de herir. De ellas la principal es la belleza.

Jerónima rio brevemente, señal de que mis palabras habían llegado a donde me proponía. Mi primer paso no fue en balde, porque el destino vino en mi ayuda y el desengaño de su fallido viaje a Italia hizo sus días más amargos y largos al prolongar sus horas.

El caso es que los plazos se abreviaron a pesar de la vigilancia de la vieja, en perpetuo acecho en el jardín o en la cocina, y aunque el tiempo no corre parejo para todos y todas, presto la tuve pendiente de mí, dispuesta a salvar cualquier barrera por difícil que fuera.

A Jerónima desde el primer instante la juzgué malcasada. No era preciso sino pensar en la edad del maestro que la doblaba en años y que quizá, debido a ello,

nunca quiso boda, lo cual debió de ser para ella un trago amargo. Según supe, en los primeros días se afanaba en la casa. Lo poco que de valor había en ella brillaba como el oro; la plata estaba viva y su dueña callada y azacana. No sé si entonces hubo amor, mas recuerdo sus cabellos negros como pluma de cuervo, su cuello de garza y sus manos tan delicadas y pulidas que parecían rozar apenas el mundo en rededor.

Muchas veces he estado a punto de hablarle, mas tan esquiva se mostraba que alzaba en mí una rara timidez, frenando mis palabras como con una invisible barrera imposible de salvar. Todo acabó el día en que cayó enferma y la vieja tomó para sí el deber de volverle la salud. Apenas la dejaba levantarse. Era tanto su celo, que la misma Jerónima llegó a protestar.

—¡Por los santos del cielo! Deja de cuidarme como si fuera la primera en estar en cama.

—Es por tu bien, señora.

—Lo sé. Si no ¿quién lo soportaría?

—¿Y por qué correr el riesgo de perder la vida pudiéndola salvar?

La vieja no paraba de hacer guisos cada vez más sabrosos, barrer rincones. Hasta se reveló como hábil curandera, tanto que parecía no haber hecho otra cosa en la vida.

—¿Dónde aprendiste estas artes? —le preguntó un día Jerónima.

—En la vida, señora. A más de uno saqué adelante. Tan solo mi hombre se malogró para mi deshonra.

—No creo yo sea deshonra perder al marido, sino designio del Señor.

La vieja quedaba pensativa, dando vueltas en su cabeza a las palabras de su señora. Luego murmuraba:

—¡A saber! Puede que su muerte fuera solo un castigo por los pecados cometidos de joven.

—¿Es que los viejos han de ser virtuosos por fuerza? —preguntaba Jerónima.

—Por fuerza no, sino obligados porque, salvo la gula, llegando a cierta edad otro vicio no resta.

Así, con su ayuda, salió Jerónima adelante entre remedios y visitas que nunca faltaban al caer la tarde. Una de las primeras que llegó fue la del párroco que bautizó a Jorge Manuel. Aunque los hijos naturales abundan en España, como en todas partes, el párroco lo bautizó de mala gana, pues a las claras se veía que no se trataba de ninguna familia aristocrática. Conociendo el apellido, a la hora de escribir en el registro comentó:

—No es castellano.

—Tienes razón. No lo es, sino griego —respondió el maestro.

—Hay en Toledo una buena porción de ellos que, si bien se mira, mejores son que los judíos o los seguidores de Mahoma. ¿Vuestra merced, al menos, será cristiano?

—Soy católico romano.

—Bueno es saber que el niño será educado en la fe del Señor.

Y con gesto reposado, escribió en su libro de bautizos el nombre de Jorge,

haciéndose dictar letra tras letra su enrevesado apellido.

—Difícil resulta de escribir; más lo será leerlo o repetirlo, porque yo mismo no lo entiendo.

Lo que sí entendió fue el contenido de su bolsa a la que fue a parar el dinero del maestro.

El niño fue creciendo mimado en exceso por la madre y María, quien creía ver en él al hijo que a saber en qué rincón del mundo se hallaría. Al padre, en cambio, el pequeño no parecía importarle demasiado, pues ya se sabe que los hombres antes que hijos piensan en hijas que los cuiden a su vejez y renueven en ellas amores pasados y queridos.

—A los muchachos, en creciendo, les falta tiempo para marchar de casa.

—No digas eso —respondía Jerónima—. Jorge no será así, si sale como pienso.

—Eso decís siempre las madres cuando tratáis de defenderlos.

El escaso amor del maestro por los niños se nota en cambio en los cuadros, donde parecen gusanos retorcidos por más que se trate de Jesús en el establo, entre un tranquilo buey y un dormido pollino.

En lo que se refiere a salir de Toledo, era bien cierto que no estando casado con Jerónima nada le ataba allí, salvo el hijo. La madre, en cambio, gustaba de oírle hablar castellano.

—Es fácil que lo olvide, si un día nos vamos de aquí.

—Para eso están los maestros. Y además la patria está donde se vive —respondía Doménico—, poco importa ser de Toledo o milanés. Cuando tenga uso de razón será él quien decida lo que más le conviene.

Tales historias me contaba Jerónima ahora, tranquila aunque siempre dudando. Mi interés por ella aún no había llegado a despertarse, pues, con Jorge en la casa, hubiera sido grave cosa. No vinieron más hijos y, ajena a Doménico, llegamos a donde me temía, a este aposento tranquilo y apartado en el que mis labios habrían de buscar sus labios.

—Estás loco —murmuró temblando—. Mira que puede aparecer cualquiera.

—Doménico cuando trabaja no oye nada.

—Puede que disimule.

—¿Y María, también finge?

—La vieja nada sabe. Estoy segura.

Acercándome a Jerónima sentí latir su corazón cercano al mío, según la estrechaba entre mis brazos, ciñendo su cintura hasta hacerla exhalar un profundo gemido. Sus cabellos cubrían mis manos mientras las suyas intentaban defender su cuerpo, alejarlo, temiendo un asalto final y decisivo. Toda ella temblaba y se estremecía, luchando entre quedar y huir.

Aún intentaba hacerla mía cuando de improviso la voz de la campana mayor, viniendo de la catedral, llenó con su voz grave el aposento.

—¿Qué es eso? ¿Qué sucede? —preguntó Jerónima como recién salida de un mal

sueño.

Iba yo a contestar cuando entendí a qué se refería, no al grave son que llegaba por los aires sino a los pasos de María, cuyo rumor por los suelos se acercaba. Al descubrirnos se nos quedó mirando como un inquisidor, sobre todo a Jerónima, que se apresuró a preguntar:

—¿Qué ocurre? ¿Por qué toca la campana?

—¿No lo sabe, señora?

—¿Qué he de saber?

—El rey ha muerto. Dios le tenga en su gloria.

Los tres quedamos en silencio. Durante un instante ninguno supo qué decir; la noticia borraba aquel insólito encuentro y solo pensamos en el final del monarca, en sus últimos días postrado y febril. Era cierto que su muerte a pocos españoles pilló de improviso. Todos se preguntaban cómo irían las cosas tras su fin, como yo, pendiente del trabajo del maestro, creyendo que en algo habría de cambiar nuestra suerte con un nuevo rey en el trono de Madrid.

## EL CIGARRAL

AUNQUE NO FUERA NOVEDAD, la noticia hirió el corazón de los del Cigarral como el del resto de los españoles. Parecía oírse un llanto universal, lo mismo que en la Corte mientras el rey salía camino de su amado Escorial. Había sido preciso gran cuidado y paso lento para llevarle desde el Alcázar de Madrid hasta su nueva residencia que a no tardar sería eterna. Su cuerpo, esclavo de la gota, se había descompuesto en llagas repletas de pus donde comenzaban a nacer gusanos. La fiebre apenas le dejaba dormir y cuando el sueño le llegaba, era un regalo que acababa de pronto, en infinitas pesadillas.

Un amigo del deán le había contado a este como el rey, por una sola vez, no pudiendo resistir los dolores, había apartado la mano del cirujano que trataba de limpiar sus llagas suplicándole que dejara la cura para el día siguiente.

Estas y otras noticias llegaban continuamente a Toledo, repartiéndose por toda España después. Tardaban más o menos pero, a la postre, el país entero las conocía, haciendo mudar de opinión a los españoles. Incluso aquellos que en las diversas Cortes se negaban a pagar, consideraban ahora la posibilidad de aceptar las cargas impuestas por el monarca.

—Después de todo a un rey no se le pueden pedir cuentas —comentó el dueño del Cigarral—. Monarcas y vasallos no han de cortarse por el mismo rasero.

De haberle pedido el rey su dinero, ahora no se lo negara, pero el monarca ya no podía pensar en los negocios del país.

Ahora su cuerpo yacía inmóvil como su Imperio, el mayor que los siglos conocieron. Antes de que le administraran los Santos óleos aunque podrido y desahuciado, había ordenado salir a todos menos al príncipe, para que viera con sus propios ojos en qué acababan las glorias de este mundo.

La agonía se había prolongado todavía y los del Cigarral preguntaban con insistencia a Doménico:

—¿Se sabe algo nuevo hoy?

Este negaba en silencio, moviendo la cabeza.

—Será preciso esperar unos días. Seguro que, habrá novedades, pues, según dicen, el mal progresa sin remedio. Aseguran que no llegará al final de esta semana.

—Su vida, como la de cualquier mortal —murmuró el canónigo—, se halla en manos del Señor. Es inútil toda conjetura.

Aun comido por la fiebre convertida en compañera habitual, su corazón y mente se mantenían vivos todavía, disponiendo cómo habrían de ser sus funerales. Así, habían vestido de blanco su cadáver, envolviéndolo luego en un lienzo, poniéndole sobre el pecho su crucifijo de madera. Lo echaron en una sencilla caja de estaño, soldada a fin de que el hedor del cuerpo no escapara más allá del féretro, y así esta mezcla de miseria y riqueza, de orgullo y humildad, encerró más allá de la muerte al

rey más poderoso de la Tierra.

—Según dicen, nadie pensaba que aguantaría tanto en tal estado. Ni siquiera los que le conocían de cerca, ni los parientes que vinieron a hacerle menos duro el tránsito.

—Y sin embargo se nos fue —suspiró el canónigo en tanto se defendía del viento de septiembre—. Cuando el Señor nos llama, de poco valen parientes ni oraciones. Solo resta ponerse en sus manos.

—Justo se lo llevó consigo —sentenció el deán— el día de la Exaltación de la Cruz. No podía ser de otro modo tratándose de quien tanto la defendió en vida.

—¿Contra los luteranos? —preguntó el dueño.

—Contra el universo entero.

El fin había llegado al rey al alba, mientras sus labios musitaban la que habría de ser su postrera oración.

—*Fiat voluntas tua*. Hágase tu voluntad —se le oyó murmurar.

En torno a la gran fortaleza de piedra el viento soplaba con rumor sordo, como una marea que le trajera a la memoria el final de su Armada o los viajes que nunca hizo por sus dominios, alrededor del mundo, desconocido entonces.

Sin dolor, tal como deseaba, la muerte se lo llevó a su negro reino, con el mismo crucifijo del padre en su mano diestra. Antes, un leve movimiento pareció devolverle la vida, luego todo acabó, en tanto un coro de niños de la escolanía entonaban cánticos que el monarca no habría de escuchar jamás.

—¿Qué será ahora de las obras que ordenó hacer en esta ciudad? —preguntó el dueño de la casa.

—Seguirán adelante. Palabra de rey es palabra sagrada. Su hijo, una vez coronado, no será capaz de enmendarle la plana.

—Sobre todo —añadió el de Burgos— cuando el padre ha dejado por escrito lo que se debe y lo que no se debe hacer. Por ejemplo: la traducción de los consejos de san Luis de Francia a su heredero y multitud de instrucciones sobre el arte del gobierno.

—Entonces esperemos a que su hijo le herede. Sabremos si cumple como debe —repuso el canónigo—. De todos modos buena carga le espera como para acordarse de nosotros. En Flandes crece, día tras día, la revuelta, nos asedian los barcos de nuestros enemigos, el país no conoce hace tiempo el color del oro y entre los encargados de las arcas reales y aventureros van sacando tales tajadas a nuestro patrimonio que, a la postre, acabarán con él. No es de extrañar la turba de mendigos que asola las ciudades.

—Verdad es —afirmó el de Burgos—, la mía no puede acoger ni uno más.

—Bien —murmuró el deán, más tranquilo que los otros—. Esperemos que el nuevo Felipe ponga remedio a todo. En tanto llega, nada mejor que recordar al que se fue, sin duda, camino de la gloria.

En todas las ciudades se celebraron exequias, destacando entre todas Sevilla, en

donde los mejores artistas alzaron el consabido túmulo. Hubo oraciones y cantos y hasta una acalorada disputa en la misma catedral sobre el lugar elegido, en presencia del Tribunal de Justicia.

Toledo no les fue a la zaga a sus hermanas. All también había artistas como Doménico dispuestos a no dejar pasar la ocasión de demostrar que en nada eran inferiores a las otras villas, incluso más famosas y más ricas.

—Sevilla debería aprender como, aun habiendo dejado de ser capital por deseo del monarca, le honra sin guardarle rencor por ello.

Doménico, en tanto trabajaba, se asombraba de cómo aquellos españoles o aquellos toledanos al menos, a los que había creído conocer, entregaban su corazón al rey tras haberle negado en vida el dinero que en sus Cortes pedía. Aun recordando las palabras de los famosos memoriales instándole a moderar los gastos de guerra en Flandes, suplicándole que les pusiera fin, no llegaba a entender cómo podían ahora honrarle tanto, olvidar sus propias miserias y su ruina, habiendo sido capital de un Imperio que duraba todavía.

Tal vez, más allá de esta vida, le consideraran antes que rey uno más entre los suyos, cosa difícil de pensar en Venecia o París, pero corriente al parecer en la España del siglo. El mismo monarca era capaz de echar pie a tierra en cualquier viaje si algún campesino le salía al paso en demanda de justicia o algún especial favor. Los grandes le temían, incluso les asustaba en ocasiones su modo de llevar los asuntos del reino, rindiendo cuentas solo a Dios; en cambio, el pueblo, aunque a veces sintiera sobre sí el peso de sus aciertos o errores, hablaba de él con respeto mas sin ningún temor. Su Corte no era la veneciana, roda por intrigas de la noche a la mañana, ni tampoco la de París, maestra en conseguir con vínculos familiares lo que no lograba con el esfuerzo de las armas. ¿De qué madera estaban hechos los españoles? Doménico sentía por ellos una mezcla de curiosidad y admiración pues, recordando el modo de tomar las cosas en Italia, se preguntaba si all habrían sido capaces de ensalzar a sus reyes una vez muertos. Los venecianos, por ejemplo, seguían construyendo palacios, tendían nuevos puentes, creaban famosas bibliotecas y alzaban hasta un hermoso reloj ante la plaza de San Marcos. En torno a aquel salón de comerciantes levantado en el agua, a fuerza de acumular vidrios y mármol, las fiestas públicas se sucedían en un perpetuo carnaval al que ni la vida ni la muerte ponían fin y en el que era difícil distinguir a las que vendían su cuerpo cada día de aquellas otras casadas con las familias mejores de la villa.

En realidad —pensaba Doménico— cada país tenía su modo de conmemorar la muerte de sus benefactores. Bien es verdad que Venecia no era Castilla, pero lo que los gobernantes venecianos hacían por su ciudad tampoco podía compararse con lo que el rey de España dejaba a sus espaldas: en tanto ellos embellecan su país, el monarca español, al decir del amigo de Madrid, dejaba el suyo camino de la ruina, acosado por todos, incluso por los turcos que, tras su primera derrota, habían rehecho su armada, dispuestos a entablar nuevas batallas.

Los españoles eran así y así había que tomarlos, lo mismo que Jerónima y sus silencios imprevistos a los que nunca sabía cuándo pondría fin. Era inútil intentar cambiarlos, socavando su necia confianza en sí mismo, en su Dios particular que unas veces le llevaba a defender su honor como un tesoro y otras a transigir. Los venecianos, en el fondo, eran duros también, pero sabían negociar, cambiar según los tiempos vinieran, a favor o en contra, ocultar su orgullo como en tiempos pasados y hasta firmar tratados secretos con los turcos si en ellos adivinaban algún provecho. Los castellanos y su rey solían fiar su suerte al cielo en mayor medida que los otros, aunque el mismo monarca no dudara en sobornar a sus cortesanos con promesas de tierras y riquezas. Pero aquellos modos de alcanzar votos en las Cortes y conseguir dinero para sus guerras perpetuas habían concluido. Nunca más volverían a repetirse.

Tal sucedía con Jerónima: también era mejor gobernarla a su aire, fingir que se la entendía, que eran fáciles de seguir sus silencios y otras veces dejarla en paz tal como parecía desear, a ratos, con huidas imprevistas. Quizá si hubiera sido como las cortesanas venecianas, instruida o mundana, hubiera vivido intensamente de un modo distinto, pero Toledo no era Venecia ni sus costumbres parecidas. Los usos españoles poco tenían que ver con esa libertad que concilia el amor con la belleza. Tampoco la música les decía gran cosa; su gusto por ella no llevaba a los españoles sino a considerarla un despilfarro, aunque algunos supieran apreciarla a la hora de la comida en su famosa casa, sobre el rojo ladrillo de su patio y jardín.

# MARÍA

POR SI FUERA POCO TENEMOS en casa nuevo huésped. Una tarde han llamado a la puerta y fui presta a abrir. En el portal se hallaba un mozo algo más joven que el hijo de los amos, por los que preguntó.

—¿Para qué quieres verlos?

—Traigo una carta para el maestro.

—¿Y quieres dársela a estas horas?

—En las otras ayudo a mi madre que es mesonera en las tendillas de San Nicolás. Puede que todavía recuerde el maestro al autor de mis días. Le salvó de morir abrasado en El Escorial. Hemos seguido sus consejos de entonces y aquí traigo estas manchas de color para que, si dispone de tiempo y ganas, me aconseje qué debo hacer a fin de abrirme paso en el mundo de las artes.

—Así, ¿pretendes ser pintor?

—Tal es mi intención.

Y mostrándome un fajo de cartones que consigo lleva, parece dispuesto a demostrar su vocación.

El amo al punto le reconoce a pesar de que asegura siempre tener mala memoria. Puede que sea así cuando le conviene, pero no en este caso, pues le pregunta al mozo por su padre.

—Anda mal desde que falta el trabajo. Hasta hoy, sirviendo comidas y alquilando habitaciones, vamos saliendo adelante, pero es el caso que a mí el mesón no me llama, sino los colores.

El maestro le examina con la mirada y luego le pide:

—Veamos qué traes.

Y el amo, al que algunos tienen por altivo y lejano, ha estado mirando durante largo rato aquellas manchas que a mí se me antojan simples garabatos. Aún más confusa me han dejado las palabras de mi señor:

—No están mal; lo que te falta es practicar. A tu edad también yo me esforzaba, aunque es verdad que entonces tenía quien me ayudara.

—¿Y vos? ¿Me ayudaréis? ¿Creéis que llegaré a donde me propongo?

—No lo sé, pero salta a la vista tu afición, de modo que cuenta conmigo.

El muchacho cayó de rodillas, besándole las manos igual que si del Papa se tratara, mas el amo le levantó.

—No hay por qué dar las gracias. El Señor nos hizo a todos iguales; el mérito está en saber qué camino escoger para llegar donde se quiere.

—Nadie sería capaz de aconsejarme mejor que vos, dice mi padre.

—Pues si tu padre lo dice y consiente, puedes decirle de mi parte que por mí no hay ningún inconveniente.

—¿Cómo no ha de consentir cuando fue él quien me empujó a venir?

El amo piensa tomarlo como discípulo y huésped. Seguramente cuidará de sus cosas como nadie, corriendo a su cargo hacer los marcos, es decir, la parte más aburrida de los cuadros. Ninguno le aventajará a la hora de preparar los colores, estirar los lienzos o cortar la madera para los retablos. Incluso si el trabajo aprieta, perdonará la fiesta para quedar junto al amo ayudándole.

—Mozo —le dicen los compañeros—, de seguir así, o la pintura acaba contigo o acabas tú con ella.

—He de acabar, mas no como imagináis, he de ser el más grande artista de Toledo. Gusto tengo, asegura, y en cuanto a afán de trabajar, cada día me crece según voy aprendiendo.

—Tanta labor te acabará agotando. ¿Sabes a qué edad murió el gran Rafael?

—No; ni me importa mientras tenga salud. Pintar no agota. Peor sería tallar madera. Poner colores acordados trae consigo salud. Ahí tenéis al maestro Ticiano, que murió cumplidos los ochenta años, y eso que, aún viejo, de nada se privaba: ni de viajes, ni de mujeres, ni de vino.

—Y tú ¿de qué te privas? —ríen los compañeros escuchándole.

—Ahora de todo, porque no hay más remedio.

—Ni ducados.

—Es cierto, pero en ganando los primeros, cuidaré de gastarlos tal como manda el Evangelio.

Es joven y no ceja. Los compañeros en cambio son gente que cumple, cobra su sueldo y corre a gastarlo. Tampoco son viejos, pero saben lo que pueden esperar de la vida y no van más allá de un buen pasar. Menos mal que después el maestro concluye los cuadros con unas cuantas pinceladas que arreglan manos y rostros cuando no mantos o nubes. Con tales gentes apenas tiene trato el mozo Tristán; en cambio es uña y carne de Jorge Manuel a la hora de pasear por orillas del Tajo, charlando de iglesias y visitando conventos que el amo ha de decorar. La edad distinta antes que separarlos los une; más que amigos parecen hermanos, y ocho años no son suficientes para distanciarlos. A veces incluso trabajan juntos, y lo hacen de tan buen acuerdo que parece como si lo hubieran hecho siempre.

—¿Por qué no vienes un domingo a casa? —ha invitado cierto día a Jorge—. Conocerías el pastel de liebre que hace mi madre. A fe que nadie lo prepara como ella en Toledo. Y nada digo del vino que tenemos: miel en la boca y fuego en el vientre.

—Por mí no hay inconveniente. ¿Cuándo será el banquete?

—Deja que mande recado antes.

Así es el nuevo pupilo del maestro. Y es de agradecer que invite a Jorge pues, con la penuria que ahora hay en Toledo, un bocado siempre se agradece como un don del cielo. Del cielo también parecía caída aquella liebre que sirvió la mesonera, madre de Tristán y sabia cocinera. La había sazonado con romero, pimiento y estragón, con clavo y laurel y tocino de cerdo, para servirla luego fría, coronada de laureles y berros. Era tal su sabor y su olor —confesaba Jorge Manuel—, que daban ganas de

repetir, incluso de chuparse los dedos, y así los dos amigos dieron buena cuenta de ella. Luego vino el famoso mazapán, amasado por monjas amigas de la casa, blanco, dulce y tan blando como debieron de ser las mejillas de la patrona, santa Leocadia. Por atender a los amigos, la mesonera a ratos olvidaba a los demás clientes que, airados, protestaban:

—Pero ¿qué sucede hoy? ¿Cómo va tan despacio esa cocina? Llevamos más de dos horas esperando.

—Un poco de paciencia, amigo —respondía—. Hoy tengo un invitado especial.

—Por mi vida que no veo ninguno —clamaba el comensal paseando la mirada en torno—. Para mí que anoche estuvisteis de fiesta y eso se paga al día siguiente con un sueño que no deja hacer nada a derechas. Así deben de andar en la cocina.

—En la cocina no paran desde que amanece. Pero quede vucencia tranquilo que ya viene su comida.

Y en tanto el cliente se abalanzaba sobre el plato, la madre murmuraba:

—Siempre las mismas prisas, como si llevaran a dieta un año.

—Déjelo, madre —replicaba Tristán.

—Bien dejado está, hijo. Lo primero que se aprende en estos sitios es a dar la razón. Fíjate los años que llevo yo en estos negocios. Bien podría decirse que en ellos eché los dientes.

En tanto recogía la mesa para otros que esperaban, preguntó a Jorge Manuel:

—¿Te gustó, hijo?

—Como la misma gloria estaba, señora.

—Pues esta gloria está abierta siempre para ti, que a agradecidos nadie gana a los toledanos.

Pensaba Jorge Manuel que la mesonera trataba y servía a todos de tal suerte que los más, a la postre, se avenían a comer lo que se les daba y pagar lo que se les pedía. Sin apenas protestar, y aún le quedaba tiempo para tratar con él los asuntos del hijo.

—¿Cómo va? Él dice que ahora no dejaría tu casa y su maestro por todo el oro del mundo.

—Aunque me lo ordenara el mismo Dios en persona.

—Calla y no blasfemes, impío —rio la madre—, no te mande una enfermedad que acabe con tus sueños de grandeza.

—Así empezó el maestro, aprendiendo como yo.

—Pero el Griego, además de padre de Jorge Manuel, según dicen es un genio.

—¡Por tal pasa!

—Pues si tú algún día lo eres, hablaremos. Ahora te toca aprender.

—Ese Griego del que hablas —preguntó otro cliente de una mesa frontera—, ¿es acaso el que pinta conventos?

—El mismo que viste y calza —repuso la mesonera—, el mejor pintor del siglo.

—A fe que es verdad. En la iglesia de mi pueblo hay un san Pedro de su mano que nada le falta sino hablar. Muchos vienen a verlo.

Oyendo hablar así de su padre, la idea de imitarlo menguaba en Jorge Manuel, incluso el de copiar sus obras. Así, lo que era un elogio que debía agradarle, le dolía como una sorda punzada en el corazón, sabiendo que nunca habría de alcanzarle.

## EL HIJO DE MARÍA

HE IDO A ZOCODOVER buscando a mis antiguos compañeros. Quedan pocos. Los más se fueron a la Corte, a su famoso mentidero de San Felipe el Real que llaman «de los soldados» por los que allí se juntan a contar sus hazañas, y, si se tercia, a mendigar. De creer lo que dicen, todos sirvieron a las órdenes de don Juan de Austria o han abatido tantos turcos y paganos que perdieron la cuenta.

Allí se venden abastos, munición y hasta equipos de barco. Allí no hay jerarquía ni disciplina, ni otro interés que no sea buscar plaza o conseguir qué comer alquilando la espada a quien mejor pague, protegiendo ramerías y garitos o incluso haciéndose mahometano a fin de conseguir un pedazo de pan.

Allí, entre los que restan, también los hay que, cansados de esperar, se echan al monte, haciéndose bandoleros, asolando rebaños y haciendas, hasta acabar en galeras donde, mal y todo, tienen cobijo gratuito.

Es cierto que sobre nuestras desgracias llueven los socorros, pero el país, cansado, más piensa en poner fin a tantas muertes y guerras.

Por ello he ido a Zocodover para alquilar alguno que me espante ese moscardón que ronda a la mujer del amo, convenciéndole de no insistir y abandonar el campo.

A buen seguro que lo encontraré hábil y no muy caro pues no hay riesgo en el negocio y no he de pagarle demasiado pues los ahorros de la vieja, a costa de sisar en el mercado, no han de ser gran cosa. Los pocos veteranos que aún restan no recuerdan en nada aquellos de los famosos Tercios que paseaban su valor por Europa, sufridos y altaneros, capaces de acoger en sus filas a cualquiera que quisiera hacer fortuna. Hoy son vaga sombra de los que fueron a luchar para matar el hambre. Perdidos sus mejores generales, pocos restan capaces de gobernarlos; cada día más pobres, no hay casa que no roben, pan que no lleven apenas amasado y corral que no arrasen. Los usureros medran a su costa, comprándoles por nada picas, espadas y mosquetes en tanto el tiempo se les va esperando algún modo de sacar a la familia adelante. Pero tal maná nunca llega y ellos pasan sus días en duelos y riñas, huyendo de la justicia o intentando repetir en su país lances de amor y muerte que en la guerra aprendieron. Casi todos son mozos, algunos casi niños, la mayoría no conoció la guerra antes y ahora vuelven mancos o tullidos a vivir de limosna entre el hambre y el tedio.

Los veteranos, aquellos que sirvieron conmigo, son de otra condición, casi todos con el colmillo retorcido, y si se les pide algo, su respuesta es la misma siempre:

—¿Qué gano yo con eso?

Y si el sueldo no los convence, siguen tomando el sol en Zocodover, a la espera de otro cliente. Una vez allí, he echado una ojeada en busca de alguno que pueda ayudarme, y tras mucho mirar he encontrado a dos que se salvaron de las aguas conmigo. Tal como van, vestidos con los harapos de aquella Gran Armada fracasada, ganas dan de darles alguna limosna que alivie sus necesidades. Han empeñado sus

cuellos, sus medias de color, sus ligas y sus plumas; nada en ellos recuerda su antigua condición si no sus dagas y sus pistoletas.

Fui a ellos y pregunté ahuecando el pecho:

—¿Qué tal, amigos? ¿Cómo van los negocios? ¿Os acordáis de mí?

El más viejo me midió con la mirada tratando de adivinar si venía en son de guerra o paz.

—¿Eres de aquí? —me preguntó.

—De aquí soy. ¿No me recuerdas?

—Por mi vida que no. ¿Dónde nos vimos antes?

—Luchando en la Gran Armada.

El otro escupió al suelo, murmurando:

—¡Maldita la hora en la que decidimos embarcarnos! ¡Perra suerte la nuestra!

—Peor la de los que no volvieron. A fin de cuentas a la miseria se le puede poner coto, en cambio a la muerte no.

—¿Cómo? ¿Esperando? —pregunta el joven, iracundo.

—A eso se llama «mal común de veterano»: esperar un empleo que nunca ha de venir.

—Lo malo es —medió el más viejo— que, desde el día en que llegamos, no llenamos el buche ni siquiera un par de veces, y eso gracias a la limosna de alguna alma piadosa.

—Pues, como santo que soy, vengo a traeros remedio —respondí—. De momento os convidó a un trago; luego veremos. No se diga que entre compañeros no hay buen trato.

Los dos se alzaron presto, sin que tuviera que repetir la invitación. Tan secos debían de estar como erial en agosto, dispuestos a escuchar con atención cuanto quisiera decirles.

—¡Vive Dios! —dijo animado el viejo, mirando la color de su vaso—. Otro mes como este y se me olvida a qué sabe. Brindemos porque presto lleguemos a un acuerdo.

Y cuando los tuve a punto, pregunté:

—¿Cuánto cobráis por hacer un trabajo?

—Eso, amigo, depende de la clase que sea. ¿Es de espada, o se trata de alguna menudencia?

—De espada, seguramente.

—Pues esos son los más caros.

—No se trata de matar a un hombre, tan solo de asustarle.

—Entonces, compañero, explica ese negocio que nos ha de hacer ricos.

Ahora los dos me miraban en un silencio atento que a duras penas encubría su propósito de conseguir unos ducados aun a costa de la misma vida si era preciso.

—Mi asunto es sencillo —respondí—. Solo se trata de un favor.

—¿Un favor? —de nuevo me miraron sorprendidos—. De promesas vanas y

favores cumplidos, está el infierno lleno, compañero.

—Nada hay de malo en este. Solo se trata de espantar al pretendiente de una prima mía.

—¿Y por qué no lo espantas tú?

—Porque espero gozar de sus favores y temo que con esto se enoje conmigo y acabe el negocio.

—Es cierto —apuntó el viejo—. A ninguna mujer le gusta verse metida en una causa así, ni siquiera de lejos.

Una vez ganados los dos para mi causa, pasé a explicarles que el encargo sería pagado a medias: una parte al acordar el trato y la otra a trabajo cumplido.

—Sé que el domingo habrá toros en Zocodover. Yo iré con el pretendiente y haré una seña para que le conozcáis. Luego escapo y, cuando acabe la fiesta, procedéis a seguirle y a convencerle de que deje en paz a mi prima.

—Eso es fácil. Para curar tal mal, nada hay mejor que jarabe de palo.

—Así, según lo cuentas —respondió el joven desconfiando aún—, hasta un niño lo haría.

—Fácil o no, el caso es que no quiero ver rondando a mi prima a ese moscardón. ¿Hacemos trato o no?

Se quedaron los dos meditando para aceptar después.

—¿Y qué hay de ese dinero prometido?

—Mañana os lo traeré aquí; el plazo segundo depende de vosotros.

—Entonces hasta mañana; aquí nos vemos.

No ha sido empresa fácil vaciar la alcancía de mi madre, pero, al fin, conseguí parte de sus ahorros. Tanto quejarse y ahora resulta que con lo que guarda podría comprarse un huerto, pero así son los viejos, generosos cuando se trata de ofrecer consejos a los mozos y avaros de su dinero a la hora de gastar.

Al día siguiente, cuando volví en busca de mis veteranos, ya me esperaban impacientes. Nada más verme, el viejo ha preguntado:

—¿Traes lo que prometiste?

—Aquí está —repuse dejando unas monedas.

—No es mucho si se mira pero, de todos modos, el negocio de esa prima tuya se llevará a cabo tan pulcro y aseado que nadie sospechará ni de ti ni de nosotros, espero.

—Cuento con ello.

—¿Cuándo se corren los toros?

—Me parece que el domingo.

—Pues espera aquí. Eso es cosa hecha.

El día señalado, Zocodover ardía en gente de toda índole que desde balcones y tejados esperaba a que la fiesta comenzara. Los empleados del Consejo y las autoridades ocupaban un lugar de privilegio, mientras todo galán que quisiera encontrar acomodo para su dama debía gastarse un buen dinero. Helados y confituras

iban de mano en mano acompañando a limonadas, piñones y sandías servidos por multitud de proveedores.

La espera hasta la llegada del gobernador fue larga; menos mal que yo no pensaba en ella sino en Francisco, que a saber si aquel día habría acudido. Cuando ya desesperaba, le distinguí entre la multitud.

—Allí está —indiqué a mis amigos veteranos.

—¿Es ese? No parece gran cosa.

—Parece lo que es.

A pesar de hallarse entre la multitud, parecía tan solo como un olmo. Quién sabe qué sueños pasarían por su cabeza, si pensaba en el amo o en lo alegre que se veía la plaza convertida en coso, vestida con bordados, adornos y banderas. La ciudad aún conservaba ínfulas de capital; bien se notaba en sus ricas colgaduras, en la hermosura de sus damas, cargadas de alhajas, y sus adustos caballeros.

—¿No se os perderá a la salida, con tal multitud? —pregunté a mis amigos.

—Descuida, camarada. Nos pondremos tan cerca de él como el alma del cuerpo, y no ha de dar paso sin que le sigamos. Queda tranquilo.

Apenas sonó el clarín, los compadres desaparecían entre ricos caballos cubiertos de cadenas y plumeros. Tras ellos salieron los maceros y el alcalde, que fue a ocupar su puesto entre una turba de pajes. De nuevo el clarín sonó anunciando el juego de cañas en el que tomarían parte un caballo negro como boca de lobo y otro blanco cuyo jinete se adornaba con espada dorada y otros aderezos. Sus pajes y criados comenzaron a despojar la plaza de la mucha gente que en ella se hallaba; fue entonces cuando distinguí a mis amigos colocándose al lado de Francisco. Ya aparecían algunos caballeros con rejones y como soltaran un toro bravo y ligero, bien presto se acercaron a él. La res, sin embargo, se hizo dueña de la arena, sembrando el miedo tras unos cuantos lances, de modo que el alcalde ordenó su vuelta a los chiqueros. Los caballeros se retiraron para cambiar su ropa de lidia y a poco volvieron a aparecer con sus recuas cargadas de varas largas y doradas. Cada caballo llevaba pintado en el arzón el mote de su dueño, en bandas y borlas entre cascabeles, bridas y bocados.

En tanto daban vuelta a la plaza, yo me acerqué a ver mejor a Francisco. Seguía igual, con los dos veteranos vigilándolo, ajeno a cuanto acaecía en torno, sin sospechar lo que le iba a suceder. Súbitamente entraron en la arena las cuadrillas haciendo vibrar sus cañas. Los gritos de los jinetes animaban a sus caballos que, heridos por las espuelas, parecían volar.

Finalmente hizo su entrada el gobernador en persona sobre un tordillo de excelente presencia. Tras él, nobles, generales y capitanes componían una muy rica comitiva que remataba un maestro de campo. Una vez todos dentro de la plaza, tuvo lugar un juego concertado de una cuadrilla contra otra, a lo largo de casi una hora.

Yo, algo cansado, busqué en la multitud a Francisco. No le hallé ni tampoco a mis dos amigos que, a buen seguro, le seguían los pasos.

En cambio en la plaza ninguno se movía. Soltaron otro toro y los jinetes colocaron en él sus rejones en suertes muy buenas, y en otras reses que vinieron tras ella. Solo acabó la fiesta cuando el sol faltó, haciendo invadir la calle a toda aquella gente que no paraba de charlar, discutiendo cuál de las distintas suertes era más arriesgada o más bella.

Seguí a los que salían demorando el paso, a fin de no entorpecer el paso de los que me precedían. De nuevo en casa, encontré a mi madre en la cocina y le pregunté si Francisco había vuelto.

—No ha llegado aún.

Me hubiera complacido saber cómo les iba a los dos veteranos, recordando que, como dice el dicho, cualquier lance es bueno con tal de conseguir tener la victoria de tu lado.

Cerca del alba me desperté. La catedral avisaba de que a poco la madrugada llegaría bañando con su vaga luz la vega. El silencio de la casa parecía traer tristes presagios, hasta que oí de improviso el rumor de unos pasos. Seguramente se trataba de Francisco, pues se detuvieron ante la puerta del jardín antes de cruzar el patio, rumbo a los aposentos altos.

Aquella noche no debió de dormir, el tiempo se le fue en suspiros y alguna que otra maldición, hasta que a la mañana, viendo que no acudía como siempre al taller, el amo mandó que se le despertase, pues como dice el dicho: «tras la fiesta, la peste», y aquella peste suya parecía haberle hecho olvidar el trabajo.

# MARÍA

CUANDO VI A FRANCISCO en el catre a pesar de sus ruegos, me causó tal espanto su herida que apenas supe dónde buscar vendas, tan rojo de sangre aparecía. Su único ojo descubierto me miró, no sé si alerta o asustado, cegado por el resplandor que la puerta dejaba entrar.

En un principio no quiso hablar, ni siquiera se prestó a escucharme. Estuve a punto de marchar, dejándole a solas, mas verle allí postrado me detuvo. Poco a poco conseguí hacerle murmurar alguna que otra palabra a pesar del esfuerzo que hacerlo suponía. Así me ha informado de cómo tuvo lugar el accidente. Una vez concluido el juego de cañas, ya de noche, dos matones a los que no conocía le cerraron el paso. Al intentar seguir se encararon con él exigiendo que nunca más volviera a ver a la señora.

—¿Por qué motivo? —había preguntado.

—Olvídala, si estimas tu vida en algo —dijo uno de ellos, y mostrando su daga la paseó ante mi rostro—. Ahora puedes marcharte.

Francisco no se movía. No hacía sino insistir preguntando quién o qué los hacía seguirle y hablarle de aquel modo.

—Es solo una cuestión de honor. Esa mujer es prima mía.

—No lo creo. Nunca la oí hablar de tales parientes. Confesad de una vez quién os envía.

Los dos compadres se miraron. Luego el viejo, dando un paso al frente, comentó en tono amenazador:

—Eres muy terco en cuestión de mujeres.

—Puede que lo sea —repuso, airado, Francisco—, pero no tan ciego que no me dé cuenta de que estáis inventando una historia que parece una comedia.

—Mejor digamos tragedia, pues la honra de las mujeres y el honor de los hombres en España se mide a veces por quien las acompaña.

Francisco se hizo el sordo y, deseando tomar lo más pronto posible a casa, intentó seguir adelante, pero otra vez sus enemigos le atajaron.

—¿No respondes?

—Nada tengo que contestar. Hace tiempo que aprendí a ir y venir donde y cuando me viene en gana.

—Está bien. Si te empeñas, ¡toma esta!

Y en tanto el joven le sujetaba por los brazos, el viejo le trazaba un chirlo en el rostro con su daga.

—Así aprenderás —concluyó su verdugo. Y a poco se perdía en la noche seguido de su camarada.

La sangre manaba, tiñendo todo un lado de la cara a pesar de que con ambas manos intentara detener la hemorragia. Le fue preciso echar mano del jubón y así su

rojo manantial continuó manando, haciéndole difícil mantenerse en pie, tal era el dolor que abrasaba su cara desde el oído hasta la boca. Las palabras de sus enemigos le retumbaban aún como recién salidas de un mar de tempestad, repitiendo en sus oídos el rumor de una sorda resaca.

Así estuvo parando su sangre con el jubón, sin fuerzas para caminar, sin ver a nadie que pudiera ayudarle. La brisa y el relente del río hacían cada vez más fría la noche, hasta que comenzaron a borrarse. Solo entonces la vida pareció volver a sus venas avisándole de que era preciso volver a casa si quería evitar males peores. Así, sacando fuerzas de flaqueza, consiguió tornar y arriba está atormentado por la ira y la rabia y un dolor que ni le deja llorar. No es para menos, pues no sabe ni sospecha siquiera por qué le sucedió tal cosa.

Voy hasta el catre de mi hijo y, tras despertarle, pregunto:

—¿Qué has hecho con Francisco?

—El asunto está arreglado.

—¿Qué clase de arreglo es ese?

Me mira, respondiéndome:

—Uno que inventé. Lo que sucede es que a uno de los que se lo encargué se le fue la mano. De todos modos, es cosa hecha.

—¿Y si interviene la justicia?

—¿Por qué preocuparse? El lance no ha sido para tanto.

A poco se da la vuelta y duerme a pierna suelta, tranquilo y sosegado.

Por la mañana se ha despertado antes de lo que acostumbra, marchando a Zocodover quizá en busca de noticias y arreglar cuentas. Entretanto Francisco puede dar gracias al cielo de haber salido de esta, pues no todos son capaces de perder tanta sangre, llegar al lecho y aguantar hasta que venga el médico.

Este nos ha recomendado a un cirujano que vive cerca de casa y sabrá coser la herida. Además guardará el secreto.

La señora, al saber que Francisco no se levanta, pregunta qué sucede.

—Nada grave —le he respondido, pensando que si no insiste seguramente es porque sospecha, aunque la angustia le empuje hacia el lecho de Francisco, donde este maldice su mala suerte esperando que le cosan.

El cirujano ha venido. Nada más entrar pide agua limpia, lienzo y una palangana para limpiar la herida. Sus manos afiladas se afanan sobre el rostro que no es capaz de sofocar un grito cuando le arranca las vendas que le puse.

—Mal aspecto tiene este corte. ¿Ha sido en algún duelo?

—No —le respondo—. Se resbaló y cayó. Hay muchas calles mal alumbradas.

Tristán, el nuevo mozo del amo, llega aprisa con lienzo nuevo y una cazuela de agua. El cirujano primero lava la herida, luego intenta cerrar sus labios con cuidado y, sacando una aguja y un sedal, la cose, espolvoreando después sobre ella polvos de alcanfor.

La herida parece un largo gusano. Viéndola, me arrepiento de haber hablado con

mi hijo, sabiéndole capaz de cualquier atrocidad que sustituya a razones y palabras.

Mientras tanto el cirujano da su veredicto:

—Dentro de una semana volveré a ver si ha cicatrizado. Hasta entonces hay que lavar la herida cada día.

No ha dicho si piensa contarlo al alguacil, aunque la cosa no haya ido demasiado lejos. Sin embargo, por culpa de esos mal nacidos el rostro de Francisco nunca volverá a ser el que fue, no solo para la señora sino también para cualquiera que fije sus ojos en él.

¿Qué dirá el ama cuando le vea de tal guisa, con los párpados cerrados y el semblante azul, surcado aún por un profundo tajo? ¿Qué pensará de aquella carne maltratada? ¿Huirá de él? De todos modos, lo hecho, hecho está; ya no tiene remedio. Ojalá Francisco deje en paz al ama, y a la larga olvidemos todos mi mala acción, si es que no hay otras complicaciones.

El cirujano, en tanto se lava las manos, pregunta:

—¿Qué tal agua hay en la casa?

—De pozo.

—Esa irá bien. Evita la gangrena y hace correr los humores. Si las cosas van como pienso, antes de una semana tendrá mejor cara la herida. Así debe ser, si todo marcha bien.

Le he acompañado hasta el portal y al volver me he topado una vez más con la señora, que esperaba nerviosa.

—No es nada grave —le digo—. Nada que no pueda arreglar el tiempo.

—Entonces ¿sanará presto?

—No es más que un corte en la cara que pronto ha de borrarse, tomándoselo con paciencia y celo.

—¿Francisco no ha dicho quién le hirió?

—No lo sabe, no conoce a sus verdugos. Andan sueltos tantos de tales valentones que es difícil cruzar de noche una calle sin arriesgarse a un desafío. Incluso hay quienes contratan espadas que los defiendan, a fin de no correr riesgo.

—¿Y eso sirve de algo?

—Parece que sí. Sobre todo cuando se ronda a alguna mujer de nombre, alguna rica hembra y es preciso volver a la noche. A su edad, a Francisco le gustan demasiado las mujeres.

—¿Tú crees? —pregunta nerviosa la señora—. También puede ser que de noche le confundieran con otro. A oscuras es difícil distinguir los amigos de los enemigos.

El ama calla; se le nota impaciente por subir a verlo. No sabe que solo va a descubrir un montón de vendas cubriéndole la mitad de la cara.

—¿Podrá al menos comer?

—Con gran dificultad, pues mover la boca le resulta un martirio. Sin embargo será preciso convencerle de que lo haga, pues, con la sangre perdida, ha de andar tan débil como junco de río.

El ama se aleja rumbo a la escalera. Maldito amor que hace andar a las mujeres de cabeza, acometer complicadas empresas, cerrar los ojos suspirando y mantenerse todo el tiempo alerta. El mal de la señora ha de crecer hasta empujarla a aventuras que nunca pensó correr, camino del lecho. Por culpa del amor será capaz de humillarse como todas; por un instante de placer arriesgarse a sufrir las penas que reciben de los hombres, no solo en la cama sino fuera de ella.

Ahora, cuando se hallen a solas los dos, ¿qué hará? ¿Colmarle de caricias como a un hijo? ¿Tomará a su cargo su salud? Cualquiera sabe. En tanto los dos están juntos, yo parto para la cocina. De nada serviría estar con ellos cuando la herida es tan buen pretexto para verse. ¿Se la habrá enseñado Francisco al ama, o esperará a que se cierre? ¿Qué pensará ella de aquel semblante dolorido, de su único ojo cerrado a medias que no se sabe si suplica o mira? ¿Qué se dirán si es que alguno de los dos mueve los labios? ¿Qué hará Francisco? ¿Perseverar o huir? De todos modos no ha de decirlo ahora, ni la señora se lo preguntará cuando el amo vuelva.

—Solo dice que oyó al cirujano preguntando cómo iba.

—Ve y dile que Francisco no irá hoy al taller. Si te aprieta le dices la verdad.

—Ahora mismo subo a contárselo. ¿No precisa otra cosa?

—No —apenas responde alejándose.

Yo por mi parte ha ido al taller donde el señor, como de costumbre, apenas se ha enterado del negocio.

—¿Y dices que es cosa grave?

—No tanto que le impida trabajar, según ha dicho el cirujano. Se me antoja que ya mañana podréis contar con él.

—¿Y él cómo se halla?

—Vencido y melancólico. Lo que más le humilla es no haber podido defenderse.

—¿Cómo iba a hacerlo si no contaba con un arma? Aunque de todos modos es mejor no enfrentarse en tales lances.

—Es cierto, señor, nunca se sabe cómo acabarán.

—Mas se conoce al menos por qué empiezan. ¿Cuál ha sido el motivo de este?

—¿Y quién podría decirlo?

El amo calla. Si algo se malicia sabe disimularlo. Ha prometido pasar a verle para convencerle de que vuelva cuanto antes al taller, pues ello levantará sus ánimos. Se nota que, no habiendo visto la herida, piensa que la sangre no ha de llegar al río por mucho que digan. Tan ajeno se halla de su suerte que me ha preguntado de improviso:

—¿Y tu hijo? ¿Marchó a Madrid?

—A punto está. Antes vendrá a despedirse.

## JERÓNIMA

AL FIN LO HE VISTO. Parece un Santo Cristo. Maltratado y exánime, se niega a hablar. Se ha cubierto media cara y permanece tumbado en el catre. Mira el techo, que no es de ciprés ni de cedro, como dice el libro que me regaló, sino de pino. Tanto debe de preocuparle su herida que no me oye cuando le pregunto:

—¿Cómo te encuentras?

Se nota que no quiere hablar de su accidente.

—¿No sospechas quién fue? Nadie da una cuchillada sin ningún motivo. Dice María que no conoces a los que te hirieron.

—María ¿qué sabe? —responde bruscamente—. ¿Acaso estaba allí? Uno de ellos dijo que era primo tuyo.

—No tengo yo parientes que anden a cuchilladas de noche.

—Pues prometieron volverme a encontrar si no te dejo; la próxima vez será peor.

—Si no supiera cómo es, diría que es obra de Doménico.

—Vete a saber —responde Francisco—. El tiempo muda a los hombres.

Tiene razón. Tampoco él, con el rostro ensangrentado, parece el que me regaló el libro que guardo con celo. Tal vez no vuelva a acecharme en el jardín, ni a comparar mis ojos con los de la paloma, ni mis pechos con cabritos mellizos, ni mi cuello con las torres de David.

Su rostro, su herida, las vendas que la cubren se ve que le avergüenzan. También a mí, pues si él sufre, yo sufro a mi modo, como causante remota de su desgracia. Me sigo preguntando quién será el enemigo de los dos. De haber sido Doménico antes me hubiera llamado a su presencia para decirme cara a cara lo que tuviera contra mí.

—¿Qué harás ahora? —pregunto a Francisco intentando aliviarlo de algún modo—. No pensarás renunciar.

—¿Renunciar a qué?

—Quiero decir, dejar esta casa.

—No, por cierto. Mi destino lo decido yo.

Se ha incorporado a medias, me ha tomado de las manos, aun a riesgo de que María nos sorprenda. Otra vez soy su amiga, raíz de sus deseos y sus sueños, donde sus manos buscan acomodo en los pliegues de mis vestiduras, en el tibio refugio de mis piernas. Dejo que sus dedos resbalen por lo más escondido de mí, allí donde mi amor corre en espasmos violentos que hacen estremecer a nuestros cuerpos. Tras ellos he buscado su boca para sellar con la mía su herida, pero Francisco de pronto se retira; ni siquiera es capaz de mirarme de frente. Parece como si se hallara lejos de mí como tiempo atrás. Sus ojos no parecen ver, sus labios que aún destilan sangre, su pecho terso, ¿de quién serán en adelante si me abandona?

Viéndole de tal guisa, murmuro en su oído:

—Olvida esa herida y piensa en mí, que el amor es la mejor medicina.

De fuera llega un rumor de pasos; ha de ser María a vueltas con las faenas de la casa. Anda como sonámbula y si me cruzo con ella ni siquiera me ve. A veces me la topo inmóvil, pensativa ante el fuego en la cocina.

—¿Qué haces ahí? —le digo.

—Nada, señora, dormí mal y ando medio traspuesta.

—Es cierto, porque pareces dormir y velar a un tiempo.

Al fin ha llegado Doménico. También sus ojos parecen dormidos a medias cuando pregunta desde el umbral de la puerta:

—¿Cómo marcha el herido?

—Bien; tal como pensaba el cirujano.

Mas no es verdad. Aunque le propusieron bajar al taller, Francisco se lo parece pensar y por allí no ha aparecido. Tampoco sé la razón de abandonar su trabajo, pues sería un modo eficaz de salir adelante. Además su rostro no va del todo mal; a no ser por ese montón de vendas que le cubre la cara, seguramente su herida no llamaría la atención, y a buen seguro que el cirujano, cuando vuelva, ha de llevarse una buena sorpresa.

—Deberíamos averiguar quiénes fueron los autores de tu herida.

—Vete a saber; con los tiempos que corren llenos de desafíos y disputas, cualquier pretexto es bueno para tirar una estocada, sobre todo de noche.

—¿Qué desafío? ¿Qué disputa? —pregunta Doménico—. ¿Cómo se puede discutir sin saber de qué te acusan?

—Alguna causa grave habría de por medio —murmura María.

Y dando por terminada la visita, Doménico se aleja a gozar del fresco de la tarde.

—Voy contigo, espera.

A paso lento, como antaño, caminamos contemplando los rosales. Siento a lo lejos la mirada de María, que desde que salimos espía, atenta, nuestros ademanes. También ella ha cambiado después del lance de Francisco; sus ojos y oídos, su mismo semblante, están ahora más alerta que meses atrás. El mismo Jorge Manuel lo ve.

—Parece que estuviera siempre escuchando.

Y el mismo Tristán lo nota a pesar del poco tiempo que lleva en casa.

Se ha vuelto tan nerviosa y exigente que no perdona una falta al muchacho que, recién llegado, apenas se atreve a protestar. Su malquerer por ella se le va en suspiros, en obedecer sin protestar para luego lamentarse con Jorge Manuel, que le trata como a un hermano menor que el destino hubiera puesto en su camino.

—Tú hazte el sordo, y, si insiste, la amenazas con marcharte. Con eso solo has de ver cómo te deja en paz.

El aseo de la casa ya no es lo que era. Aunque se trata de su trabajo, lo carga a los demás, y estos a su vez se desesperan en tanto a la vieja se le va el tiempo en escuchar.

—Si oyera menos y trabajara más, marcharía mejor la casa.

—Hace años era más hacendosa.

—Será cuestión de la edad.

—Es que no quiero suplirla. Yo vine a este mundo para aprender un oficio a la sombra del primer pincel de la tierra.

Francisco, al fin, se ha decidido a bajar al taller, donde le han hecho repetir su aventura cien veces. En tanto el ojo herido sana, Doménico le ha encargado preparar los lienzos, hacer colores, trabajos ambos dignos de un aprendiz que no le satisfacen pero que no ha tenido más remedio que aceptar. ¡Cualquiera sabe lo que Doménico piensa! Quizá conozca la verdad y trate de vengarse, teniéndole cerca, encargándole trabajos impropios, mas Francisco calla pagando por los dos: por él y por mí.

El cirujano le ha visitado y, una vez sin vendaje, la herida, ha confirmado su parecer: va bien, aunque le quedará en el rostro una profunda huella.

—Mientras tanto —concluye—, no habiendo pus ni humores, lo mejor es que le dé el aire y el sol. Son la más eficaz medicina para secar heridas. Y además —añade con ironía— no cuestan nada. Las regala el Señor.

Feliz vida esta de los médicos. Si el enfermo sana es mérito suyo, si empeora, así lo quiso Dios. Siempre aciertan, ya se trate de enfermos graves o doncellas parturientas a las que es preciso traer al mundo el hijo.

Apenas el cirujano ha salido, Francisco pide un espejo y se mira. La sombra de su cicatriz aún le amedrenta. Al punto lo ha apartado de sí como si no quisiera contemplar una visión que le repugna y entristece. Tiene razón. Aquella piel suave y lustrosa, su boca donde nacía todo encanto, aparecen surcadas por un trazo quebrado y que semeja una de esas señales que agosto deja en el limo del río. El ojo vendado no parece dispuesto a despertar del todo y en el otro se nota la congoja que tal imagen produce en quien mira. Es inútil repetirle que a mí nada de ello me importa, que sigo siendo la misma, pues en mi interior me pregunto si prevaleceré en mi sacrificio. Pues sacrificio es posar los labios en esa boca rota, en su frente herida, como aquellas santas de que hablan los libros, capaces de besar las llagas de los menesterosos. Yo lo hago y disimulo, pero sé que el tiempo pondrá cada cosa en su lugar, y él, a su vez, también teme que el amor, poco a poco, se transforme algún día en caridad.

Entonces Doménico ganaría la partida. Si fue él quien propuso separamos y humillar a Francisco, me resulta difícil de admitir que contratara a aquellos dos matones cuando tan fácil hubiera sido echarle del taller. Yo no le quito ojo por si acaso, no vaya a suceder que me vigile a mí también, que desconfíe más allá de la simple curiosidad. A veces me pregunta dónde voy, qué necesito; yo le contesto vagamente sin levantar sospechas y aconsejo a Francisco que haga otro tanto y vuelva a su trabajo del taller.

Como Doménico a veces hace gala de un agudo sentido del humor, en ocasiones le pregunta si tiene noticias de los dos matones, mas es inútil, él ya parece haberlo olvidado todo, o al menos lo finge, que viene a ser lo mismo para el caso.

El tiempo se le va entre sus lienzos y contratos que Jorge consigue, de tal modo que a veces se le junta la noche con el día entre apóstoles, ángeles y retratos. En

cambio Francisco no consigue emborronar un solo lienzo a derechas, su ojo sano sirve de poco para dibujar si no le ayuda el otro. Maldice y se desalienta cada vez que malogra un bosquejo, vuelve a trazarlo y así cien veces más, hasta romperlo, desesperado.

—Insiste —le aconsejo—. A la postre tus ojos se acostumbrarán.

—Antes ciego que verme así toda la vida. Si no consigo pintar, me quitaré la vida.

—¿Quién habla de morir?

—Yo, que me muero cada vez que me miro al espejo.

—Ha dicho el cirujano que, una vez la sangre en su lugar, tu rostro seré el de antes y volverás a ver sin dificultad.

—¡Ojalá sea así!

—¿Y por qué no ha de ser?

Mas su mirada en el jardín apenas se posa como antaño en las flores, sino en la lejanía donde los pastores empujan sus rebaños camino del redil. Los celajes que nacen en el río se confunden con los que nublan sus pupilas y se engaña a sí mismo pensando que la vida es así, borrosa, vaga, flotando sobre una nube de niebla.

Infeliz destino el suyo, mirar sin ver apenas, sobre todo a la noche, cuando Toledo se ilumina como un mundo de luciérnagas que la luna baña con su resplandor. Ojalá cure pronto y pueda ver de día los contornos poblados de matojos o el río cubierto de bruma moviendo los molinos de monótono son. Así no tendrá que llorar como tantos ante los muros de Granada por no poder ver lo que dicen los que la conocieron y que los ciegos solo adivinan.

## EL GRIEGO

FRANCISCO NO ES EL QUE FUE, bien se le nota. Anda rebelde y hosco, no sé si herido en el rostro o en el corazón. No siente deseos de pintar como antes; se niega a firmar los contratos en mi nombre en tanto el tiempo se le va mirando el horizonte. Será preciso colocar a Jorge Manuel en su lugar; quizá él pueda remplazado abriendo nuevos mercados a mis cuadros.

He llamado a los dos y, una vez ante mí, les he explicado el cambio.

—Amigos míos —comienzo en tanto Francisco desvía la mirada como ahora acostumbra—, os hice venir para comunicaros lo que he decidido: tú, Jorge, vas a ocupar el puesto de Francisco, y a ti, Francisco, te buscaremos un puesto en el taller que cuadre con tus condiciones.

Nada he dicho de su mala vista, ni de su herida que le impide pintar, ni de su desgana a la hora de hacer los colores, mas él ha entendido por dónde van los tiros y, simulando una humildad que con seguridad no siente, ha aceptado sin musitar palabra. Luego, tras hacer balance en el taller de cómo van las cosas, ha salido con Jorge Manuel dispuesto a entregarle las cuentas de su nuevo oficio, al parecer definitivo.

¿Qué haré con él? Sería preciso imaginar una nueva misión en el taller que le saque del ocio y al tiempo del tedio en que se encuentra, mas no es tarea fácil hallarle un trabajo que a mí me sirva y a él no le haga perder su estimación. No sabe que en los tiempos que corren cada vez que se pierde una cosecha hasta el grano sube de precio. Ignora que los hombres de genio se crecen ante la adversidad, por muy dura que sea, acercándose a ese ideal de belleza que buscamos casi siempre en vano.

Más que copiar es preciso imaginar, apartarse del mundo buscando formas que solo anidan en nuestra imaginación y que a su través parecen novedosas y espontáneas, condiciones sin las que no se consigue un arte verdadero. Así han de hacerse figuras como llamas retorcidas, tratando de alcanzar el cielo, que demuestren lo que se sabe hacer ante los demás empecinados en una realidad que les impide despegar del suelo. Huir de las manidas naturalezas muertas que llenan los salones de trofeos inmóviles y manejar el espacio, combinando para ello a proprio antojo formas y colores. Nunca se debe ser esclavo de la luz; es preciso mezclarla con la sombra a fin de dar mayor relieve a las cosas; cada cual llevamos la nuestra dentro, como los mártires y santos en los cuales supone una estrecha unión con Dios. De no dejar Florencia o Venecia, yo mismo sería hoy uno más, pero aquí, libre, sin rey, mi pincel traza su rumbo a mi antojo como cuando iniciaba mi carrera. Solo así es posible bajar de las nubes, ganar fama y amigos influyentes que le ayuden a salir de la oscuridad, pues los pintores, como los demás artistas, necesitan quienes los soliciten, admiren y paguen la grandeza de su arte.

Francisco poco debe entender de todo ello. Deja pasar sus horas mudo sin poner

nada de su parte para salir adelante y volver a trabajar. No se da cuenta de que la pintura, como las otras artes, es el único modo de salvarse, de salir a la luz, lejos de las tinieblas que rodean nuestras horas. Solo ella da sentido a mi vida a medida que crece camino de esa hora, la más amarga de todas, en la que comienza ese final a un tiempo hostil y amable llamado soledad.

## JORGE MANUEL

DESDE EL DÍA EN QUE SUSTITUÍ a Francisco, este no hace sino intentar comprobar cómo está su rostro, si su herida cicatriza o no del todo. Mas la desgarradura tarda en mostrarse sólida a pesar de los rayos del sol, y ello le desespera —creo yo— tanto como pasar las horas sin un trabajo que le impida pensar en otra cosa. Sus ojos, sus mejillas, sus labios son viva estampa de un deseo de olvidar no solo agravios sino cualquier recuerdo feliz, pasado, tiempo atrás, con mi padre en Italia.

A mi madre la veo poco por culpa de sus rosarios en la catedral, y a mi padre lo mismo, siempre encerrado en el taller. Solo alegra la casa Tristán, mi amigo, eternamente de buen humor, contento, y algún cliente que sube a ver cómo marcha su retrato desde los vecinos cigarrales.

Cierta tarde llamaron a la puerta de la calle. Pensé que sería un nuevo encargo y sin dudar salí a abrir cruzando entre los rosales. Dos restos harapientos de soldados esperaban en el umbral. Mal vestidos y medio calzados, me preguntaron con un punto de orgullo y descaro si sabía dónde andaba el hijo de María.

—No está —respondí recelando.

—¿No es aquí donde vive?

—Marchó para Madrid hace días, solo quedó su madre.

—¿Su prima vive aquí?

—¿Qué prima? —pregunté a mi vez—. Nunca supe que tuviera ninguna.

—Di a su madre que salga —pidió impaciente el joven.

—El caso es que tampoco está.

—¿También se fue a la Corte?

—No; quedó aquí sirviendo como siempre.

—La esperamos entonces.

Allí a la puerta quedaron preguntando:

—¿No tendrás por ahí un vaso de vino?

—Puede que sí —asentí.

—Pues saca dos, así se hará más corta la espera.

Se los serví en tanto la noche caía sobre la ciudad sin que ellos se movieran, maldiciendo el frío que comenzaba a alzarse desde el río. Ya parecían los dos dispuestos a marchar y yo a dar por terminado el asunto, cuando un rumor de pasos acercándose les hizo cambiar de opinión. A poco doblaba la esquina vecina mi madre, acompañada de María. Seguramente vendrían de la catedral, y no fue chico su sobresalto cuando les cerraron el paso.

—Salve, señora mía —dijo el de más edad—, y perdona el lugar que no es el más apropiado, mas nos haréis un gran favor escuchando lo que tenemos que deciros.

Mi madre los esquivó sin contestar, pues no gustaba de charlar con desconocidos y, buscando refugio en el portal, dejó que María les hiciera cara, preguntando:

—¿Qué se os ofrece?

—Poca cosa; se trata de un amigo que nos debe un favor. Quedó en pagamos una parte que nos adeuda, pero no ha aparecido, y por si fuera poco ahora nos dicen que se fue a la Corte.

—¿Quién lo dice?

—Un mozo que salió a abrírnos hace rato. Por cierto, ¿no será hijo tuyo?

—Más bien de mi señora.

—Yo hablo del otro, del que nos contrató.

—No sé de qué contrato hablas —respondió torpemente María.

—Yo creo que lo sabes tan bien como yo. Si le ves, puedes decirle de mi parte que si se empeña en no pagamos, lo que le aconteció a ese primo de tu señora será juego de niños comparado con lo que le espera.

Iba María a responder, mas la pareja dio media vuelta dejándola con la palabra en los labios, más preocupada que antes. Aún no repuesta del susto, de nuevo las tinieblas se animaron dando paso al veterano. Ahora llevaba una daga en la mano.

—Otra cosa. —Pasó el acero ante el rostro de María—. Se me olvidaba avisarte de que si tu hijo se empeña en no pagar, serás tú la que lo haga por él.

No sé si mi madre lo oyó, mas preguntó a María de qué negocio se trataba.

—¿Qué querían esos dos?

—Nada —respondió vagamente—. Solo saber si podíamos darles algún trabajo. Eran dos veteranos de los que se salvaron de la Gran Armada.

—¿Y tú qué les ofreciste?

—Les dije la verdad: que aquí solo hay trabajo para los aprendices.

—No debía de ser ese el empleo que buscaban. Hablaban de trabajo.

—Por si necesitaba jardinero —se apresuró a contestar la vieja.

—Tampoco parecían amigos de las flores.

—Lo mismo pensé yo. De haber estado mi hijo delante no hubiera temido a ese par de alacranes, pero sola, a merced del primero que llega, las cosas son distintas.

El caso fue que en los días siguientes María apenas salió de casa, echándose a temblar al oír pasos en el jardín o algún rumor imprevisto en la sala.

Y por si fuera poco, Francisco ha desaparecido. Ella misma encontró su cama sin abrir, su aposento desnudo.

—Señora —llama—, Preboste se ha ido.

—Ya volverá —respondió mi madre desde la cocina.

—Tampoco se halla en el taller.

—Estará de viaje. Aunque no recuerdo que Doménico le haya ordenado tal cosa.

—Entonces se tratará de algún asunto suyo.

—Así será —afirma pensativa mi madre—. Si hay alguna noticia, me avisas.

—Se lo diré, no pase cuidado.

Pero Francisco no volvió. Fue inútil aguardarle un día y otro, pues a medida que pasaba el tiempo, más claro se veía que su ausencia no tenía remedio. Poco a poco mi

padre y María iban perdiendo la esperanza, en tanto mi madre se iba volviendo cada vez más sombría. No sé si la razón era aquella nueva soledad, pero de todos modos ahora notaba yo que estimaba a Francisco más de lo que parecía. Yo procuraba adivinar cuál era la razón de sus constantes suspiros, su apartarse de mí como queriendo hacerlo de un secreto pecado. Así, meditando, cavilando, llegó un día el invierno y Francisco quedó borrado como recuerdo de un tiempo muerto y remoto.

Solo en una ocasión se me volvió a hacer presente: fue cierto día paseando con Tristán por Zocodover. Vimos pasar camino del callejón del Toro un triste cortejo en cuyo centro aparecían dos soldados astrosos y afligidos. Al pronto los reconocí. Eran los dos veteranos aquellos que llamaron a la puerta de mi casa un día.

—¿Dónde los llevan? —pregunté a un mozo de espuela que presenciaba aquella penosa procesión.

—A degollarlos —explicó—, que siendo antiguos soldados hicieron mal empleo de su honor intentando forzar a una doncella.

Iban los dos con la cabeza gacha, el paso vacilante, caminando con dificultad. Parecían despedirse del mundo aferrándose a los momentos postreros de este valle de lágrimas.

—Triste final —comentó Tristán— acabar de ese modo tras tomar parte en tan gloriosas jornadas. Antes que morir en el cadalso preferiría yo acabar ahogado en la mar.

—Así es la vida —asentí yo a mi vez—, amarga y mudable como la cara de la luna, y por eso hay que disfrutarla según viene. De afligidos y pobres nunca se escribió nada, tan solo de los que triunfan.

## EL CIGARRAL

SÓLO CUANDO CALLÓ LA VOZ de la campana clamando desde la torre de la catedral, concluyeron las misas ofrecidas por el alma del rey. Entonces comprendieron todos los toledanos, incluidos los del Cigarral, que Felipe II había pasado a mejor vida, hallando, al fin, la calma que acá en la tierra tanto deseaba. Tras su martirio ocasionado por la gota, la fiebre, la vil incontinencia, sus pústulas y sus remordimientos de conciencia, finalmente descansaba en su ataúd de plomo escogido por él, rodeado de reliquias y oraciones. Arquitecto de su propia muerte ya convertido en mito en toda Europa, había señalado incluso los detalles de su postrero viaje hasta el corazón de su gran mole de granito.

La noticia había corrido por España entera a lomos de veloces verederos, atajando conciencias y caminos, ganando ciudades que presto sacaron de los arcones velos, tocas negras y toda suerte de vestidos de luto. Se habían prohibido los de seda, exigiéndose en cambio sombrero o caperuzo como último homenaje a un rey ya desde tiempo atrás dado por muerto. La mayoría ensalzó sus virtudes y sus hechos, en tanto sus enemigos decidieron no decir palabra por un tiempo.

—Y nosotros, ¿qué haremos? —preguntó el dueño del Cigarral.

—Por lo pronto callar —repuso el deán.

—Eso sería ponemos en contra. Sobre todo en el caso de los que tienen que hablar desde el púlpito.

—Ellos sabrán hacer su panegírico. Bien es verdad que nunca acertó en todo, mas la Iglesia sabe aceptar siempre aquello que de cerca le toca.

—¿Es que hay algo de valor en España ajeno a sus intereses? Aquí en Toledo ni los pájaros vuelan sin su *nihil obstat*.

—En lo que a mí se refiere —repuso el arzobispo, sonriente— pueden volar cuanto deseen.

—¿Y el nuevo rey? —insistió el de Burgos.

—Solo diré que me recuerda al padre.

—En el nombre solo —medió el dueño de la casa—. Nada más ocupar el trono ha puesto el porvenir de España en manos de un valido.

—La reina parece piadosa —respondió el arzobispo—, y a buen seguro que sabrá llevarle por la buena senda; por lo demás, sus defectos no son graves ni costosos: le gusta sobre todo montar a caballo y la esgrima.

—Más que nada la caza. Lo de sus monterías raya en locura —contestó el de Burgos—. Por ella es capaz de olvidar cualquier obligación penosa. Hay que decir que hasta su muerte el padre nada le permitió aprender. Gobernar es para él novedad. Ojalá tome las riendas de una vez —insistió el de Burgos—. Así saldremos de dudas.

—Lo mismo digo yo —repuso el canónigo—, mas por motivos diferentes, pues según dicen es tal la codicia de ese valido que nos gobierna que, al paso que vamos,

acabará en su bolsa y en la de su familia la riqueza del reino.

—El que viva, verá.

—El que viva ha de verle como al padre luchando por mantener la fe de Cristo.

—Quizá por eso —comentó el de Burgos— el valido de marras ha comenzado suprimiendo los ministros. Él mismo de palabra despacha sus asuntos con el rey, y para el caso de enfermedad o muerte, según oí decir, está educando a su hijo a fin de que no lleguen a perder tal sinecura el día en que falte.

—Me extraña que el rey se deje así gobernar.

—Pues aún es mayor pecado empujarle a toda suerte de placeres.

—¿Qué placeres? —por un instante se ensombreció el rostro del canónigo.

—De toda índole; algunos saludables cuando se ejercitan con medida, como la monta y la caza; otros dignos de hampones como los naipes, a los que cada día se aficiona más.

—Bien, amigos, será tal como dicen —concluyó el dueño de la casa en tanto se acercaba un criado con las viandas de siempre—, pero cada persona tiene su pro y su contra; si el padre, el gran Felipe de Lepanto, prohibió en la Corte el teatro menos las obras sacras, el hijo al menos ha abierto de nuevo sus puertas; eso sí que hay que agradecerse, pues es bueno algo que sirve para alegrar y aun mejorar al hombre. Y lo mismo digo para otras clases de espectáculos. ¿O ya no recuerdan los autos del día del Corpus que aquí se representan? Nada menos que dos distintas compañías suelen tomar parte en ellos.

—¿No he de acordarme? Trajeron para bailar a un gitano que ni firmar sabía a la hora de cobrar su contrato.

—Pues gitanos tenemos otra vez este año —se animó el dueño—. Y un carro en que irán seis muchachas vestidas de tafetán de colores con guirnaldas de flores, salvo una que irá a la romana. Delante se verá a un buen mozo con un clarín y dos sierpes tirando del carro.

—¡Donoso carro! —suspiró el canónigo—. ¡Donoso y demasiado caro!

—Siempre lo fueron aquí las fiestas señaladas.

—¡Por los santos del cielo! ¡Más que Octava del Corpus, se diría fiesta en honor de Venus! Y todo eso, ¿cuánto vendrá a costar?

—Cuarenta mil maravedíes.

El canónigo se santiguó, asustado.

—No vale tanto la sopa de los pobres.

—Pues así es, amigo; incluso esos desamparados de que habla prefieren la fiesta a la comida.

—Así ha de ser —concluyó el de Burgos—, y en lo que a mí se refiere no he de perder tal fiesta. A mí aquellas en que intervienen gitanos siempre me agradan, y esta ha de ser sonada como los pájaros y palomas que en ellas se suelen soltar.

—También yo asistiré —repuso el del Cigarral apurando su vaso—, que desde chico no tuve otra pasión que las comedias, sobre todo las de Lope de Rueda.

—Y de Timoneda, ¿qué me dice?

—Que a fuerza de editarlo acabó copiándole. Se ve que leyéndolo se dijo: esto también soy capaz de hacerlo yo, y así andan sus obras llenando los corrales, de tablado en tablado. Si uno vale más que otro, no tendremos mejor ocasión de comprobarlo. Amigos, yo invito.

—¿Tiene vuesa merced aposento?

—Arrendado y dispuesto para los amigos.

—¿Qué comedias ofrecen? —preguntó el deán.

—Al gusto italiano, como en todas partes.

—Entonces habré de rechazar la invitación. El único teatro al que suelo asistir son los autos sacramentales que ofrecen los jesuitas.

—Pues yo sí he de ir —repuso el dueño del Cigarral—, pues reconozco que alegran los sentidos y, según dicen, son la mejor medicina para aliviar preocupaciones en este valle de lágrimas.

—Cuenten conmigo —murmuró el de Burgos—. Allá cada cual con su conciencia.

Así, al día siguiente, los del Cigarral, salvo el deán, trasladaron su tertulia al aposento arrendado por el dueño, cuyo balcón se abría sobre el escenario del Corral de Comedias. El patio hervía repleto de espectadores que, antes de empezar la función, acudían a la cantina a apagar su sed. En un lugar aparte, las mujeres soportaban las bromas de los hombres que, junto a la puja de los precios, las risas y los gritos, anunciaban que al punto la fiesta iba a empezar.

Un sol de purpurina presidía la escena ante los maravillados espectadores, dispuestos a verle abrirse vomitando humo y fuego sobre unos ángeles de alas de lienzo, entre blancas nubes.

Apenas llegados, pidieron los del Cigarral un refrigerio que presto les fue servido. El canónigo paseó la mirada sobre la multitud que llenaba el patio y, como de costumbre, preguntó:

—¿No es aquel el hijo del Griego?

—¿Cuál dice?

—Aquel que ahora se acomoda en una de las filas primeras.

—Me parece que sí. En cambio no conozco al que le acompaña.

—Es un nuevo aprendiz que el padre acogió en su Casa.

—¿Y Preboste? ¿Qué ha sido de él? Se diría que se lo tragó la tierra. Desde que desapareció nadie sabe de él ni una palabra.

—Volvería a su país.

—Lo mismo pienso yo. Sobre todo desde que el Griego traspasó al hijo sus poderes.

Mientras tanto el público, impaciente, deseoso de que empezara cuanto antes la comedia, arremetía en sus gritos, llenando el patio con un mar que salía de su boca. Ello, unido a los que pugnaban por hallar un sitio apropiado, a las disputas de las

mujeres y los denuestos de los hombres, retrasaba el comienzo de la función con harta desesperación de los cómicos.

## JORGE MANUEL

EN TANTO TRISTÁN Y YO matábamos el rato mirando a las mujeres tras nosotros, mi amigo exclamó:

—¡Qué modo de gritar!

—Se ve que has puesto pocas veces los pies en un teatro.

—Con tantas hembras sueltas, mucho vicio ha de haber aquí.

—Mucho y de diversa índole. Entre rameras, cómicos y bujarrones podrían llenarse cien infiernos que hubiera.

Al fin, tras mucho esperar, dio comienzo la loa con la que se iniciaba la función.

Un reducido número de músicos preludió un aire alegre en tanto una cómica joven avanzaba por el tablado, fresca y bravía, dispuesta a hacer callar al público. Se detuvo en el centro de las tablas y comenzó a cantar:

*Las mujeres escogemos  
aquello que vale menos,  
pues que nuestro gusto excede  
a cualquier merecimiento.*

*No estimamos el valor,  
estimamos el dinero,  
incluso el de un sacristán  
antes que el de soldado lego.*

Una ovación cerrada acalló los coros de risas en el patio, mientras yo intentaba recordar dónde y cuándo había conocido a la tal moza. Fue al verla adelantarse hacia el público para saludar luciendo su escote generoso cuando se hizo luz en mí dejándome maravillado y sorprendido. Fui siguiendo con la mirada atenta sus pasos, el vuelo airoso del tafetán que cubría sus piernas y el cordón que ceñía su cintura.

—Hermosa hembra —murmuré.

Pero Tristán no escuchaba, atento también a los pasos de la loa que fue preciso repetir para los espectadores. Hasta los que antes alborotaban enmudecieron, mientras exclamaba para mí:

—¡En nombre de Dios, que a esa muchacha la conozco!

Ahora la recordaba. Tras tanto preguntar por ella, al fin aparecía allí. Debía de haber dejado el mesón entre Toledo y la Corte para seguir la carrera de cómica.

Se veía que servía para ello —me dije—, debía de estar harta de recibir clientes en la cama. Y como Tristán me preguntara si la conocía, le respondí:

—Cuando la vi por vez primera servía en un mesón. Ahora parece que se ha hecho bailarina.

—Es que no hay española que no salga tal ya del vientre de su madre. ¿No lo sabías?

No era preciso saber gran cosa; recordaba bien su carne lustrosa a costa de robar algún bocado en la cocina, sus pechos redondos y su boca encendida tras el primer mordisco antes de entrar en su carne tibia, oscura y cerrada.

De improviso todas las mujeres que había conocido antes y después, incluso aquella con la que pensaba casar, se borraban ante la sombra vestida de gasas rotas que ahora desaparecía entre las cortinas para dar paso a la comedia.

En su lugar, salió un soldado de jubón raído y maltrechos calzones, parecidos a los del hijo de María. Más traza tenía de pícaro que de militar, y con él llegaba otro cómico vestido de sacristán.

—«¿Qué quieres, sombra vana?» —preguntó volviéndose el del sombrero cubierto de plumas.

—«No soy sombra vana» —hinchaba el pecho el sacristán bajo la sotana—, «sino cuerpo macizo».

—«Di lo que quieras, pero la fuerza de mi desgracia te llamará por tu nombre y me dirá qué es lo que buscas ante esta casa.»

—«A eso te respondo que mi nombre es Lorenzo Pasillas, sota-sacristán de esta parroquia, y busco en esta calle lo que suelo hallar y tú no encontrarás en cambio.»

El soldado, con ademán bravucón, echó mano a su espada oxidada.

—«¿Buscas por ventura a Cristinica, la fregona que sirve aquí?»

—«Acertaste.»

—«Pues ven acá, sota-sacristán de Satanás» —replicó el soldado abalanzándose sobre su contrincante.

—«Aquí te espero» —dijo el otro, tranquilo.

—«¿Tú no sabes, Pasillas, que pasado te vea yo con mi gloriosa espada, que Cristinica es prenda mía?»

El sacristán en vez de asustarse plantó cara a su enemigo.

—«¿Y tú no sabes, pulpo vestido, que esa prenda la tengo yo rematada, que está por mis cabales y que es mía?»

—«¡Vive Dios!, te daré mil cuchilladas» —gritó el bravucón, blandiendo su acero—. «Te he de partir en pedazos la cabeza. ¿Hablaste alguna vez con ella?»

—«¿Con Cristinica? Cuando se me antoja.»

—«Veamos, ¿qué dádivas le has hecho?»

—«Muchas: una caja de carne de membrillo con recortaduras de hostias blancas como la misma nieve y de añadidura cuatro cabos de vela de cera, asimismo blancas como el armiño, y en un billete envueltos cien mil deseos de servirla.»

Todo ello —me decía— hubiera dado yo también por servir a Cristinica convertida en cómica ahora, tras tanto tiempo de fregona en el mesón. Por mi gusto hubiera ido a buscarla a alguno de aquellos cuartos vecinos al tablado, donde los cómicos solían cambiarse de ropa, pero permanecí en el patio adivinando que la señora de mis pensamientos no tardaría en volver a aparecer.

Ahora, en el escenario, el soldado arrastraba consigo el sota-sacristán.

—«Ven acá, motilón» —le decía—. «Respóndeme a esto: si esa muchacha te ha correspondido, tal como afirmas, dándote esperanzas de ser tu mujer, ¿cómo corresponderá a las grandezas mías?»

—«¿Grandezas tú, me dices?, espantado me dejas.»

—«Grandezas, sí, que el otro día le envié yo también un billete amoroso escrito en el revés de un memorial que envié a su majestad significándole mis servicios y mis necesidades presentes.»

—«¿Solo eso le mandaste?» —se burló el sacristán.

—«Eso y suspiros, lágrimas y desmayos; demostraciones todas necesarias para descubrir su pasión de las que usan los enamorados.»

En el patio, en tanto Tristán reía, yo aguardaba impaciente de ver otra vez a Cristina.

—«Esas demostraciones no vienen nunca mal» —insistió el sacristán—, «¿mas le ofreciste alguna música concertada?»

—«La de mis lamentos y congojas, mis ansias y mis pesadumbres.»

—«Pues la mía ha sido de toques de campana, tantos que tengo a la parroquia alborotada. Mas a pesar de ello, cuando cruzo ante su casa, derrama sobre mí el agua sucia de su palangana. Es cierto que yo no la gozo, mas mientras viva tampoco ha de gozarla ningún sacristán.»

Aún las risas no se habían apagado entre los espectadores cuando en el escenario apareció un mozo con un cajón repleto de encajes.

—«Compren bordados de Flandes, de Holanda, de Cambrai. Traigo fino hilo portugués.»

Y en la ventana principal de la fingida casa apareció otra vez de pronto mi dama, luciendo como siempre su generoso escote que a los espectadores hizo estremecer.

—«¿Qué tal?» —preguntó casquivana, moviendo su canal, promesa de dulzuras—. «¿Traes puntillas para camisas?»

—«Las traigo y muy buenas por cierto» —respondió el vendedor.

—«Pues entra que mi señora ha menester de unas cuantas.»

El público seguía la historia pleno de regocijo, que llegó a lo más alto cuando el soldado, viendo desaparecer a la muchacha, cruzó el tablado dando grandes zancadas, cortando el paso al mozo que en vano intentaba alcanzar la puerta.

—«Oye, tú, mercachifle de mis pecados, ¿conoces a esa doncella que te llamó desde la ventana? ¿No tiene buen rostro y gracias?»

—«A fe que sí. Y otras dos cosas redondas.»

—«Pues no entres en esa casa. Si lo haces he de molerte a palos hasta dejarte sin un hueso sano.»

El mozo se encogió de hombros sin entender gran cosa, procurando calmar la ira del otro.

—«Temible caso; no se enoje conmigo, señor soldado, que ahora mismo me voy.»

Apenas salió el mozo, preguntó desde dentro la voz de la muchacha:

—«¿No entras, Manuel?»

—«Se fue, señora de los vivos y de los muertos» —repuso por él el soldado—. «En cambio sigo yo a tus pies.»

—«¡Jesús, y qué enfadoso animal!» —clamó la voz de Cristinica dentro—. «¿Qué se le habrá perdido que tanto insiste?»

Oyéndola, quedé como el soldado en el tablado con la mirada fija en la fingida ventana, esperando a que volviera a asomar, mientras Tristán luchaba en vano por sacarme de mi sueño.

—¿Qué te pasa? ¿Qué piensas hacer? —preguntó.

—¿Qué he de hacer, sino intentar verla de nuevo? —repliqué enojado—. ¿Cómo voy a olvidar a quien me reveló el dulce secreto de la carne? Aunque la del teatro sea más cara que la otra, sería capaz de arruinarme por su causa.

—¿Y si está casada?

—No importa. La vida de los cómicos no es como la de los demás mortales.

Y sin atender a más razones, me abrí paso rumbo al escenario.

A medida que los pasillos cubiertos de cortinas quedaban atrás, me preguntaba si la muchacha me reconocería a pesar del tiempo transcurrido. Ella había cambiado, a la vista estaba, y parecía más pulida, como quien ya no debe hacer más camas.

Cómicos de diferente edad se desnudaban y vestían a nuestro paso sin mostrar más recato que Adán.

Al fin, la descubrí. Allí estaba, recién llegada del tablado, departiendo con otras acerca del público que aún siete tardes más debía soportar.

—¡Menuda chusma! —decía una—. Lo que es preciso aguantar en este corral.

—De todo hay, como en la viña del Señor —comentó otra—. Lo que sucede es que los ricos y las damas de alto rango se ocultan en sus balcones privados, donde invitan a ver la función hasta a frailes y monjas.

—¡Menudas monjas! Sería cosa de verlas —comentó una tercera.

Súbitamente apareció en el aposento un muchacho exclamando:

—¡Sus y al estrado, mozas, que es hora del sainete y el autor se impacienta si no se empieza a la hora. El público se enoja y pagan justos por pecadores!

Salieron todas y, viendo yo rezagarse a Cristinica, me acerqué a ella.

—¿No me recuerdas?

La muchacha hizo ademán de alejarse, pero insistí:

—¿No recuerdas la venta del camino Real?

—¿De qué venta y qué camino me hablas?

—¡Por los clavos de Cristo! No has de tener tan flaca la memoria que no te acuerdes de cuando nos conocimos en ella.

Quedó pensativa y yo me pregunté si no habría confundido la pieza. Volví a mirarla con detalle; andaba examinándola cuando de pronto exclamó:

—¡Tú eres el hijo del pintor! ¿No es cierto?

—El mismo.

Y una vez roto el muro que nos separaba, quise acercarme a ella, como entonces.

—¡Eh, más despacio! ¡Quietas esas manos! —me apartó—. Tengo galán que me viste y protege, con el que vivo, y que me trata como a una reina.

—Algo te pedirá a cambio.

La muchacha rio de buena gana.

—Lo mismo que todos. Con él gano en una noche sola lo que antes en el mesón a lo largo de un año. Es la historia de siempre. Sabiéndolos lidiar, los hombres se vuelven tan amables como canes.

—¿Por lo buenos que son?

—Por lo mucho que lamen.

—¿Y qué dejas tú para los jóvenes?

—Lo que dice el soldado en la comedia: lamentos y congojas.

—¿Y para mí?

—Para ti, recuerdos, ¿qué más quieres? —rio de buena gana, y añadió—: Vente una noche a verme, que según ande de humor así seré contigo. Después de la función, si puedo, te estaré esperando en un mesón que hay cerca. Sé discreto que a muchos los perdió la impaciencia. Tampoco me sigas cuando salga, sería como echar un pregón.

—Descuida, ni un ciego oirá mis pasos.

Y tras un nuevo aviso del muchacho encargado de la escena, Cristinica salió camino del tablado. Yo en tanto la esperé afuera con Tristán, que no quiso ver el final de la comedia.

—¿Qué tal el lance? —preguntó mi amigo.

—No estuvo mal.

—Por el semblante que traes, diría que no fue tan mal el paso.

—No me quejo.

Los dos nos alejamos, atentos a cualquier mal encuentro, mas nada sucedió. Al cruzar una plaza llamó nuestra atención un revuelo de manteos.

—Si no me equivoco —dije—, allí va el deán. Seguro que viene de su tertulia de la tarde y ahora va para su Cigarral secreto.

El río crecía, mezclando sus aguas con los postreros lamentos de la gran rueda de Juanelo. Los vencejos chillaban en sus nidos, aceleraban su vuelo las golondrinas y las jaras de plata y los geranios ya sin flores anunciaban un otoño vecino.

—Rara cosa —comentó Tristán— llamar a estos jardines cigarales cuando en ellos lo que más se oye son los pájaros.

—Las cigarras solo cantan de día.

Y sin saber por qué me acordé de Cristinica; ella también cantaba bajo la luz del sol, mas a la noche no dormía. Así andaba locuaz y alegre, pero a la vez ojerosa y amarilla.

## JERÓNIMA

LA SOLEDAD ME CERCA LO MISMO que la bruma del río, ahonda en mis raíces y saca al sol cada uno de mis pensamientos, mas no es capaz de aliviar mi tristeza desde el día en que Francisco desapareció. He vuelto mis ojos hacia mi hijo que parece adivinar la razón de mi melancolía y también sobre su amigo Tristán que ahora alegra con sus risas la casa. ¡Bendita edad la suya, ajena a toda clase de dolores! El maestro y María le perdonan todo y ríen de buena gana comentando alguna de sus barrabasadas. Aprende tanto y tan aprisa que en cuanto tenga edad seguramente se instale por su cuenta.

—El chico vale —comenta Doménico viendo sus cuadros—. Si se empeña y trabaja, presto no habrá quien le haga sombra en Toledo. Ahora pinta tablillas por lo que a bien tengan pagarle, pero, dentro de poco, sus lienzos valdrán cien veces más de lo que cobra ahora.

Cierto día Manusso, mi cuñado, que por la edad apenas distingue los colores, le ha sorprendido mezclándolos en una de las paletas de su hermano.

—¿Son para pintar tú?

—No, para mi maestro. Para una vista de la ciudad que hace días le pidió el alcalde.

En el taller, Doménico consiente al muchacho más de lo que debiera aunque, avisado como es, hay veces que no le falta razón; tal sucede cuando trabaja con Jorge en el proyecto del túmulo que la ciudad erigió para la visita del nuevo monarca.

—Resultará demasiado caro —había calculado Jorge.

—Yo creo —propuso Tristán— que podría aprovecharse el que tu padre levantó para la reina nuestra señora.

Así las vigas y maderos que sirvieron para Margarita de Austria se usaron para el rey al cabo del tiempo. Tal es este segundo discípulo de Doménico, diestro en toda clase de empeños y a la vez ameno, capaz de mudar los tragos más amargos en alegres ocurrencias. Ni el mismo Jorge alivia tanto al padre, aunque cumpla con eficacia lo que le manda, ayudado por Tristán, cuyo afecto nunca le falta. ¡Feliz edad en la que no hay soledad sino buenos y jóvenes amigos, sin celos ni rencillas, dispuestos a hacer causa común en todo! Cuando habla con el viejo Manusso, este apenas le entiende. Tristán se ríe sin hacerle mucho caso; en realidad cada cual va por su lado, pero el más joven ayuda al viejo del mismo modo que aquel le aconseja aunque no le haga caso. Así entre los dos extremos, fluyendo entre dos orillas que jamás se tocarán, corre mi soledad vacía, sin sentido, desde el día en que Francisco me dejó. Oscuro porvenir me espera. Adiós sueños alegres, placeres escondidos en oscuros rincones. ¿Adónde iré para sentir de nuevo el suave aliento de su boca? ¿Junto a qué cuerpo descansará su cuerpo ahora? ¿Qué cuello enlazarán sus brazos? Quizá a estas horas murmura en algún oído los versos de aquel libro que me regaló:

*Dame de ti tu cuello, tus labios, tus mejillas,  
tus dorados cabellos, la piel tan suave  
de tus pechos altivos.*

Todo yo se lo di y aún más: él alma que se llevó con él a ese lugar en donde debe de hallarse ahora y del que no envía ni siquiera las señas. Así espero y desespero cada vez que un correo pasa o alguien susurra algún recado a María en el umbral de mi puerta. Todo se lo llevó, solo dejó el olvido, ese gusano feroz de la memoria que, poco a poco, mina los sentidos. Bien quisiera librarme de él mas, por mucho que busco, a la postre todos me rechazan. Bien quisiera librar a mi cuerpo de cadenas tan pesadas, ser libre otra vez y encontrar quien me tienda la mano, sobre todo a la hora llena de angustia del ocaso, alguien que me mimara y comprendiera ahora que Doménico se halla cada vez más lejano. Me gustaría vagar por otros montes y otros ríos, por vegas plenas de vida o valles oscuros en donde las luciérnagas son un verde regalo de la noche.

Mas no es así; desde el día en que Francisco desapareció no hay nadie en torno a mí que me sirva de descanso y regalo, cuyos ojos miren los míos del alba a la noche, cuya sola presencia me llene de dulce sobresalto.

Solo me queda el refugio de Jorge y Tristán. La madre de este se le parece en su semblante alegre, en su modo de hablar tan diferente de los que por aquí pasan a que Doménico los retrate, hidalgos sin un pedazo de pan que llevarse a la boca, médicos distinguidos, cirujanos de perfil afilado, frailes solemnes como un día del Corpus. Mientras posan apenas hablan; sus despedidas se reducen a unas cuantas palabras. Van y vienen como si fueran reyes y hasta se les parecen en lo que porfían cuando llega la hora de pagar.

La madre de Tristán es otra cosa, no hay sino verla para saber a quién su hijo se parece, tan oronda y lozana como la fruta que me trae en un cesto, quién sabe si sisada o comprada. Parece feliz a pesar de que el marido se pase las horas muertas sentado a la puerta del mesón.

—Como no trabaja —explica la mujer—, aquí estoy yo para sacar la casa adelante.

Lo dice sin ningún resquemor, sin esa especie de rencor que tantas guardan para sus maridos una vez casadas. ¿Seré yo así? —me pregunto a menudo—, mas la respuesta no me viene, pues salvo el credo y la cocina no me enseñaron a ganar el pan ni a ayudar de algún modo a la vieja María. Solo a orar y traer hijos al mundo, aunque eso se aprende pronto viendo a canes y gallos. De modo que, si bien se mira, fue para mí una suerte encontrar a Doménico. Siempre ha pedido poco más desde que Jorge nació, el amo de la casa —como María le llama— se contenta con menos cada día. A veces creo que ni me ve ni me oye, tan absorto suele estar en su trabajo. Apenas sale al jardín y, cuando habla, el tiempo se le va en problemas de cuadros y dinero. Solo las risas de Jorge y Tristán, el chirriar de la rueda del río y el rumor de los pájaros dicen que el mundo gira todavía, que estamos vivos entre los geranios.

¡Soledad, yo te maldigo aunque todos te alaben, sobre todo los poetas y los sabios! Yo no soy de tal condición y te siento penetrar en mí lo mismo que los vencejos en su torre, igual que el Tajo en mi ciudad por sus canales rojos y amarillos. ¿Qué habría sucedido de haber realizado aquel viaje? ¿Cómo sería la gente que habría conocido? A buen seguro que distinta, hostil, tal como suele suceder en casos parecidos. Aun así mi soledad quedaría borrada por el placer de lo nuevo; mi dolor me seguiría más allá del mar, sobre todo en las horas del invierno, pero Venecia, tal como la describen los que la visitaron, alzada toda sobre el agua, es fama que en invierno, bajo un cielo de plomo, se hace amar, con tenaz melancolía.

## JORGE MANUEL

HE ESPERADO DONDE CRISTINICA me ordenó, largo rato junto a la puerta trasera. Nadie me vio llegar, aun estando tan cerca del corral de los cómicos, donde llegan aplausos y denuestos con los que los espectadores los reciben. En un rincón del callejón quebrado que rodea al patio hay sombras que ofrecen sus encantos. Es un continuo desfilar, un hacer el amor contra el tapial en penumbra a fin de no tener que pagar cama. Tras el postrer envite, llega el silencio y el suspirar del hombre que discute el precio. Siempre se les antoja caro, lo que enoja a las cómicas, que en vano protestan.

—Será caro para ti, que no sabes distinguir un pedazo de carne de un cerrojo.

—Espera que encuentre mi bolsa.

—Vamos, paga y acabemos. La carne de teatro nunca fue barata.

—Ya lo veo. Tampoco tan cara.

—¿A cuántas cómicas has conocido tú, miserable?

—A unas cuantas.

—A unas cuantas culebras, querrás decir. ¡Ea, saca esa bolsa y dame lo mío! Aunque puede que no te fíes y guardes el dinero en la entrepierna.

—En la entrepierna tengo yo solo eso que hace felices a muchas como tú.

—Mucho presumes; vamos, paga y acabemos.

Un rumor de monedas pone fin a la invisible disputa que concluye cuando el hombre se va y la cómica queda aguardando a un nuevo cliente que no se hace esperar. Tiene razón en pedir más de lo que vale pues sabe que se arriesga a dar con sus huesos en la cárcel. La ley lo dice: «Los de la farsa, cualquiera que su sexo sea, no pueden salir a escena, ni con vestidos dorados, ni de seda. Tampoco podrán aparecer en ella solteras, viudas o doncellas. Todas tiene que ser casadas y nunca se las ha de visitar más allá de dos veces, recomendando al tiempo, a los que las administran y representan, que solo tomen a aquellas de buen proceder y acreditada honestidad.»

¿En cuál de tales apartados se hallará Cristinica, cuyo nombre verdadero hace tiempo que se borró de mi memoria? Doncella no es, viuda tampoco pues se la ve alegre y con ganas de pelea; bien puede ser que se casara y el marido muriera. Tampoco entiendo cómo fue a parar a este oficio a no ser que a fuerza de servir en el comedor conociera a algún cómico de los que llaman de la legua. Gran hombre debió de ser, pues salta a la vista que la ha pulido y enseñado a pisar las tablas, a hacer que el público, más allá de las otras, acabe siempre fijándose en ella.

Parece que la función termina pues hasta aquí llega el aire de una jácara. Una voz canta:

*Érase un varón valiente  
tan amigo de la mesa,  
que llegó en puros ayunos*

*a comer tan solo hierba.*

Ahora, saldrá la compañía entera a bailar su postrera danza y decir ocurrencias sobre la vida del país. Acerté en el programa pues al final, con la función terminada, apareció Cristinica con dos compañeras de vida y farsa. La luna con su luz de hielo revelaba sus afeitados rostros, la color bermellón de sus labios y el blanco de sus caídos pechos. Por su modo de hablar y sus recios modales, antes que de un corral de comedias parecían damas de medio manto en busca de galán que pagara la cama.

Apenas me vio, la muchacha avivó su andar y vino a mi encuentro mientras sus compañeras pasaban de largo.

—¿Vais para la santa casa? —les preguntó en tanto se alejaban.

—Allá te esperamos —respondió una de ellas; así me aclaro con un trago la garganta.

Cuando desaparecieron en las sombras, Cristinica ya junto a mi me dijo:

—Mira, galán, hoy no estoy para fiestas. Tengo un mal de cabeza que me trae como loca. Para mí que ha de ser el dominguillo que avisa. Y por si fuera poco, esta semana tenemos cuatro o cinco funciones en Illescas. De modo que entre unas cosas y otras, en unos cuantos días ni me ves ni me tocas.

—Te equivocas, a Illescas suelo ir a menudo, ese camino me lo sé de memoria.

—¿De qué?

—De un pleito que tiene mi padre allí.

Fuimos bajando camino de la casa. Las ventanas y balcones aparecían cerrados a cal y canto como temiendo algún asalto. Ante un portal Cristinica se detuvo y llamó.

—¿Quién va? —preguntó desde el interior una cascada voz de mujer.

—Gente de paz, madre, traigo un cliente.

—Hija, pasa.

La puerta se había abierto crujiendo como el umbral del infierno. Seguimos tras la dueña y fuimos a dar en medio de una asamblea singular: rodeado de beldades de la edad de Cristinica, se hallaba un mozo de mi edad, de abundantes cabellos y hebilla de plata en el cinturón. Al tiempo que bebía recitaba vehemente:

*«No me la enseñes más  
que me matarás»,  
decía la monja en el monasterio  
con sus teticas blancas  
bajo el velo negro.*

De improviso, viéndome entrar, calló y, tras mirarme atentamente, me dijo:

—Yo a ti te conozco.

—Puede ser —respondí sin saber dónde podía haberme visto antes.

—Puede y lo es —insistió trazando con su diestra un rasgo en el aire—. Tú eres hijo del Griego, el pintor.

—Es cierto.

—¿No pintas con él?

—Eso es cierto, también.

—Vamos, señor Medinilla —exclamó una de las cómicas—, siga echando esos versos.

—Aquellos de la dama que no quiere dormir sola —pidió una segunda voz.

El tal poeta se aclaró el gaznate con un trago de vino y, tras una pausa para coger el tono, comenzó a recitar:

*Madre, tengo quien me ama y quien servirme desea,  
que no soy tuerta ni fea ni mala para la cama.  
¿Qué me falta para dama?  
Decidlo que no lo sé.  
No soy negra ni mulata  
para no tener amores.  
Duerma sola la beata  
que tiene razón por qué.*

Las risas del principio se volvían francas carcajadas. La misma Cristinica no se perdía palabra y menos aún sus compañeras. Cuando el silencio tomó, el tal Medinilla volvió a tomar la palabra:

*Desnuda soy muy hermosa;  
en piernas, muslos y gestos  
no se ha visto otra tal cosa.  
¿Quién es la que no se espanta  
de dormir sola en la cama?  
Mejor con ese juguete  
tan alegre y animado  
que los hombres te colocan.*

Una voz interrumpió los versos, impaciente y nerviosa:

—Díganos algo de ese juguete, señor poeta.

Y demostrando que tenía salidas para todos, el aludido siguió recitando:

*Dueñas y casadas tiernas  
preguntan qué es aquello  
que acostadas  
les meten entre las piernas.*

*Es largo, liso y redondo  
con un canal en el centro  
lleno de zumo lechoso  
que descarga en lo más hondo.*

De nuevo el coro de risas estalló en el aposento acompañado ahora de murmullos

sordos. La que antes diera tema al vate señaló un cesto al que asomaba una bota.

—Madre, ¿cuándo empezamos? Tengo un hambre de lobo y una sed como para beberme entera una cosecha.

—Sus y a ello —respondió la vieja apuntando al cesto, que en un instante quedó vacío de cualquier mercancía que valiera la pena.

Todas se habían sentado en la estera que cubría el suelo del aposento. Yo las imité cerca de mi Cristinica y tomé dos naranjas que me ofrecieron. Después, de una cazuela algo tiznada, sacaron las coimas unas cuantas tajadas de bacalao que apenas repartidas desaparecieron. Tras ellas, y acompañados de buen pan, llegaron cangrejos y aceitunas, que siguieron parecida suerte.

Aquel continuo manducar trajo consigo una sed de galeote. Pedí la bota y vino por el aire, tan llena y sana como panza de abad. Con ella estaba cuando llamaron a la puerta llenando de sobresalto a todas. Una de ellas se asomó a la ventana y dijo:

—Es el rufián de la Jacinta que viene por su sueldo.

—A palos se lo he de dar —respondió la que por tal nombre atendía—. Le he salvado de la horca más veces que putas hay en Toledo. ¡Desdichada de mí! ¡Pensar que por él dejé cinco o seis compañías en la flor de mis años! Así lo vea en los infiernos; al menos me ahorraré más sinsabores. Mirad, mirad cómo me ha puesto el otro día.

Y alzándose la saya sobre los flacos muslos, descubría sus piernas cubiertas de morados cardenales.

—Sosiégate —intentó calmarla su amiga—. Si sube, entre todas te hemos de hacer justicia.

—En tanto llega, dinos en qué le ofendiste. ¿Le agraviaste en algo?

—¿Agravio? Ninguno de mi parte. Al contrario, me debe más favores que la madre que le parió. Y no digamos dinero, que se le va en jugar con otros compañeros de la misma calaña. El pan me quitaba de la boca por darle ese gusto, mas como se enterara de que tenía algún maravedí guardado, al punto se volvía contra mí, dejándome hecha un Santo Cristo solo para quitármelo.

—Búscate otro.

—Ya lo intento. Pero basta que le vea desamparado y roto para que vuelva a darle por entero lo que con tanto trabajo gano.

Aún no había concluido de exponer sus razones, cuando con paso firme y decidido entró un valentón de semblante tosco, lleno de cicatrices. Verlo y callar fue todo uno, las más temblando y las otras admirando su rota capa que llegaba hasta el suelo.

—¿Qué haces en este lupanar? —preguntó a su coima rechinando los dientes—. Cien veces te tengo dicho que no quiero verte en casa llana.

—Cuidado con lo que dice, señor bravucón —medió la vieja—. Ha de saber que esta no es lo que dice, sino mesón de mozas alegres, pero muy honradas.

—¿Honradas? De zorras, diría yo.

Y echando mano a la navaja amenazó a la vieja, que fue a esconderse entre sus pupilas.

—¡Tente o llamo al alguacil! —gritaba.

—Yo seré quien le llame si no me obedeces. —Y dirigiéndose a su coima, añadía —: Antes que cuente siete quiero verte conmigo.

Giró sobre sus talones y se despidió:

—Adiós, señoras.

Aún sonaba su paso bajando la escalera y ya la vieja exclamaba:

—¡Bellaco, cobarde!

—Por los clavos de Cristo —dijo la coima—, no diga vuesa merced maldades de él que cuanto peor me trata más le quiero.

—Así sucede con los hombres —comentó en alta voz la compañera—. Cuanto más nos azotan en más los tenemos. No sé por qué será. Di la verdad, después de que te pega, ¿no vuelve?

—¡Ya lo creo! Manso como un cordero. A punto de saltársele las lágrimas.

—Entonces olvida esas peleas y baja —murmuró desde su rincón el poeta.

—Así haré. Es la mejor solución.

Y ya se dirigía a la escalera, cuando volvieron a llamar en ella. Otra vez la calor huyó de las mejillas de la cómica hasta que el poeta tomó de nuevo la palabra y dijo:

—Calma, amiga. Abro yo. Si es él, le digo que ya bajas.

Mas no era el valentón quien llamaba a la puerta esta vez, sino el mismo alguacil en persona, con el que poco antes la vieja amenazaba.

—De este me encargo yo —murmuró yendo a buscarle—. Para eso es amigo mío y santo tutelar de esta casa. Seguro que viene por su paga.

Y cuando desapareció, la coima del valentón se deslizó a su vez como culebra y, encontrándose de nuevo con su amigo en la calle, se alejaron apresurados como si nada hubiera sucedido.

—En fin —dijo el poeta—, felicitémonos que buenas son las cosas que concluyen a gusto de todos y vuelva cada mochuelo a su olivo que ya parece que refresca.

Fuera la catedral apuntaba con su torre hacia la luna, algún perro ladraba a las estrellas y el río murmuraba en su cauce de espuma. De pronto al revolver un callejón yo y el poeta, reciente amigo mío, nos topamos con una sombra que caminaba en dirección al puente, cruzándolo a la luz de una ventana. Quedó iluminada solo por un instante, pero fue suficiente para que los dos reconociéramos su rostro blanco y afilado.

—Es el deán. Muchas noches le he visto cruzar por aquí a estas horas.

—¿Dónde va ya de madrugada? —me preguntó mi amigo.

—Seguramente vuelve a casa, aunque no vive en ese lado.

A poco le vimos desaparecer en la orilla frontera, en tanto nosotros, tras caminar un rato, nos despedimos amigos, contentos de habernos conocido, prometiendo volver a vernos.

Yo quedé preguntándome qué curioso secreto encerraban los viajes del deán a tales horas; si sería asunto de encantamientos como en el caso del marqués de Villena, el morador anterior de mi casa, o tal vez cuestión de herejes a los que de tal modo maldecía Francisco en sus viajes conmigo; más de uno o de otro modo no eran horas aquellas de volver a casa, sobre todo para un deán que desde Trento a acá debía dar ejemplo a todos en sus palabras y sus obras.

## EL DEÁN

ANTES DE SER DEÁN me había casado con la madre de Luis, el mozo que ahora estudia en París. Cuando ella murió, se torció mi destino, quedando a solas. El chico salió buen estudiante y le envié a las universidades principales, donde se ha ido formando poco a poco, en ciencias y humanidades, y desde donde, de cuando en cuando, escribe cartas cargadas de saber y atinadas razones, revueltas con noticias sobre rebeldes luteranos que me hacen montar en cólera, me vuelven hostil y me obligan a quedar encerrado en mi cuarto.

Solo las cartas del muchacho son capaces de alegrarme. Ahora ya no estudiaba teología, como me prometió, sino humanidades, mas he acabado por hacerme a la idea de que también así llegará a ser hombre de provecho.

Sus cartas no mienten. Pronto será doctor y quedará en Toledo dispuesto a enseñar griego o latín. En cuanto a mí, mi vida son los libros que el sueño hace caer de mis manos a la noche, mis negocios en la catedral y las tardes en el cigarral de Inés, en verano fuera y en invierno dentro.

Nunca he sabido a ciencia cierta si mis amigos sospechan algo ante aquellas ausencias vespertinas, cuando, concluida la tertulia, con el pretexto de visitar a unos parientes, me alejo camino del río en pos de mi amiga.

Antes de que llame a su puerta, ya me espera en el umbral.

—Hoy llegas tarde. Más de una hora me tuviste esperando.

—No será tanto, mujer —respondo llevando mi diestra a sus labios—. Se me hizo tarde aguardando noticias de Madrid. Fuera de aquí están más informados.

En tanto el viento suspira, el río nos llama y la gran rueda de Juanelo descansa de su trajín constante. Es mi hora favorita para estar con Inés. Ahora, al cabo del tiempo, el lecho ya no sirve de mucho, solo para dormir y despertar con el recuerdo de nuestros ardientes días convertidos en rescoldo de pasión. No hay negros, encendidos nubarrones en el cielo sobre la catedral, solo un oscuro manto que va poblándose de luces diminutas.

A ratos llega el leve sonar de una espadaña. Alguna voz perdida que llama o responde, o un golpe de hacha de alguno que hace leña. Su rumor y el sonido de los clarines en el antiguo Alcázar traen a la memoria la sombra de Luis, mi hijo, que, una vez pasados los exámenes, presto volverá. Cuando se lo recuerdo a Inés, sus ojos renacen. Para ella el mozo es un hijo, ese hijo con quien las madres sueñan para que las redima de los que no llegaron a tener.

—¿Cuánto le queda aún allí?

—No lo sé, un año, tal vez semanas.

—Ahora cuando vuelva, serás feliz en todo.

—Para mí, lo que más cuenta eres tú.

Las noches en que por cualquier circunstancia no podía visitarla, me refugiaba en

los libros. Tras de cenar me retiraba a mi aposento en las postreras horas del crepúsculo. Encendía mi luz de aceite y preparaba la manta que abrigaba mis piernas a la hora fría de la madrugada. Con mano temblorosa pero firme aún, escribía la historia de los concilios españoles. En mis tiempos fui el mejor predicador de Toledo y aún ahora sería capaz de componer un discurso sobre la condición humana. Trabajaba hasta rayar el alba, rodeado de libros que más tarde irían a parar al Escorial, a veces con la ayuda de copistas griegos que mandé buscar cuando mis ojos comenzaron a fallar.

—Acabará quedándose ciego —me regañaba el ama.

Mas ni siquiera la escuchaba.

Así sigo leyendo, escribiendo, firmando poderes con los que otros alzarán conventos, o mantendrán niños cantores como los de la catedral. También ayudo a Doménico, al que admiro y visito y con quien me agrada hablar de arte y teología. Le hubiera hecho pintar a Inés, pero tendría que guardar el retrato donde nadie lo viera y sería como esconderla a la ciudad entera que amo tanto. Mejor llevarla conmigo en mi memoria, sintiéndola envejecer a mi lado. Ella y los libros me van sacando adelante, tanto, que en ocasiones me olvido de mi hijo.

—Cuando venga, ¿dónde piensa vivir?

—Eso depende del tiempo que se quede.

—¿Y si se decide a establecerse aquí?

Si se casa y gana una cátedra, marchará de la mía y lo echaré de menos y mi soledad será más dura. Con él tan lejos no me preocupo tanto, mas si se queda a vivir cerca no sabría qué actitud tomar. Mejor no pensar en el porvenir, dedicarme a mis libros y seguir frecuentando el Cigarral.

Además otras preocupaciones me quitan el sueño, ocupando en mi lecho las horas que Inés no comparte conmigo. Desde que en Trento se decidió hacer la guerra a los protestantes, ha caído sobre mis hombros una nueva responsabilidad que apenas me deja tiempo para ver a mi amiga. Ha sido preciso crear comisiones de inmediato, modificar ceremonias y oficios, incluso celebrar concilios provinciales. Toledo fue en tiempos espejo de España en el que las demás ciudades se miraban, y ahora que esos tiempos llegaban, es preciso alguien que los dirija, aunque un exceso de trabajo corra el riesgo de minar mi salud.

—Te estás matando —me avisaba Inés—. Deja que cada cual decida por ti.

Yo la miraba atento, mas sin oírla, tal como se suele hacer con las mujeres, y tras escucharla me decía a mí mismo:

—Nada de esta ciudad me es ajeno. Mejor continuar.

Y seguía esclavo de los dos: de Inés y de Toledo.

Acababan de prohibir las pinturas no sacras que pudieran llevar a error a los fieles, y para cualquier obra a realizar, incluso para comprar un nuevo altar, era preciso pedir permiso al Consejo que organizaba conferencias tratando de enseñar a los toledanos cómo la sacristía era base esencial para ganar la otra vida.

—¿Y qué harás con los que no obedezcan? —me preguntaba Inés.

—¿Quiénes?

—Los que sigan haciendo lo mismo de siempre. Los del pueblo de mis padres, por ejemplo. Allí mozos y mozas se suben a las torres el primero de mayo.

—Se les castigará. Para ello está el Santo Tribunal.

—Pero luego se casan.

—Tendrán que pedir licencia para borrar su falta.

Mi amor prohibido por Inés, alzado sobre visitas discretas, se había convertido en razón de mi vida y en cierto modo en remordimiento más o menos velado. Inés temía que las nuevas normas, la nueva moral impuesta, fuera también contra nosotros, obligándonos a separarnos.

—¿Quién sería nuestro juez? —pregunto.

—No sé. Cualquiera que sea más que tú.

—Nadie en Toledo se halla por encima de mí. Ni el mismo Papa sería capaz de ordenarme tal cosa.

—¿Y si alguien nos denuncia?

—Estamos por encima de todos. Ninguno intentará nada contra nosotros. Mira al Griego, sin casar y con un hijo. Nadie alzó nunca la voz en su contra.

—Será por el modo que trata a los pintores. A ellos se les tolera aquello que en otros ofende a la moral de los demás.

—¿Y a quién ofendemos nosotros?

—A nadie, es verdad. Ni siquiera tenemos un hijo como tu amigo el Griego.

Inés callaba pensando en el que nunca llegaría ya a tener. Además temía que con la vuelta del mío mis ausencias se prolongarían más aún. De tal modo dejaba yo pasar el tiempo tratando de huir de mis pensamientos; en tanto Inés perseguía vagos sueños que le hicieran olvidar la dura realidad.

## JORGE MANUEL

DEJANDO A UN LADO a Cristinica, es decir: a disgusto y por obligación, he ido a ver a mi padre, por quien he sabido que nuestro pleito de Illescas va por mal camino.

—Se halla detenido por culpa de la Aleábala. Al paso que vamos jamás cobraremos esos cuadros. Lo malo de ello, con serlo y mucho, no es el dinero, sino el tiempo que se pierde. En los tres años que llevamos luchando con los de ese hospital de Illescas, podía haber pintado tres retablos. Eso sin incluir los gastos de posada y de viajes.

—Esta vez —le he dicho— hacer ese camino nos saldría de balde. Tengo un amigo que ha de estar allí algunos días.

—Entonces aprovéchalo. ¿Cuándo partes?

—Al menos me haría compañía. Harto estoy de tratar con arrieros.

—Te haré un poder para que me representes. Esperemos que este último viaje te traiga suerte.

—Descuide que por mi parte no ha de quedar. La Fortuna en él me favorece.

—Muy seguro estás.

Así, con mi amigo el poeta, la Fortuna me llevó otra vez a Illescas; ahora con los de la farsa no era mala compañía, pues tenían tres carros. En ellos, juntos y enredados, íbamos hombres y mujeres, y como dicen que a río revuelto ganancia de pescadores, me fue harto fácil viajar con Cristinica que, según me explicó, por entonces también hacía en el tablado papeles de reina o dama principal.

Si así son las reinas en el teatro —me dije oyéndola—, cómo serán sus vasallos, mas me cuidé de ocultar mis pensamientos, tan contenta y satisfecha la veía. De improviso se abrieron las cortinas traseras del carro en que viajábamos y un hombre saltó dentro con la mayor confianza.

—Buen día, amigos.

—Verdad que lo es —respondí.

Y el forastero, sin añadir palabra más, quedó dormido en un rincón sin que parecieran capaces de despertarlo las voces del camino ni los saltos del carro. Yo mientras tanto murmuraba a Cristinica:

—¿Qué dinero vale una noche tuya? No la darás de balde.

—Aún tengo que pensarlo —me respondió mirándome a los ojos, haciendo más profunda si cabe la canal de sus pechos floridos—, si te quedas conmigo sabrás lo que es gozar una mujer bandera.

—No lo dudo —repuse, y en tanto hablaba el forastero se despertó.

—No está bien que lo diga —murmuró—, pero tiene razón: pechos como los suyos no los encontrará en Toledo, ni otra que le enderece el gusanillo tantas veces y en tan poco tiempo.

—¿Y quién es vuesa merced para hablar así?

—Soy su marido —respondió sonriente—, y quede claro que no me guía otro interés que su bien.

—Y el dinero.

—¿Qué hay de malo en ello? Los pobres siempre vivieron de los ricos.

—Es que yo no soy rico.

—Eso depende. Las buenas fortunas solo sirven en este mundo para hacer buenas obras. ¿Y qué obra mejor que darle gusto al cuerpo?

Y una vez dicho esto desapareció, subiendo presto al carro siguiente. Yo, viendo la ocasión propicia, pregunté:

—¿De verdad es ese tu marido?

—Claro que lo es. —Y viéndome dudar, añadió—: Por fuerza; desde que el rey prohibió salir al tablado a las solteras. Llegamos a un acuerdo los dos y así para la vida soy libre; en el teatro, en cambio, estoy casada.

—No es mal arreglo —contesté echándole los brazos al cuello—. Vamos a ver si cumples como dices.

Pero ella se hizo a un lado, huyendo en la penumbra del carro, y añadió:

—Mejor a la vuelta, cuando los dos tengamos los negocios arreglados.

—Tú mandas, Cristinica.

Bien se veía que había cambiado. Ya no era aquella que se metía como jugando entre las sábanas. Ahora, seguramente, calculaba cuánto podía sacar al cuerpo, no solo en el tablado, sino luego de noche en el mesón.

A fin de cuentas si brincaba de día vestida para algunos no había razón que la impidiese mostrarse en cueros ante uno solo, a la noche.

Aunque insistí, no conseguí gran cosa, tan solo palparla un poco, comprobando que aquel bendito cuerpo seguía tan duro como antaño en el lecho, quedando en culminar mi hazaña más sosegadamente apenas volviéramos a Toledo.

Mejor le fue a mi amigo el vate, que se empeñó en acompañarnos para probar fortuna en los tabladros.

—He decidido salir de pobre —me explicó—, y como de poeta no veo porvenir pienso si no sería mejor hacerme autor de comedias.

—¿Tiene vuesa merced escrita alguna?

—Dos o tres entremeses me andan rondando la cabeza, pero el parto no llega. Tal vez en Illescas, más cerca del tablado, me resulte más fácil componerlas.

—Puede ser, y hasta quizá alguna se llegue a representar, pues, como no ignora, se acostumbran a estrenar antes en provincias que en Madrid, para ver cómo el público responde.

—Amén —me respondió—; he de estar bien atento a la primera ocasión, no me pille vacío la próxima oportunidad.

Y el amigo tanto insistió que, quizá por quitárselo de encima, le admitieron, si no como autor de entremeses, al menos como actor. Pusieron en sus manos tres o cuatro loas y otros tantos papeles de barba, y tras algún que otro tropiezo al empezar, pronto

escuchó los primeros vítores que le animaron, más aún, en su nuevo oficio. Mientras él devoraba montones de comedias buscando una inspiración que no acudía, yo discutía con tasadores y canónigos sobre si el arte es libre o no, si admite impuestos o por el contrario tiene razón el Consejo de Hacienda fallando a favor de mi padre.

Al fin pareció el pleito resuelto y de igual modo el de mi poeta que, tras emborronar cientos de pliegos, al fin decidió comenzar una comedia.

—Y siendo nuevo en tales lides, ¿se halla vuesa merced con fuerzas para una empresa de esa índole?

—¿Pues qué? —me respondió apartando de mí un holgado montón de manuscritos—. ¿No se copian los unos a los otros? Haré lo que todos: copiar.

Y me mostró un rimerero de páginas que aún le restaban por llenar.

Yo, las comedias se las daba a leer a Cristinica, que como buena cómica siempre decía «no está mal, no está mal», por si acaso se estrenaba alguna a la postre y había algún papel para ella; después se las pasaba a su medio marido, que repetía sus palabras y, por las mismas razones, su respuesta se parecía en todo, pues los cómicos nacen cortados por el mismo patrón.

Tal como el poeta imaginaba, al fin la comedia se estrenó, bien es verdad que sin pena ni gloria, mas a pesar de todo comenzaron a lloverle encargos, incluso para hacer villancicos destinados a colegios de monjas. Fue preciso que nos quedáramos allí más días de los que yo habría deseado, en parte por seguir a Cristinica y a la vez para tener a mi padre sosegado. Era necesario volver a Toledo cuanto antes a rendir cuentas sobre el asunto de la Aleábala, o al menos tranquilizarle haciéndole saber que el negocio ya estaba terminado. Mas cada vez que hablaba de volver, mi poeta y amigo reciente tenía en su lista un sacristán o un ciego dispuesto a pagar con esplendidez los versos que de otros autores copiaba cada noche.

—Solo un día y nos vamos. Espera.

Mas sus días eran tan largos que fue preciso obligarle a escoger.

—Mañana sin falta me voy —le dije.

Puso una cara que sin saber por qué me recordó a Tristán, y con voz triste respondió:

—Como quieras. Haré tu voluntad.

Despachó en una noche los encargos que aún le restaban por entregar y al día siguiente volvíamos a Toledo como reyes, yo con mis negocios arreglados y él con la bolsa más que mediada.

Allí me esperaba mi padre.

—Mucho has tardado esta vez —dijo.

—La espera valía la pena, padre.

Y cuando le hice saber que no tenía que pagar impuestos ni tributos, vi su rostro llenarse de callada emoción.

—El viaje no fue en balde —aceptó.

—Ni el viaje ni el final —respondí yo, en tanto Tristán se reía en su rincón.

Hasta mi madre, tan ajena siempre en los últimos tiempos, parecía satisfecha, dispuesta a tratar con los demás como tras un destierro duro y prolongado. Un nuevo interés por la vida se despertaba en ella tras la huida de Preboste, cuyo destino seguía siendo un misterio para todos.

Quien sabe qué tierra pisa es mi amigo el poeta, que no da un paso en balde, ni para de escribir, incluso para monjas, para las fiestas con que se divierten más allá de sus rejas. Les escribe villancicos, como aquel que empieza:

*Estaba el Divino Niño  
en un humilde pesebre  
y allí vienen a adorarle  
los Reyes Magos de Oriente.*

Sus nuevas clientes viven en un rico convento adornado con tapices y alfombras que Tristán no se cansa de admirar. Y tiene razón, a juzgar por el exterior debía de hallarse repleto de maravillas que él describe sin apartarse demasiado de la realidad.

—Según lo que dices —suspiraba Tristán—, ¡quién tuviera un lugar así para comer y holgar! Hasta un taller cabría en él para pintar a mi gusto.

Se le veía impaciente por levantar el vuelo, como los pájaros que, a fuerza de probar, acaban abandonando el nido. Solo cierta falta de seguridad que a veces poco tenía que ver con la pintura le mantenía aún atado a mi padre, quizá pensando que aún no había aprendido todo cuanto deseaba.

A ratos, se desesperaba. Para él contaba el oficio nada más, saber poner en su sitio los colores, el resto le importaba poco, de suerte que sus cuadros, cuando conseguía terminarlos, no le satisfacían, y menos a mi padre, que le aconsejaba seguir trabajando.

—¡Trabajar! —se lamentaba—. ¡Como si no hiciera otra cosa! ¿En qué creerá que pienso desde que a la mañana me levanto? Ni el más laborioso labrador se afana más que yo.

Ello era cierto en parte. Se olvidaba de sus correrías con mi amigo el vate, al que la superiora encargó incluso un madrigal. Tan contenta quedó de él que quiso conocer al autor en persona aunque fuera a través de la reja que separa a fieles y monjas. A la tal reja le llaman la «red» y el nombre está bien elegido, pues en esta quedan prendidos muchos galanes que gustan de las tocas. Nada más verse, quedaron prendados el uno del otro, y olvidando el debido recato, cada visita se convirtió en un surtido de regalos para la priora en los que mi amigo el vate gastaba gran parte de su modesto capital.

—Pero, dime, ¿qué especie de pasión te acometió?

—La más grande de mi vida; por mi priora daría la vida si fuera preciso.

—Y tu priora, a cambio, ¿qué te da?

—Promesas y suspiros.

Un día y otro acudía a verla, incluso llegó a hacerse amigo de la hermana portera.

Tanto y tanto insistió con bolsas de confites, membrillos y almendras, que al fin aquel perro guardián acabó convertido en ángel tutelar de su amor.

De acuerdo con la superiora quedó en franquear una tarde la puerta trasera, que daba al huerto. Ella estaría atenta para llamar a la priora a cambio de un frasco de grosella.

Dicho y hecho; mi amigo se vistió de caballero con el traje que uno de los galanes llevaba para las comedias y a la caída de la tarde se presentó a la portera.

—Mucha prisa traéis.

—Aquí me tiene a la hora que acordamos.

—Adelante. La persona que busca su merced ha de estar en el huerto. Al menos esta es la hora de su paseo antes de la cena.

Escondió entre los pliegues del hábito su frasco de grosella y corrió a sus espaldas el pesado cerrojo de la puerta.

Mi amigo lanzó una mirada en torno y se abrió paso entre hortalizas y manzanos. Lejos cantaba un ruiseñor y un grupo de monjas arremangadas hasta el codo hacían piña alrededor de otra que leía una vida de santo. Otras lavaban o tendían la ropa. De improviso, mi amigo descubrió al pie de una mata de rosales a la señora de sus pensamientos. Se acercó a ella dándose a conocer, y al pronto no supo de qué humor le recibía, pues ella cubría su rostro con un tupido y negro velo.

—¡Jesús! ¿Cómo llegasteis aquí?

—El destino guio mis pasos.

—¿Y qué destiño es ese que os trae hasta un convento de clausura?

—El mismo que me llevó hasta la red tantos días con la esperanza de escucharos.

—Si os conformáis con eso, olvidáis en parte la regla de esta comunidad.

—Si no hay otra esperanza, puedo volver en otra ocasión, mas os advierto que he de insistir hasta conseguir la mejor fruta de este bendito huerto.

La priora no respondió, pero bien se veía que las palabras la halagaban.

—Bien a las claras —respondió— se nota vuestra condición de poeta, pero no es esta la mejor ocasión para charlar del cielo o el infierno. —Con un ademán señaló a las hermanas que tendían la ropa—. Pero si es cierta la pasión que según parece sentís por mí, tomad una noche cualquiera que yo estaré alerta para recibirlos.

—¿Seríais capaz de dejarme marchar de vacío, sin tocaros un pelo de la ropa?

—Ver nada más, como premio a tanto desvelo. Del resto trataremos más adelante.

Y diciendo esto tomó la punta de su velo y, poco a poco, lo fue alzando hasta mostrar su cara a la luz. Al verla mi amigo a punto estuvo de perder el seso. Donde se imaginaba unos ojos oscuros y brillantes, tan solo descubrió carbones apagados; su boca no era fruta carnosa sino reseca y despojada de dientes, y sus cejas dos negros arcos de iglesia unidos sobre la nariz. Comprendió la razón de preferir verse a última hora del día, pues las otras sacan a flote todas aquellas faltas que un demonio engendró en el vientre de su madre.

«Necio de mí —se dijo mi amigo—. Solo vi su rostro en la iglesia, en la

penumbra tras la reja, más allá de la cual todas las tocas son blancas y los gatos pardos.»

De modo que se despidió lo más a prisa que pudo maldiciendo su suerte sin detenerse hasta ganar la salida, donde ya le esperaba la portera.

—¿Qué tal le fue? —le preguntó.

—Ni bien ni mal, como el tiempo, hermana.

—Otro día será.

—Sí —respondió—, el del Juicio.

Yya en la calle escuchó a sus espaldas:

—La próxima vez, tampoco olvide el frasco de grosella.

—Puede esperar, hermana. Tómeselo con calma que solo los necios tropiezan dos veces en la misma piedra.

## EL GRIEGO

DIJO VERDAD QUIEN AFIRMÓ que en llegando a cierta edad la pasión y el oficio parece que renacen en el hombre. Así los pintores con los años, olvidados de cuanto nos rodea, nos entregamos a nuestras fantasías y sueños sobre todo. Los jóvenes tienen más respeto; a los viejos no nos importa lo que digan otros, como este Francisco Pacheco, a quien he tenido que soportar toda una tarde por culpa de un libro que está haciendo. Dice de mí que mis figuras poco tienen que ver con la realidad. Yo le respondo que están pintadas así adrede, pues esa realidad ¿dónde se halla?, ¿cómo se ve? ¿De qué modo se toca? También afirma que los cuerpos de mis cuadros parecen quebrarse de puro sutiles. Yo le contesto que no son cuerpos como él supone, sino espíritus, y por lo tanto ajenos al mundo de los vivos.

Ahora me gusta el gris, ese tono que alumbra mi interior cuando cierro los ojos, y los violentos contrastes que perduran al caer la tarde. Nada me placaría más que fundir en mi crisol particular fondo y forma, luz y tinieblas, dibujo y colores. Es verdad que tales obras espantan a los fieles, y más aún a los clientes, cuyos encargos ahora no abundan como antes, pero ¿qué importa? Con tal de que mis telas sientan como yo siento, el resto lo perdono.

De la gente que solía visitarme y a cuyas residencias yo acudía, van quedando pocos: don Diego de Castilla, cuyo mecenazgo la muerte truncó; Covarrubias, que me protegió, entendiéndome a pesar de mi mal castellano; Rodrigo de la Fuente, el más famoso médico de la ciudad que me pidió le hiciera su retrato, o Pedro Salvador Mendoza, pilar importante de la Universidad. Unos y otros hablaron de mí en otras ciudades; ahora se hallan en suntuosos panteones o arrastran una vida de vagas soledades como la que soporto yo. Por ello llama la atención esta figura tan compuesta por fuera y dentro que me visita hoy. Mal oficio para un pintor escribir sobre pintores, sobre todo cuando defiende a Miguel Ángel, al que asegura que yo desdeñé en Roma. No entiende que para mí, como para los florentinos, la pintura es sobre todo color antes que dibujo mismo, aunque siempre tuve admiración por él.

—Incluso le siguió en sus obras —me corta como pillándome en falta grave.

—Es cierto —le respondo—, sobre todo al principio. ¿No conoce vucencia mi *Trinidad*?

—Solo de oído, pero prometo verla.

—En ella está lo que le debo, que no es mucho si se compara con la influencia de otros.

—¿De quién?

Este pintor frustrado, alevín de crítico, solo sabe decir lo que a otros oye, aunque aparenta escuchar con atención. Ganas dan de preguntarle quién firmará su libro, si él o los pintores a los que visitó con tanto interés. No se inmuta, aunque me vea a punto de bostezar. Por el contrario, insiste:

—¿Qué es más difícil, el dibujo o el color? En ambos yo reconozco a Miguel Ángel como padre de la pintura.

—Era un buen hombre —le respondo—, un maestro con el lápiz, mas los colores se le resistían. —Y ante el gesto grave de su rostro añadido—: Solo hay dos formas de pintar: la primera es fruto del arte y ejercicio, igual que si se tratara de una ciencia; la segunda sin regla alguna, trabajando para el goce de uno mismo.

—Pero Aristóteles aseguró lo contrario.

—¿Y qué se me da a mí de Aristóteles ni de todos los griegos juntos? Tan griego soy yo como él, y aseguro que mis pinturas no son crueles como dicen, ni producto de defecto alguno. Mis ojos y mi mente bien normales son.

Pacheco ha quedado mudo quizá recordando sus propios cuadros tan blandos que para borrarlos bastaría la luz de un candil.

—Os gusta que vuestras figuras parezcan valientes.

—No lo parecen, lo son. Valentía es ver la luz y el color a través de los ojos sin cuidarse de normas o cánones, ensayar siempre, buscar nuevos caminos día tras día. ¿Ha visto alguno de mis retratos?

—Tres o cuatro de médicos y nobles.

—Pues en ellos no hay borrones ni colores crueles. Son como son los que los encargaron y aún más, porque detrás de todos estoy yo.

—Según ello, en la pintura sois el mismo que Dios.

—Después de Ticiano, a más altura que cualquier veneciano.

—¿Y no piensa que eso es falta de modestia?

—No me precio de serlo, me precio de pintor.

—Por tal os tengo yo: entre los mejores.

Ni siquiera le he contestado; de buena gana le hubiera indicado la salida, pero él insiste:

—Además aseguran que nunca retrata a pobres. Que incluso desprecia el dinero.

—Así es: antes quiero vivir mísero que vulgar.

—Se os tacha de extravagante, de no tener discípulos, ¿por qué?

—Es mejor preguntárselo a ellos. Además tengo a mi hijo.

—Mas parece que prefiere ser arquitecto.

Jorge Manuel ha sacado de la alacena donde guardo copias de mis cuadros unos cuantos lienzos pequeños que parecen haberle complacido. Después le ha acompañado hasta la puerta y, viéndole marchar, me he preguntado si este Pacheco tratadista será tan malo como el Pacheco pintor, si habrá entendido algo. Luego y a toda prisa, maldiciendo el tiempo perdido, he salido yo también, camino de mi trabajo.

Es diciembre y hoy se celebran los funerales de Manusso, pasado a mejor vida, sin conseguir para sus cautivos otra cosa que palabras y oraciones, pero ningún dinero con que pagar su rescate impuesto por los turcos. No ha vuelto a ver la patria, como tantos otros compatriotas nuestros que murieron poniendo en manos de amigos

el conseguir que los turcos liberaran a sus hijos, mujeres y parientes. Manusso al menos tuvo a Jorge Manuel, con el que conversaba de las artes; a Jerónima, a la que describía Italia y sus ciudades; a Tristán, que alegraba sus horas con sus bromas, y ahora a mí, que debo correr con los gastos de su entierro.

Tampoco para mí ha pasado el tiempo en balde; lo noto en mis achaques. Cuando muera, Jorge y su madre heredarán lo poco que podré dejarles. En lo tocante a mi hermano Manusso, su entierro y funerales, sería inútil pedir prestado dinero a nuestros compatriotas instalados aquí. Forman un círculo cerrado que pocas veces visité y que se dedica al comercio, negando su dinero si no tienen la seguridad de que se les ha de devolver multiplicado. A pesar de ello están en lugar bien visible con sus semblantes hipócritas, en la cabecera del entierro.

Mientras cavan la fosa no dejo de pensar en mi hermano; luego el rumor monótono del viento parece alzar su alma camino de los cielos. Los que en vida le negaron su ayuda en su misión de rescatar cautivos, asisten indiferentes: de todos modos le recordarán porque se necesita caridad y corazón a prueba para, a su edad, haberse dedicado a tal misión en Toledo. En toda nuestra familia corre una vena oculta que nos empuja a seguir caminos que los demás no intentan. Tampoco a mí me entienden y sin embargo mi luz está siempre en mis ojos alerta. Ahora mi hermano duerme bajo una losa que dice simplemente: «Manuel el Griego», y que mandé labrar a uno que a ello se dedica. Este me ha preguntado:

—¿No será vuesa merced por ventura ese famoso Griego del que tanto se habla aquí en Toledo?

—Por tal me tengo.

—¿Tenéis un hijo?

Asiento con un gesto, y me recomienda:

—Cuidad de él. A su edad mejor duerme en casa que en la de Venus. Según parece, no pasa noche sin que le tengan de cliente.

Volviendo a casa he preguntado a Jerónima:

—Jorge Manuel ¿no tenía compromiso de boda?

—Eso asegura.

—Pues habrá que obligarle a que cumpla si es que no se decide.

—Háblale tú. Sabes de sobra quién manda en esta casa.

Nunca quise meterme en su vida, mas la suerte vino a ayudarme. Cierta noche en que leía, Jorge Manuel debió de ver la luz encendida y entró.

—¿Aún está despierto?

—Se me fue el sueño.

—¿Por culpa de la Aleábala? Duerma tranquilo, por ese lado no tiene que temer.

Era fácil decir «no tema», más difícil conciliar el sueño. A pesar de las palabras de Jorge Manuel, el trabajo de Illescas me lo arrebató como los tasadores nombrados por el hospital. El valor en ducados que calcularon era, más que un pago, una ofensa, y fue preciso recurrir a la Cancillería Real. En aquella ocasión me

abandonó el valor. Acepté el precio que se me ofrecía y aprendí a no meterme en nuevos pleitos.

Desde entonces mi economía comenzó a torcerse. Necesitaba demasiados clientes para mantener en pie el taller y dinero con que comprar materiales. Fue preciso pedir prestado a amigos, pagándoles en parte con los adelantos de los encargos siguientes, hasta quedar metido en un trabajo angustioso y monótono.

Todo ello bien lo sabía Jorge, como quizá la pregunta que ahora latía en mí y que al día siguiente le hice tras mucho meditar:

—¿Qué ha sido de esa muchacha con la que pensabas casarte?

—Todo sigue tal como estaba.

—¿Nunca hablasteis de boda?

—Alguna vez.

—Con tu experiencia y conocimientos de arquitectura bien podrías salir adelante.

Calla y suspira; a pesar de sus aventuras, el asunto de su boda le place. Así somos los hombres, a un tiempo crueles y cobardes.

—Mejor te casas por la Iglesia, como buen cristiano. Sentarás la cabeza y no tendrás que buscar en la casa de Venus lo que en la tuya tienes.

—Lo pensaré. No es cosa que se decida en un día.

—Es cierto; pero el tiempo escapa sin pensar. Una mañana te despiertas y eres un hombre ya; se acabaron las fiestas y rondas, el acostarse de madrugada y despertar con el sol en la cara, con el cuerpo roto por falta de sueño.

—Bien lo sé, padre.

—Entonces determínate de una vez.

Jorge Manuel calla; seguramente piensa que yo no me casé, aunque fueran otras las circunstancias que nunca le aclaré. Él no se atrevió a preguntarlas. Mejor así, pues no creo que las hubiera entendido como las comprenden los del Cigarral, y es que cada cual procede a su manera, no como los demás quisieran, sino tal como es.

## JORGE MANUEL

ADIÓS, CRISTINA, CRISTINICA, ME VOY sin que tú tengas culpa alguna en esta boda, sino mi padre. Cada noche te recordaré cuando empujabas la puerta del mesón y en la penumbra quedabas solo con el corpiño y los calzones. Lo hacías sin malicia, acostumbrada por el trato continuo con los hombres, lo mismo que en el comedor me mostrabas tus brazos blandos en apariencia, pero duros en torno a mi cintura como troncos de roble. ¿Qué será de ti con tu medio marido que tan bien te administra, a cuyo lado comes, que te vende a recuas de mozos, de correos sudorosos y rústicos peones? Un batallón completo despacharías tú en una noche entre baile y baile, en el mesón, en la calle o en los caminos de los velados montes. Por ello tu hombre te seguirá vendiendo hasta que la muerte te borre.

Pobre Cristina, Cristinica, conmigo al menos no corrías tales riesgos; yo velaba por ti, te daba cuanto me pedías: encajes de Flandes, cintas para tu pelo hermoso, sayas para tus piernas. Conmigo lucías tus pechos de plata tan helados por fuera como ardientes por dentro, tan tranquilos de día como altivos de noche, duros cuando se los toca. ¿Qué será de tu vientre tan suave como terciopelo, de tu negro mechón crispado entre los muslos siempre de amor sedientos? ¿Qué labios rozarán tus labios? ¿Qué llama tocará la otra llama de carne de tu boca? Otros brazos ceñirán tu cuerpo ahora, tu cintura tan breve con su redondo ojal en el centro, tus caderas, colinas sin una sola arruga, acariciadas por la brisa de mi aliento. Todo ello en ti encontré, pero en tan poco tiempo que lo echo más en falta en días como estos. Dulce eras como fruta madura, bulliciosa y rendida en nuestra sed de amor. Fuiste mi paraíso, Cristinica, mi recreo y consuelo y hasta mi salvación, pues me salvaste de tantas como conocí y aceptaste mi marcha sin lágrimas y sin un solo gesto de reproche. Tal vez la ocasión me lleva a recordarte no como fuiste, sino como quise que fueras; puede que no sea capaz de recordarte sin poner de mi parte las virtudes que soñé en ti, pero yo te aseguro que no pasa noche sin que te sienta dentro de mí como una dulce lluvia caída sobre la tierra atormentada.

Cristinica, donde quiera que estés, donde quiera que te halles, no importa. Tampoco que me maldigas mientras gozas con otro. Perdona y acuérdate alguna vez de mí. No pienses que me voy porque me sienta mejor junto a otra; no huyo por interés o ambición, pues mi único deseo es tenerte por amiga fuera y dentro del lecho. Si algún día nos vemos, no reniegues de mí, lánzame una sonrisa o una mirada como recuerdo de nuestros buenos tiempos.

## EL GRIEGO

ASÍ FUIMOS DE BODA. Allí estaba la que iba a ser la mujer de mi hijo junto a su padre, pensando como siempre en el dinero, tasando cuanto la mirada le ponía a tiro. Allí, en aquel pintor frustrado capaz de venderse al que más le ofreciera, se hallaba mi destino. Tal vez ahora, siendo parientes, mis negocios cambiaran, al menos para nuestros hijos cuando la muerte me lleve. Él, por tasar, pondría precio al diablo si en el infierno hubiera un juicio acerca del valor de las almas. Y en el cielo, donde no creo que pise, a buen seguro será capaz de valorar los despojos de Cristo. Raro afán este de medrar en lo material viviendo como vive rodeado de pintores. A ratos me recuerda a aquel otro que me visitó con vistas a escribir un libro, pintor fracasado también, incapaz de entender nada de lo que le dije, pero tomando nota de todo puntualmente como tratando de pasar a la posteridad no por su propia obra, sino por el trabajo de los otros.

Junto a Jorge Manuel se halla Jerónima, que llora como suele ser de rigor en estos casos. A veces sus manos buscan el pañuelo y al secarse los ojos me recuerda a tantas otras Jerónimas que pinté tomándola de modelo. Es natural que llore. Con el hijo se le va parte de su vida, aunque quedan María y Tristán, quien, al paso que va, cualquier día alzará su vuelo. Los demás son solamente amigos míos a los que recurrimos más de lo que desearía, solicitándoles un préstamo, algún canónigo de la catedral y conocidos de diversa fortuna y condición habituales de los famosos cigarrales. Aunque no piense demasiado en ellos, ellos piensan en mí, los unos para bien, los otros para mal, tal como cuadra a quien no sabe separar la paja del grano. Aunque ciertos conocimientos no les faltan, sus opiniones siguen el curso de las modas que, como el río, nacen, crecen y a veces, sin saber por qué, vuelven al punto de partida. Sin embargo, sabios o torpes, es preciso contar con ellos, escuchar impasible sus razones para olvidarlas luego y volver al taller, dispuesto a aprender en la misma pintura la esencia más importante de mi arte.

Allí mis libros son mi refugio principal a pesar de que el paso de los años haya robado luz a mis ojos, que solo se animan a la hora del trabajo. En torno mío están mis autores preferidos, los filósofos griegos y algún que otro cristiano. En ellos está Homero, tan afín a mí, la ironía de Luciano y el ardor de los Santos Padres junto a Torcuata Tasso. Es mi mejor compañía en la penuria intelectual de esta ciudad, antigua fortaleza a orillas del Tajo.

Pienso en Jorge Manuel, que pronto me remplazará en mis obras, no solo como fiador sino como amanuense, y la influencia que tendrá en él su nuevo estado, en si el matrimonio le ayudará a sentar la cabeza.

Los amigos del tasador y algún que otro pintor de la villa miran en tomo quizá pensando unos en copiar alguna de las imágenes que aparecen en los altares y otros calculando el valor de los oscuros retablos. Yo, en cambio, no puedo apartar los ojos

de la joven pareja que, de rodillas sobre el terciopelo de sus reclinitorios, se une para siempre, para días mezquinos y jornadas alegres.

Nunca entendí la palabra «siempre», la eternidad de un infierno o de una gloria colocada al alcance de los fieles a lo largo de infinitos sermones. ¿Dónde está esa tan temida eternidad? ¿Cómo se vive en ella? ¿Cómo se goza? ¿Qué flujo la mantiene? Pues si somos mortales y alguna vez tendremos que rendimos a la evidencia de tal circunstancia, resulta difícil imaginar esa famosa eternidad que un día ha de mezclar buenas y malas gentes, peones y nobles. Eterno quiere decir perpetuo, de modo que nos perpetuamos en nuestros hijos y obras, en mi pintura, en mis tallas y edificios donde Jorge me remplazará, y también en jornadas como esta que comienza con la firma en la sacristía de los testigos principales.

Es raro y llama mi atención, aunque yo no fuera el primero en descubrirlo, que según los años pasan y se camina hacia el final de la vida, se vuelve a ser niño en jornadas que nunca se borraron del todo y que ahora, a pesar del tiempo transcurrido, se nos vuelven confusas y borrosas. Es siempre como este río Tajo que ciñe la ciudad, que la envuelve de modo que las aguas que la abandonan acaban fundiéndose con las recién llegadas más allá. Así somos los hombres, todos unidos, dependiendo los unos de los otros, flotando en un vacío irredento que solo la fe es capaz de llenar a costa de sacrificios y oraciones. Al menos eso defendimos en Trento: las imágenes de santos que me dan de comer, la penitencia que apenas cuenta para la gran familia protestante, la caridad y la obediencia que aparecen en mis cuadros disfrazadas de mártires y santos, frente a una Iglesia sin fe ni Vírgenes, ni imágenes en los altares.

Todo eso y mucho más se halla aquí en esta capilla que yo mismo decoré y en la que Jorge colaboró por primera vez. Está también la novia melancólica y medrosa que tal vez se transforme en altiva y dominante, tal como suele suceder a todas tras celebrar la boda.

Ha venido también alguno de mis compatriotas con los que, según dije, vuelvo a la infancia cuando me visitan y hablamos en nuestra lengua de nuestro cielo eternamente azul y el suave mar que baña nuestras costas. Todo está aquí, en la penumbra que rodea el nuevo matrimonio, en los muros cargados de reliquias, y fuera en el patio donde el sol del reloj marca las horas, la primera de las cuales hiere, en tanto la postrera inmola.

## EL CIGARRAL

AQUELLA TARDE EL CANÓNIGO TARDÓ en llegar más de lo que acostumbraba. Venía sudoroso, con un temblor de manos que a duras penas trataba de disimular. No quiso aceptar su refresco habitual y apenas escuchó la discusión iniciada antes de su llegada.

—Si no se pone freno a tales desmanes —decía el dueño de la casa—, Toledo entera acabará convertida en lupanar, y no solo por culpa de los seglares, pues los clérigos mismos son cada día más procaces.

—A fin de cuentas —rio el de Burgos— todos nacieron de la misma madre. En el mismo corazón de la Corte oí decir de un eclesiástico al que la justicia sorprendió en el aposento de una mujer casada. Sus compañeros le encerraron en un calabozo de la comunidad pero él logró escaparse tiznándose el rostro de modo que cuantos le vieron en el convento y en la calle le tomaron por el mismo demonio.

—¡Curioso desenlace! —exclamó el canónigo.

—El desenlace verdadero fue bastante mejor, pues más tarde se ha sabido que el marido de la adúltera hacía la vista gorda a cambio de dinero, por lo que fueron desterrados todos. De estos sucesos ocurren tantos cada día en Madrid y provincias que anda la Iglesia toda revuelta y dividida.

—El Señor sabe lo que hace —medió el deán, silencioso hasta entonces—. No mide todos los pecados por el mismo rasero. El castigo no puede ser idéntico para seglares y eclesiásticos.

—Eso depende también de cómo sea el delito y solo en casos generales. El ejemplo es el mejor freno cuando se falta tanto como hoy a la moral.

—Sin embargo, como su merced sabe, los pecados contra el Espíritu Santo siguen sin perdonarse.

—Es verdad; mas según mi entender los hay peores.

—¿Cuáles?

—Por ejemplo, el de la ingratitud.

—Esa es falta que conocemos bien los españoles —murmuró el de Burgos—. No hay otra más corriente.

—¿A quién se lo dicen? —se lamentó el canónigo—. A estas alturas, tras servir a la Iglesia durante más de veinte años con toda devoción, me acaban de enviar un oficio según el cual he de girar visita a la provincia. He de tener los ojos bien abiertos para descubrir supersticiones y en general restablecer la disciplina.

—¿A su edad? —preguntó extrañado el deán.

—Tampoco es tan mala canonjía —comentó el dueño de la casa—. Muchos a sus años se han hecho confidentes de la Inquisición.

Con esto el canónigo se despedía para su largo viaje.

—No será tanto —trató de animarle el dueño de la casa—. Seguro que para la

primavera otra vez le tenemos entre nosotros.

—Mucho me temo que ni para la primavera ni para el otoño. A nuestra edad no se deben hacer proyectos para tan largo plazo, sobre todo en los tiempos que corremos.

En cierto modo era verdad; quién más quién menos comprendía que la tertulia del Cigarral estaba a punto de desaparecer. Aparte del canónigo y su viaje que tanto le afligía, el de Burgos volvía a su ciudad, en donde le reclamaban asuntos varios.

—En lo que a mí se refiere —comentó—, se acabaron las charlas en el Cigarral. Es inútil intentar arreglar el país hablando de lo divino y de lo humano.

El último en salir aquella tarde fue el deán que, como siempre, tras esperar a que los otros desaparecieran, encaminó sus pasos hacia la casa de Inés, que ya debía de estar esperando.

La ciudad iba quedando a su espalda encendida en cien reflejos diminutos, señalando plazas o escondidas vaguadas. La catedral, como cada tarde, anunciaba el ocaso, en tanto las postreras recuas de mulas subían lentamente animadas por los gritos del arriero, tratando de vencer la cuesta, esquivando senderos de guijarros. La voz del río se alzaba desde su cauce angosto. La penumbra de la vega llenaba el corazón del deán de una velada melancolía. El rumor del agua le llegaba muy dentro, haciéndole participar de la vida y la muerte de Toledo. Amores, soberbia, amigos se mezclaban en él recordándole su pecado, esperando impaciente en la orilla frontera.

Aquel Toledo que adivinaba en la noche, bajo la luz creciente de la luna, algún día acabaría anegado, barrido por su propio porvenir. Todo ello: Inés y su espera, los olivos, las gentes maliciosas, los juicios y las críticas, tendrían su final para nunca más resucitar. Al deán los nuevos tiempos no le placían; algo cambiaba en el país, en Toledo, cuyo nuevo perfil y carácter no volvería a ser el mismo.

¿Qué quedaría de todas aquellas iglesias, ya en la oscuridad; de las capillas en ruinas, de sus enhiestos cipreses?

Era inútil atormentarse calculando cómo podría haber sido su vida de no haber conocido a su amiga, cuyos ojos y voz venían a su memoria tantas veces a lo largo del día. Se dijo que lo mejor de sus días estaba allá en el Cigarral, entre sus cuatro amigos, escuchando las horas que señalaba la voz de la catedral, o en el de Inés, a quien había conocido en el confesonario de la catedral. No quedó sorprendido cuando supo que aquella mujer viuda desde tiempo atrás, deseaba un consejero espiritual. Acostumbrado a guiar almas, aceptó sin darse cuenta de la celada que el destino le tendía. Fue el cántaro muchas veces a la fuente, mas no para acabar quebrado, sino rebosante de pasión que ninguno de los dos amantes fue capaz de frenar. El deán, sobre todo, se prometía en el lecho cada noche no seguir adelante, luchar por no pecar pero, en naciendo la mañana, sus buenos propósitos se transformaban en deseo que siempre apuntaba al escondido cigarral. No fue capaz de apagarlo en su lecho, abierto a su amor estremecido. El tiempo le enseñó modos distintos de ser los dos el mismo, sollozando en blandos paraísos recónditos.

Así fueron ganando en saber lo que en pasión con los años perdían, hasta que

cierto día su ciencia no bastó, contentándose con recordar tan solo los oscuros laberintos que sus cuerpos en tiempos unieron. Ahora, de todo aquello solo quedaba en su memoria el recuerdo de su pecado y de un tiempo ganado y perdido.

En ocasiones paseaban por aquel jardín entre olor a albaricoques, mas cuando el cielo amenazaba lluvia o los vientos azotaban la colina, preferían quedarse en el salón que dominaba la vega a contemplar la noche cayendo sobre las calles de Toledo.

—¿Tienes frío? ¿Avivo el fuego? —solía preguntar Inés, viéndole mecerse en tanto miraba el horizonte en silencio.

—No; estoy bien.

Mas ella echaba un par de troncos en la chimenea convirtiéndola en un mar de chispas fugaces. Luego, de nuevo se volvía hasta el deán y, acercando los labios a sus oídos, repetía a media voz:

—Di la verdad. ¿No tienes algún mal?

—Mi único mal son los años.

—Siempre dices lo mismo; otros con más no los recuerdan tanto, salvo si están enfermos. Tú estás sano, gracias a Dios, ¿qué más quieres? Piensa en cosas alegres.

—En ti, por ejemplo.

—O en tu hijo. ¿Cuándo vuelve?

—Vendrá a pasar las Navidades a casa. Así lo ha prometido.

—¿Tuviste carta de él?

—Un amigo trajo recado suyo. Dice que no tardará.

—Vendrá cambiado.

—Tenlo por seguro. El tiempo no pasa en vano, y menos en París o Roma, esa Europa que ahora conmueve la furia de los protestantes. Hace bien el Santo Padre condenándola.

—¿Y nuestro rey?

—Él seguirá su ejemplo.

—¿Es cierto que tienen desnudas sus iglesias?

—¿Quiénes? ¿Los seguidores de Lutero? Es verdad. No hay en ellas ni una sola imagen.

—Parecerán mahometanos.

—En cierto modo sí, y es curioso; en el fondo todas las iglesias del mundo se parecen, somos nosotros, los que pertenecemos a cada una, quienes luchamos por prevalecer, por imponer si es posible la nuestra.

—¿Y eso a qué se debe?

—Al pecado original por el que fuimos expulsados del paraíso. Desde el día en que salimos de aquel jardín, cada cual aceptó diversas creencias. Incluso se llegó a diferenciar en distintas lenguas.

—Según parece, las cosas no marchan como se podría desear.

El deán contempló a sus pies la sombra de los olivos que llegaban hasta el río.

—No estamos en una edad de oro, no; al menos en lo que a la Iglesia se refiere. A

ello alude nuestro gran fray Luis de León cuando dice aquello de:

*Qué descansada vida  
la que huye del mundanal ruido.*

Aquí, por el contrario, la mayor parte del tiempo se va en medros o intrigas, cuando no en sucesos más sangrientos. Hace días, sin ir más lejos, le dieron un par de estocadas a un canónigo de la catedral. Dicen que ha muerto.

—¿Tan graves fueron?

—Tanto como el negocio que las motivó.

—Asunto de mujeres.

—De jerarquía. Por ocupar su sitio en el coro alguien pagó a dos esbirros que le dejaron el cuerpo cual digan dueñas. Mejor cerrar ojos y oídos y ponerse un candado en la boca, siendo así ciego y mudo.

## JERÓNIMA

EL PRIMER AVISO DE SU MAL le llegó mientras comía; apartó el plato de sí y quedó inmóvil, asustado. Más tarde quiso levantarse pero las fuerzas le fallaban y le fue preciso esperar unos instantes para probar si su energía tomaba. Mas su vigor no volvió y desistió de moverse, esperando que alguien le ayudara. Resultó penoso ver sus ojos, de joven tan sabios y atentos, convertidos en ceniza, lo mismo que sus manos gastadas de tanto trabajo. Permaneció inmóvil aferrado a los brazos de la silla de tal modo que creí que de aquel mal paso no salía. Sin embargo volvía a mi memoria el tono profundo de su voz, sus brazos como tallos de roble y sobre todo sus ojos cuya luz entraba en mí cuando los dos unidos, mano sobre mano, veíamos ponerse el sol a orillas de nuestro río. Ahora, tantos lienzos, encargos, decepciones, se reflejaban en su rostro ceniciento, en su sonoro respirar que parecía arrebatarse el alma.

Un día el calor volvió y la criada tuvo que buscar un médico discreto.

—No marcha mal —dijo este tras examinarle—. ¿Ha tenido antes algún ahogo parecido?

—Que yo recuerde, no.

—Tal vez solo haya sido una mala digestión.

—Lo mismo creo yo —respondí.

—Es preciso obligarle a llevar una vida más reposada a fin de que este percance no se repita.

El médico no le conocía; aun en el lecho de muerte pediría un lienzo para trabajar. Su vocación era más fuerte que él; crecía con los años. Ya desde tiempos atrás, los que le rodeábamos poco contábamos. Recuerdo que una mañana, con el sol anunciando ya la primavera, sabiéndole a solas como de costumbre, empujé la puerta de su estudio. Al punto no le vi, pues estaban las ventanas cerradas y las cortinas corridas. Poco a poco mis ojos se acostumbraron a la oscuridad; entonces le descubrí sentado en un sillón con la diestra sobre los ojos.

—¿Qué haces ahí? —le pregunté.

—Pensaba.

—¿En qué?

—En nada especial.

Seguramente solo él era capaz de alumbrar su soledad que tan celosamente defendía. Puede que en los ojos de sus santos se hallara también lo mismo que en los desnudos que al final de su vida empezaba a pintar.

A pesar de sus achaques, han venido a encargarle nuevas imágenes. Menos mal que Jorge Manuel le ayuda.

Apenas duerme. Ha de tener presente en sus sueños no las deudas que cada día se amontonan sino esos cuadros que hace ahora, como si se tratara de su testamento, sus

santos como sarmientos apuntando al cielo, su san Sebastián con el torso tan bello, acribillado de saetas, o la adoración de los pastores, que tanto trabajo le costó. El mismo Tristán, que tan bien conoce sus obras, deja pasar las horas atento a su trabajo, intentando entender no solo el valor de cada mancha, sino también dónde nace tal furia de colores.

Jorge Manuel no pensaba en ello, mas el tiempo no pasa en balde, da sentido a las cosas y coloca a cada cual en su lugar adecuado. Apenas emborronó un par de lienzos, comprendió que estaba equivocado; por ello acabó de decidirse a ser arquitecto siguiendo los consejos de Doménico. Aunque le ayuda en lo que puede y toma el pincel a menudo, le placen más los grandes edificios, y algunos días pasa sus horas en el taller cubriendo papeles de líneas y planos, multiplicando y dividiendo, dudando cómo será un convento, un crucero, un dintel.

A ratos los oigo discutir desde la cocina, cuando hijo y padre no siempre están de acuerdo. A Doménico apenas le preocupan las visitas; tan solo les hace caso si traen algún dinero o un nuevo contrato.

—Al paso que vamos —se lamenta un hidalgo que ha venido a hacerse un retrato— todos acabaremos en la Corte. Toledo no solo se vacía, sino que van quedando solo las casas que nadie quiere tampoco alquilar. Y en lo que a mí se refiere, no habría impedimento alguno. Mis tierras bien pueden quedar muertas y, respecto a mi mujer y a mis hijos, no hablan de otra cosa que no sea marchar a Madrid.

—Madrid no es gran cosa.

—Pero allí está el rey, la nobleza y la diplomacia. Quien quiera llegar a ser algo en España, no tiene otro remedio que acercarse a ese mezquino Manzanares que arrastra más cieno que agua.

—Pues no falta quien lo proclame tan importante como el Tajo.

—¿Como el Tajo? Se me antoja ridículo.

—Me parece que en ello nunca opinaremos lo mismo.

—Al menos coincidimos en cuestiones de arte, que es mejor camino para llegar a entenderse gentes y naciones.

## JORGE MANUEL

EL DÍA DEL CORPUS mi padre ha dicho:

—Vamos a ver la Custodia.

Ahí viene la joya entre el bullicio de la gente, envuelta en nubes de incienso. Pesa cerca de veinte arrobas, y tiene tantas ojivas y columnas que su autor tuvo que escribir una guía para encajar sus piezas cada vez que es preciso limpiarla. Tiene razón mi padre, no hay sino ver los rostros de los toledanos para entender que sus corazones van en ella. Las mujeres la cubren de flores y los hombres rezan sin sentir el calor ni la sed.

Alfonsa, mi mujer, la ve pasar extasiada, mi padre no dice nada. Apoyándose en mí, se acerca a la sacristía y busca un cuadro que entre otros cuelga sobre el muro.

—Es de un flamenco que estuvo algún tiempo en Italia; no parece gran cosa.

Hay en sus palabras cierta melancolía que me hace recordar a El Escorial y comparar a mi padre con el autor del lienzo de la sacristía, no aquí encerrado pintando para conventos, sino recorriendo Europa como embajador.

De esto nunca le gusta hablar, de por qué quiso quedarse en un país donde ningún artista de fuste trabajaría. Ha reflejado en sus rostros y paisajes ese instante que llamamos eternidad, sabiendo que no solo se adelanta a los demás, sino que tampoco llegarán a comprenderle.

Aquí es famoso a su modo. No damos un paso sin que tenga que responder a un saludo con una media sonrisa que esconde su fatiga.

Ya cerca de la puerta mi mujer le anima:

—Vamos, ya falta poco. En casa puede descansar.

Mas ella sabe como yo que, apenas cruce el umbral, volverá a su tarea de siempre. No en balde la pintura da un sentido a su vida, aunque sus fuerzas se acaben y sus ansias crezcan, al paso que su ceguera.

—Tanto pintar, le acabará matando.

Pero él solo escucha la voz interior que le domina. Sus manos vuelan como las llamas de la Pentecostés, pero aun así pregunta:

—¿Conoces el hospital de Afuera?

—¿El de Javera?

—Pues es preciso pintar los retablos de la iglesia.

—Recuerde su salud —insiste mi mujer.

—Tengo de plazo cinco años. Por el primero me pagarán treinta mil reales.

Marchando a casa, tras acompañarle, he salido a la calle principal aún repleta de sederos venidos para celebrar el día, hombres de leyes, la flor y nata de un Toledo casi desierto durante el resto del año, mas que ahora aparece rebosante. La ciudad está aquí —me digo—, pero por pocas horas, en tanto que Madrid es capital durante todo el año.

El paseo de la vega parece más animado que de costumbre, en tanto al otro lado, entre los olivares, se ven medio escondidos modestos cigarrales revocados con cal. Sus jardines parecen desafiar al regio alcázar que se alza frente a ellos. Poco a poco, vamos dando vuelta a la ciudad. Álamos negros apuntan hacia un cielo más oscuro cada vez según van naciendo las estrellas. De pronto mi mujer me señala en el camino que lleva a Madrid un caserío escondido entre almendros.

—¿De quién será? —pregunta.

—Ahí vive la amiga del deán. —Y adivinando su gesto en la penumbra, añado—: ¿No lo sabías?

—Algo he oído decir. Mas en las ciudades lo que no es cierto se inventa y en paz.

Lleva tanto tiempo visitándola que la gente ni siquiera lo recuerda. En historias de viudas y solteras los cigarrales tendrían mucho que decir.

—Yo creí que eran solo lugar de reposo.

—A veces lo fueron, es cierto, pero también en ocasiones sirvieron para llevar a cabo lo que en Toledo no se puede hacer, aquello que la moral no permite, pero que en ellos es más fácil.

## EL HIJO DEL DEÁN

NADA MÁS OÍR LOS CASCOS del caballo en el patio, supo mi padre que llegaba. Se asomó a la galería y al punto me reconoció desmontando con la ayuda del criado.

—¿Eres tú, hijo?

Sin responder apenas subí la escalera para abrazarle. Mientras tanto aparecía el ama, como siempre rebotando lágrimas.

—Vamos, arriba ese ánimo. Esta vez pienso quedarme con vosotros un mes al menos.

—¿Solo un mes? —se lamentó mi padre—. ¿Por qué no un año?

—¿Un año? ¿Qué haría tanto tiempo aquí?

—Lo mismo que si quedaras de por vida; dictar clases en la Universidad.

—De sobra sabe que no me place la pedagogía.

—¿Y qué te place, salvo viajar?

—Aparte de conocer otros países, escribir y estudiar.

—Ya estudiaste demasiado. Tantos años devorando libros, ¿te parecen pocos?

—Nunca falta alguna novedad.

—A tu edad ya era yo canónigo.

—Por todos los santos, dejemos las cosas como están.

Traía tal hambre de lobo que pronto quedaron sobre el mantel un montón de huesos mondos y restos de fruta, en tanto mi padre no me quitaba ojo.

—Vamos, cuéntame.

—¿Qué quiere que le cuente?

—Todo; cómo van nuestros negocios en Europa; qué dicen de nuestro nuevo rey.

—Lo de siempre; que es bueno, pero podría ser mejor.

—Pero hay paz, al menos, después de tantos años.

—Es cierto, también la hay en los camposantos.

Mi padre, en el extremo opuesto de la mesa, me miraba en silencio; debía de recordar cuando de niño ya me veía entregarme a los libros. Fue entonces cuando decidió encaminar mis pasos hacia la ciencia, mas pronto adivinó que no tenía vocación y hasta el ama lloró cuando supo que tampoco sería doctor de la Iglesia.

—¿Por qué no quiso profesar? —preguntó al saberlo—. ¿Tanto le gustan las mujeres?

—Tal cosa no sería inconveniente —respondió mi padre.

—Entonces, ¿por qué? —insistía el ama.

—No lo sé. El tiempo lo dirá.

El tiempo había pasado en un suspiro, sin hacerse notar, y allí estábamos los dos, frente a frente a ambos lados de la mesa, servidos por el ama que no perdía ocasión de pararse a escuchar.

Yo ignoraba a qué dedicaría mis días; en tanto mi padre comenzaba a

impacientarse.

—Va siendo hora de decidirse.

—Lo pensaré en este viaje.

—A tu edad te deberías casar —dijo con gesto amable.

Seguramente pensaba en alguna dama que en Roma o en Nápoles me esperaba, como aquella marquesa Fondi, famosa en todo el orbe católico, cantada por Torcuato Tasso y a la que el mismo Solimán el Magnífico quiso raptar para su harén. Se había salvado huyendo, medio desnuda por los campos, guardando así fidelidad a su marido.

Mas no era ese mi caso; no tenía ninguna dama; mi tiempo seguía tranquilo y era dueño de mí, por lo que no era cuestión de alarmarse por lo que hubiera podido aprender en París.

Desde niño me gustaron los libros; a veces me quedaba leyendo a la luz del velón hasta la madrugada. Según crecía, mi padre se preguntaba qué me andaría rondando la cabeza para pasar el día durmiendo y las noches en vela sin frecuentar hosterías ni mesones, como mis compañeros que, como yo, aspiraban a ingresar en la Universidad.

—Es preciso moverse, salir —me aconsejaba—. No es bueno pasar la vida tumbado en el lecho esperando.

—¿Cómo sabe que espero alguna cosa?

—Tú mismo y tu silencio lo dicen. La vida es pura discreción, no nos dice en qué consiste el dolor, el amor, el sacrificio. Es inútil buscarlo en los libros. Por mucho que leas, nunca hallarás respuesta.

Mas yo seguía buscando en aquellas páginas de letra menuda una razón que, llegando al corazón, me ayudara a poner en orden mis ideas.

Fue entonces cuando mi padre me propuso partir, seguramente para alejarme de la Corte.

—Los largos viajes —murmuró— siempre ilustran.

Así dejé los libros de momento, dispuesto a ver mundo, coloqué en un rincón mi mesa y mi silla de nogal y eché un postrer vistazo a la parra y al pozo junto al portal. Cualquiera hubiera dicho que llevaba el destino en mis ojos, tan vivos parecían en contraste con los de mi padre y el ama, que cambiaron en los suyos el brillo por ceniza.

—Ea, vete con Dios y escribe apenas llegues. No olvides presentarte a donde dicen las cartas que llevas. Puede que un día necesites ayuda; ellas entonces hablarán por ti.

—Así haré, descuide.

—Y abrigate de la noche —recomendó el ama—, fuera de casa siempre hace frío.

—Me abrigaré.

—Y come, hijo, si no te cuidas, ¿quién cuidará de tu salud en esas tierras?

Me alejé sin volver a mirar siquiera. Ahora, de vuelta allí, estaba transformado, al

otro lado de la mesa, frente a mi padre viejo ya y al ama cubierta de canas, mas que a pesar de ello dispuesta a alzarse para lavar mi ropa.

Cierto día mi padre, sabiéndome fuera toda la jornada, a la noche me preguntó preocupado:

—¿Dónde estuviste?

—Fui a ver a un amigo. Estuvimos charlando y a la postre me invitó a comer.

—Te estuvimos esperando.

—No volveré a repetirlo. No se enoje.

—Además tampoco te vendría mal venir conmigo de cuando en cuando.

—¿Adónde?

—¿Qué más da? Conocerías gente que el día de mañana te podría valer. Al Griego, por ejemplo. Él también pasó unos años en Italia.

—¿El pintor? —pregunté interesado—. ¿Va a hacerle algún retrato?

—Ha de pintar unos retablos para el hospital de Afuera.

—¿El de Tavera?

—He de ir como testigo en el contrato. Tratándose de amigos no he podido negarme. ¿Quieres venir conmigo?

—Está bien.

—Te avisaré.

—¿Para verle firmar? No ha de ser tan interesante.

—A visitar a Doménico.

—Está bien, iré aunque tengo pendientes unos exámenes.

Era cierto; para pasarlos con éxito había traído dos cofres repletos de libros, más otros cuyos títulos no dije a mi padre. Años antes les habría echado un vistazo, pero el tiempo había matado su afición por la lectura y no se había molestado ni siquiera en abrirlos.

—Ese afán que dices por los libros —comentó— lo debiste heredar de mí. De chico nunca se me caían de las manos. Hasta comiendo leía, y en el lecho no digamos.

—Debieron de ser tiempos buenos aquellos.

Las tardes se prolongaban sin que ninguno de los dos confesara del todo sus pensamientos, y era curioso comprobar que mi vuelta comenzaba a hacerle olvidar incluso el cigarral. Posiblemente acabaría dejándolo definitivamente, mas aun así, le prefería tranquilo, pendiente del horizonte más que de las nuevas que llegaban de la Corte.

Luego era preciso tener en cuenta a aquella Inés de la que todos hablaban cuando a mi padre se referían. Si yo me casaba y quedaba en la ciudad, ¿qué haría? ¿Echarse a un lado y ver de lejos cómo mi padre reconstruía su familia con hijo y nietos o renunciar a cualquier relación huyendo a la Corte si era preciso? Con menos años y más tiempo por delante, a buen seguro que no hubiera dudado tanto, mas tal vez su pasión se negara a permitirle abandonar a su amigo, cuyos retornos de la catedral se

prolongaban más cada día.

—Trabajas demasiado —le decía viéndole regresar.

—Acabamos muy tarde. Había que ponerse de acuerdo sobre las nuevas normas impuestas en Trento.

—No será preciso apresurarse tanto —respondí—. Hasta hoy respetamos las viejas y vivimos en paz.

—Las cosas no son como parecen —replicaba mi padre—. No es cuestión de vivir en paz, sino de propagar la doctrina de la contrarreforma. Toledo es un centro principal y todos somos responsables de que se observe tal como se ha dictado. El mismo Griego trabaja con nosotros.

—¿En qué?

—Cultivando en sus cuadros la fe católica, pintando santos que tanto aborrecen esos protestantes y el valor de la penitencia que justifica al hombre ante el Señor.

—¿Todo eso hay en sus cuadros? —pregunté maravillado.

—Todo eso y arte.

—Y dinero también.

—También, aunque no anda tan sobrado de él.

—¿En qué lo gasta para hallarse tan pobre?

—No sé, tal como llega se le va. En músicos, en libros y en pintura. No necesita más. Te lo he dicho en otras ocasiones. El día en que te decidas a conocerle, tú mismo lo podrás comprobar.

## TRISTÁN

EL MAESTRO SE NOS VA, solo es preciso ver el temblor de sus manos, su mirada perdida, su paso incierto. Ha tenido que despedir a ayudantes y aprendices y entre Jorge Manuel y yo vamos sacando el trabajo adelante. Nunca he sabido si me pagará alguna vez, mas ahora estoy casi seguro de que se irá al otro mundo sin que vea un centavo. Por ello he empezado a buscar nuevo maestro que me dé de comer y a la sombra del cual pueda encontrar clientes.

Mientras tanto los trabajos de Tavera van adelante, a veces más lentos de lo que el maestro deseara.

A este paso, ni en cinco ni en diez años terminamos. Yo me callo y procuro correr un poco más, aunque luego la pintura se resiente y sea preciso volverla a repasar. Entonces el maestro se impacienta.

—Ese pliegue está mal; házmelo más a plomo y más verde.

—¿Más verde, maestro?

—Como si fuera una esmeralda, y el rostro algo más pálido.

—La gente creerá que el donante ha muerto.

—Creerá solamente la verdad. Puede que cuando se lo entreguemos no esté en este mundo ya, sino en el otro. A todos nos llega la hora de hacer testamento. Y hablando de ello, anoche me acordé de ti.

Me ha entregado tres cuadros; increíble regalo para un modesto principiante. Quizá vea ya la muerte cerca y ella le haya aconsejado regalármelos; por ello, y a pesar de la tristeza que suponen, se los he agradecido en lo que valen: no solo me enseñarán a pintar, sino que además mostrarán cómo el maestro siente el arte.

Cuando Jorge Manuel los vio en mi aposento, quedó tan asombrado como yo. Los miró y remiró cien veces, murmurando:

—Verdaderamente, es difícil entender a mi padre. En ocasiones tan avaro de su arte y ahora capaz de regalarte no un boceto o un dibujo, sino tres cuadros dignos de una capilla mayor.

Hay cierto resquemor en sus palabras; se le nota celoso como a su madre, que tal vez se pregunte cuánto les dejará el maestro cuando muera.

—¿Qué vas a hacer con ellos?

—¿Qué he de hacer? —le respondo—. Guardarlos de por vida.

—¿No pensarás venderlos?

—¿Venderlos? Antes vendería mi alma que separarme un solo día de ellos.

María también siente celos, aunque espera que el amo no la olvide a la hora de testar. A su modo tiene razón; son muchos años de servirle, de aguantar los caprichos de Jorge y los amagos de melancolía que sufre la señora. A ello añade la suya cada vez que alguien viene de las Indias sin noticias del hijo.

Algunos días la acompaño al mercado escuchando sus recomendaciones.

—Cuida esas telas, hijo —murmura refiriéndose a los cuadros—. Cada una ha de valer un montón de ducados y en tu profesión nunca se sabe qué nos traerá cada mañana, si dinero o miseria.

—De un modo o de otro pienso salir adelante.

—Los ducados corren, hijo, tan solo se detienen en las manos de los avisados y, aun así, ahora muchos se arruinan por falta de trabajo. Si no me crees, mírate en mi espejo. Fui joven por tan poco tiempo que a veces pienso que ni llegué a enterarme.

—Tan grave contratiempo no ha de sucederme. Pondré mi dinero a buen recaudo, lejos de picaros y ladrones.

—Aun así, el dinero cuando se es joven vuela como los mismos pájaros.

—Yo sabré cortarle las alas.

—No lo tendrás seguro ni metido en una jaula de oro.

—Entonces ¿qué me aconsejas?

—Siendo joven gustarlo. A fin de cuentas solo se vive una vez.

—¿Empeñarlo?

—En casarte. Tu mujer dará buen aire en casa. A cambio recibirás caricias, algo de ropa y a la noche un poco de alegría en la cama. Al final, todo se acaba cuando llegan los hijos.

—Tal como hablas, sería mejor ser más pobre que las ratas.

—A esas nadie las envidia, ni sus hijos esperan su muerte por lo poco que reciben en llegando la hora.

He mirado a la vieja. Hablando de dinero se diría que es otra, que a su rostro asoma otra distinta. Su eterna sumisión se borra y nace en cambio un interés inusitado por ese vil metal que la preocupa más de lo que aparenta, y por el cual a buen seguro empeñaría los pocos años que todavía le restan. En lo tocante al matrimonio, el suyo no debió de ser modelo de amor, sino refugio donde guardarse de duros contratiempos y aguardar tranquila una ociosa vejez. No ha sido así, como pensaba, y ahora lamenta sus errores cuando no tienen remedio.

—Si volviera a la vida, nacería piedra o asno. Ellos no piensan, ni sufren, ni padecen.

—Tampoco gozan.

—¿Y a qué llamas gozar? ¿A comer y beber? ¿A revolearte de noche entre las sábanas? Has de saber que todo no es sino humo de paja que dura apenas un suspiro, y cuando caes en la cuenta te hallas con un pie en la sepultura.

—En fin, que hablando de dinero todo es malo: tenerlo y no tenerlo.

—Mejor tenerlo en su justa medida.

—Pues siendo así —eché mano a la bolsa— me parece que tengo algún maravedí. Si no te importa te convido.

Los ojos de María se iluminan de repente con una luz que yo no conocía.

—¿Por qué habría de importarme? Un vaso de vino vale más que cien suspiros.

—¿Y qué hay de la comida? —le pregunto, acordándome del mercado y las

vituallas que en él debíamos comprar.

—El mercado puede esperar —responde.

Antes de buscar entre nabos y coles, entramos en un mesón que abre sus puertas a la plaza, donde suelo acudir con Jorge. Pido una jarra y bebo, y mientras María me imita, va contándome su vida y la de su marido, que murió de poca edad.

—Fue un mal que traían los barcos de las Indias. La primera vez lo de mi hombre fue leve. Antes de un mes estaba sano.

—No era tan duro entonces.

—Gracias a mí que le cuidé como me aconsejaron. A poco comía y bebía como si estuviera bueno, volviendo a hacer la vida de siempre.

—¿Cuál fue su nuevo pecado?

—Pues que apenas pudo valerse por sí solo, volvió a frecuentar a esas mujeres que lo llevan.

—Y perdió lo ganado.

—Hasta la vida hubiera dejado dentro de ellas si no le consigo detener.

—Mucha pasión era la suya.

—¿Pasión? —María hizo un gesto vago—. Más que pasión diría yo locura. No sé qué clase de veneno colocó el Señor entre las piernas de las hembras para empujar a los hombres a ese maldito infierno. Míralas —añadió abarcando con hostil ademán a un grupo de busconas con las que unos cuantos hombres gozaban y reían—, por un vaso de vino son tuyas toda la noche.

—Muy barato compras.

—Depende, Tristán. Las hay que duermen contigo por un par de ligas de colores. Mira esa que hay detrás de ti o aquella otra que está en la puerta; nunca las verás cansadas, antes muertas de tanto trajinar.

—Entonces no son tan débiles como dicen.

—¿Débiles? Se vengán vendiéndose con amor pagado a poco precio.

—Triste destino el suyo.

María se echó al coleteo un vaso acabando con el vino.

—Bien triste y prolongado, porque mucho me temo que mi hijo siga el mismo camino.

—No es fácil que así suceda. Ni el mismo rayo cae dos veces en el mismo sitio.

—Amén —dijo María—. Y que el Señor te guarde de trance parecido.

Estaba yo alzándome para buscar unas monedas con las que pagar, cuando un brazo tan suave como duro me retuvo del cuello volviéndome a sentar.

—¿Qué te trae por aquí, Tristán?

Al punto reconocí a Cristinica, tan cariñosa y alegre como siempre.

—¿No me invitas, truhan? ¿Sigues pintando santos? Desde el día en que tu amigo voló, no he vuelto a saber nada de los dos.

Otra jarra vino a calmar la sed de Cristinica y aun de María, que, tras apurar su vaso, manifestó:

—Ea, os dejo, que aún tengo que pasar por el mercado. Además de que donde están los mozos, los viejos sobran las más de las veces.

Y dicho esto nos dejó solos frente a frente.

—¿Hasta cuándo piensas seguir trabajando con ese Griego? —me preguntó.

—En tanto que los años no se le echen encima. No es tan viejo.

—Ni tan joven —responde—. Y el hijo, ¿cómo está? ¿Sigue siendo tu amigo?

—Se casó, ¿no lo sabías?

—Algo me malicié cuando dejó de venir por aquí. Pensé que no quería verme y a lo que parece no andaba descaminada.

—Hace tres meses fue la boda.

—¡Ay de mí! —suspiró—. Siempre es así, siempre mucho «te quiero» y a la postre se casan con otras. Y la verdad es que no estoy mal; mira qué pechos —los hinchó dentro del corpiño—, mira qué boca, y no digo nada de mis muslos, pues no es cosa de enseñarlos ahora.

—Tampoco me explico yo cómo con tales gracias sigues todavía soltera.

—Porque los hombres cuanto más putañeros, a la hora de casarse, más les gustan las bobas.

—Hazte la boba tú.

—Para eso hay que servir, hay que saber bajar los ojos cuando te hablan, reír poco y callar discretamente, vivir entre iglesia y cocina. No siendo así y si no tienes ahorros, tendrás una triste vejez.

—Algunos has de tener tú.

—No por cierto. Lo poco que tenía se lo llevó una enfermedad. Por eso ahora lo que gano lo gasto invitando a los amigos, no vaya a comérselo algún pariente a mi muerte.

—Bien pensado, tienes razón. ¿Por qué no me convidas a mí?

—¿Quieres? —sonrió—. ¿Lo que a todos?

—¿Y quién no? Cuando se te conoce no se te olvida fácilmente.

—¿Cuánto me pagarás?

—No lo sé. Pero por ver esas piernas que muestras cuando bailas estoy dispuesto a empeñar, si es preciso, hasta la paleta.

—Que no se diga —murmuró Cristinica de buen humor— que solo por verme impongo tales sacrificios. Seré complaciente contigo, mas la próxima vez no vengas de vacío.

Subimos a su cuarto en el que, nada más entrar, se notaba cierta mejoría, comparándolo con los que hasta entonces conocí. La cama era espaciosa con sábanas limpias, en tanto en la pared un crucifijo parecía mirar a los amantes desde la tenue oscuridad.

Cristinica, sentada en el jergón, preguntó mientras se bajaba las medias:

—¿Te importa que no me las quite?

—Me da lo mismo.

Se las dejó enrolladas en los tobillos y, en tanto dejaba caer las sayas al suelo, le dije:

—No sé de qué te quejas; después de todo no vives tan mal.

—Ni bien tampoco. Esto parece un palacio porque eres joven todavía. Lo que desean las mujeres de cualquier condición es una casa aunque sea vacía, mas sobre todo un hombre que las cuide y que saque la cara por ellas. Una cosa es un momento de placer o un poco de dinero y otra pasar la vida más solas que las ratas. Si ese maldito amigo tuyo no se hubiera echado atrás a última hora, yo estaría en mi casa y no de cama en cama esperando clientes de la noche a la mañana; y aún hay algo peor.

—¿Peor aún?

—Sí, Tristán. Es el riesgo que corremos las que nos dedicamos a esto.

—¿A qué?

—A servir a los hombres de festín y desahogo.

—No te tengo yo por eso.

—Pues hazte cuenta que lo soy. Has de saber que este oficio es aún más duro que el teatro.

Justamente por no querer abandonar el teatro, debía de ser por lo que había abandonado a Jorge Manuel. Ahora, recordándole, turbias lágrimas asomaban a sus ojos mojando sus mejillas de manzana. Toda ella parecía haber perdido la alegría de sus buenos tiempos, incluso los rosados botones en el centro de sus gastados pechos aparecían pálidos y sin brillo como rosas que las heladas no hubieran dejado florecer. Quién sabe cuántas bocas sedientas habrían bebido allí amores que nunca existieron pero que Cristinica sabía fingir. Un desfile de manos presurosas seguramente habrían intentado alzar aquellos dos pechos, siempre dispuestos a gozar, pero que ya no se levantaban, como luego pude comprobar. La misma falta de pasión pude notar de cintura para abajo, en sus muslos más flácidos ahora, incluso en el musgo oscuro de su vientre que, tras tentar a tan diversos clientes, era incapaz de desatar las pasiones de antaño.

La sombra de Jorge Manuel andaba de por medio y, cuanto más ponía de mi parte, más se alejaba Cristinica, como si huyera de aquel recuerdo que se metía entre los dos.

—¿Qué te sucede? —le pregunté en un descanso, entre envite y envite—. ¿Qué mal te dio?

—Ninguno que no pase pronto en cuanto repose un poco.

—¿Lo dejamos para otro día?

—¿Y vas a irte así, tan colmado como viniste?

—Me las arreglaré.

—Pues hazlo pronto o se te cuajará la leche. No vas a poder moverte en todo el día.

—Tan solo con verte, soy feliz.

—Entonces aquí seguiré contigo.

Al final, una vez pasado mi alboroto, me vestí dejando a Cristinica desnuda como estaba sobre el lecho; ahora sonreía y me dije que a pesar de no ganar nada en firme, a mi entender, algo había sacado de provecho.

## JERÓNIMA

LLEGÓ AVISO DE QUE EL DEÁN deseaba ver a Doménico con el mozo recién venido de Italia. Teniendo en cuenta la fama de Doménico, fue preciso convencer al joven de que tan solo era necesario saberlo tratar.

—Es vanidoso —había concedido el deán—, mas en su caso yo también lo sería, y puede que más. En cuanto al raro carácter que también se le achaca, no lo es tanto, habida cuenta de la vida que llevó hasta ahora. Venir a España tras vivir fuera de ella tanto tiempo, es cosa difícil. Al menos eso creo. La envidia es nuestro pecado principal.

El deán calló, en tanto paseábamos por el jardín.

—¿Aquí pasan la tarde? —preguntó el mozo.

—Casi siempre. No hay lugar más templado en Toledo.

Mientras charlábamos, María trajo vino y mazapán, que dejó sobre uno de los veladores.

—Pocos amigos han de venir por aquí.

—Así es —repuse—, sobre todo desde que Doménico cayó enfermo.

La criada desapareció; el mozo miraba las higueras y almácigos; la aguja de la catedral apuntaba al cielo, más allá de rojos tapiales. De pronto me miró como buscando en mí algo que al fin se decidió a preguntar:

—¿Estuvo en Italia alguna vez?

—Nunca salí de aquí.

—¿Ni siquiera en Madrid?

—En la Corte sí, una o dos veces, pero por poco tiempo. Doménico va a menudo. ¿Por qué lo preguntas?

—Por nada —respondió el mozo—. Tan solo por curiosidad.

Mas para tratarse de simple curiosidad, fijaba la mirada demasiado. Tal vez quería saber cómo era el maestro a través de su mujer o me esperaba distinta a como me había imaginado. El caso fue que en el breve tiempo que hubimos de esperar, nada debió de escapar a sus ojos: geranios, escalera, incluso la galería de nogal. Solo la vuelta de la vieja puso fin a su curiosidad.

—El amo dice que en cuanto cierre el negocio baja.

—Dile que le esperamos.

—¿De modo que esta es la famosa casa del Griego? —comentó el mozo.

—¿Te esperabas otra cosa? ¿Uno de esos palacios que abundan en Italia?

Miró la luz del sol camino del ocaso y su silencio pareció borrar en la penumbra, convertida en una mancha más de las paredes. Entre los rosales llegaba como siempre el rumor de los vencejos y el de la corriente que a saber qué recuerdos le traían. Viéndole tan callado, se me antojó aún más parecido al padre, a buen seguro pensando en aquella escondida Inés.

Al fin llegó Doménico. Parecía traer resto de luz en sus pinceles.

—Hemos venido a saludarle —declaró el deán— y a que Luis le conozca.

Y al cabo de un rato aproveché el tiempo que los demás gastaban en presentaciones para mirarme en el espejo del salón principal. Al otro lado del cristal, estaba yo en mis tiempos mejores, peinada y alhajada. De improviso sentí un rumor de pasos a mi espalda. Tal como me esperaba, se trataba del mozo que, haciendo un aparte, me dijo:

—Parece que nos vamos. ¿Cuándo puedo veros de nuevo?

Mis mejillas se encendieron en tanto inclinaba la cabeza. Con gran esfuerzo osé volverme.

—La verdad es —insistió— que mi interés por venir no es otro que un mensaje de Italia que traigo para vuesa merced.

—¿De Italia? No conozco allí a nadie.

—Me parece que sí; su apellido es Preboste.

El mundo giró en torno a mí. No supe si entristecerme o alegrarme. Temí temblar, llorar, y no pude responder, mas la voz de Doménico vino a sacarme del apuro. Yo, adivinando que Francisco había preferido guardar el secreto, pregunté solo:

—¿Cuándo vuelves por aquí?

—No lo sé, solo a medias depende de mí.

—Otro día que vengas estaré más prevenida. A fin de cuentas nos acabamos de conocer.

—Hoy era visita de negocios, otro día será.

De vuelta en la misma puerta nos topamos con María; venía tan alborotada que a punto estuvo de tropezar en el umbral.

—¡Albricias, señora! ¡Ha vuelto! —exclamaba.

Por un instante pensé que Francisco estaba allí de nuevo.

—¿Quién ha venido?

—Mi hijo. Está en la cocina.

Una nube de gris desengaño barrió en mí la ilusión alzada con sus palabras, en tanto los visitantes se despedían y marchaban. Doménico volvió a encerrarse como si la vuelta del hijo de la vieja no le importara demasiado, mientras María explicaba:

—La verdad es que no salió de España; quedó en Sevilla.

—Y ahora, ¿qué piensa hacer? —le pregunté.

—Como siempre, buscar donde dormir y comer.

Entendí que pedía nuevo hospedaje y no me opuse a ello pues, conociéndole, sabía que poco habría de parar entre nosotros. De todos modos quise saber a qué se debía aquella vuelta inesperada.

—A que a la postre no obtuvo pasaje.

—Pero él tenía cartas que mi marido consiguió. Además, según tengo entendido, hay multitud de galeones.

—Es que él —dudó María— no es gran cosa en la mar.

—Si no recuerdo mal, me dijiste que sirvió en la Armada cierto tiempo.

—¡Ay, señora! —se lamentó María—, ¿qué no dirán las madres de los hijos con tal de sacarlos adelante?

—Está bien, esperemos que esta vez tenga mejor suerte.

—Dios la oiga, señora.

Entramos en la cocina y allí se hallaba con su aspecto contrito. Apenas me vio, cayó de rodillas tratando de besar mis manos.

—Le suplico, señora, me deje quedar un tiempo aquí, le prometo no resultar gravoso. En cuanto halle donde emplearme tengo que devolverle lo que debo.

—No debes nada —le respondí—, pero mejor harías buscando en Toledo lugar donde emplearte.

—Con tal de ganar un jornal haría cualquier cosa, salvo empeñar mi honor. —Quedó un rato meditando y preguntó luego—: ¿Su marido no conoce a nadie que necesite escudero?

—Eso es honor de hidalgos o de caballeros, y él no es lo uno ni lo otro.

—El señor —murmuró la vieja— reparte mal los bienes de esta tierra. Unos tanto y otros tan poco.

—El mundo es así, madre, no se preocupe tanto —trató de consolarla el hijo—, yo sabré arreglarme; solo es cuestión de ingenio y mano. Quizá esta vez consiga lo que las cartas no me dieron.

## INÉS

HOY HA VENIDO MI AMIGO, preocupado. Es cierto que no corren buenos tiempos ni siquiera para los eclesiásticos, pero siendo deán no hay miedo de que le alcance la tormenta. También es cierto que han entrado en España multitud de libros heréticos, mas de esto hace tiempo ya, las aguas habían vuelto a su cauce y nadie pensaba que tal cosa podría repetirse. Así ha sido sin embargo y los espías de la Inquisición no han tardado en hallar culpables. Luego tiraron de la cuerda y han dado en la cárcel con muchos secretos protestantes.

El Consejo Supremo ha enviado a los diversos tribunales mensajes recomendándoles estar alerta, pues parece que la herejía progresa y ni siquiera los prelados mismos se hallan libres de sospecha. El Papa quiere acabar con este azote y el mismo rey ha añadido su grano de arena, prometiendo la cuarta parte de la fortuna a aquellos que informen acerca de estos malos cristianos. Así mi amigo se preocupa y es preciso levantarle el ánimo.

—Todo eso no va contigo. ¿Cuándo se ha visto pedirle cuentas a un deán?

—Nunca se sabe. Hay demasiados ambiciosos tratando de mejorar. Aunque también los hay que por difamar acaban con sus huesos en la cárcel.

Hablaba tan seguro de sí mismo que a veces conseguía convencerme, haciéndome preguntar si nuestro amor seguiría oculto o no. La verdad era que parecía a ratos olvidado, sustituido por otras preocupaciones que yo no llegaba a entender. Tampoco él sabía quién podía aspirar a quitarle el sitio, desviando su camino, qué tiempo durará esta continua amenaza que le sigue a los talones. Cada día que pasa extrema sus precauciones cuando viene a verme, se marcha pronto y, por si fuera poco, el hijo apenas para en casa, sin saber por qué, robándole aquella seguridad de que antes hacía gala. Parece como si el destino se empeñara en llevarle la contra. El muchacho no se deja aconsejar; todo lo más asiente vagamente escuchándole, para después alzarse y salir camino de quién sabe dónde. Cuando tal cosa sucede mi amigo viene a buscar refugio en mí que, al menos, le escucho, no como en el Cigarral, donde no puede sacar sus cuitas a la luz. Así pasamos las tardes los dos encerrados, a orillas del Tajo, lo mismo que cuando éramos jóvenes, amándonos y a un tiempo recelando.

Un día han llamado a la puerta de su casa. Era el alguacil en busca de libros prohibidos.

—¿Qué libros dices? —ha preguntado.

—De sobra lo sabéis. Los que van en contra de la doctrina de Trento.

—De esos no ha habido nunca ninguno aquí, mas si tenéis alguna duda tú y tu gente, vosotros mismos podéis comprobarlo.

Mi amigo se hizo a un lado, dejando pasar a la tropa reducida de los que seguían al alguacil. Miraron en su aposento y en la biblioteca y, ya parecían convencidos, cuando uno tropezó con el equipaje del hijo.

—¿Es vuestro?

—No, sino de un pariente que acaba de llegar.

—¿Vive aquí?

—Cuando viene a Toledo nunca deja de pasar a verme.

—¿Y dónde se halla ahora?

—La verdad; no lo sé.

El alguacil, sospechando, desvió la mirada, comentando en voz alta:

—Curioso proceder. ¿Adónde va tan a menudo?

—Según parece, por todas partes.

El alguacil, a modo de respuesta, abrió uno de los cofres del equipaje. Una luz pareció surgir en sus ojos cuando, tras un montón de manuscritos, apareció mezclada con la ropa una serie de bien encuadernados libros. Mostrándolos al deán, preguntó:

—¿A quién pertenecen?

El deán no contestó.

—Aquí dice —el alguacil leyó la primera hoja del que tenía en sus manos—: «Tratado de la verdadera y falsa religión.»

—No sé de quién es.

—¿Y este otro? «Comentarios a las Epístolas de San Pablo.»

—Tampoco es mío.

Quedó el alguacil pensativo, y al fin decidió:

—Los libros me los llevo; se tomarán las providencias de costumbre. Queda libre de entrar y salir de casa con tal que no abandone la ciudad. Del mozo ya hablaremos.

Cargaron con los dos cofres y, tras lanzar una postrer mirada al aposento, se fueron, dejando a mi amigo preocupado.

Se preguntaba de dónde habría venido la denuncia, de qué enemigo, ahora que tanto abundaban en aquel Toledo tan medroso y revuelto. ¿Con quién andaría el hijo? ¿Qué lugares frecuentaba tan a menudo, como para pasar tanto tiempo fuera de casa?

Mas el mozo cuando volvía no daba explicaciones, ni siquiera durante la comida, y la noche se la pasaba encerrado para no levantarse hasta bien entrada la mañana.

—A este paso —le decía el padre— nunca tendrás amigos que el día de mañana te puedan ayudar.

—¿Ayudarme?

En su pregunta el deán le adivinaba un vago propósito de volver a marchar, aunque de proyectos nunca hablaba ni dijera a quién escribía. También él estaba a merced de un secreto, aquel cuya denuncia padecía. Ahora que no estaban allí los manuscritos y los libros, los dos tenían qué temer recordando aquel famoso auto de fe que vieron en Valladolid. Incluso el rey de entonces llevó a su hijo, a un espectáculo que a la reina repugnó, aunque unos cuantos de los reos habían conseguido salvar la vida.

El deán se veía a sí mismo esperando para subir al cadalso. La puerta de la prisión se abría y daba paso a un confesor que le exhortaba a abjurar sus errores

prometiéndole la gracia de morir estrangulado, en vez de ser quemado vivo.

Tales recuerdos se repetían noche tras noche, robándole horas de sueño y apartándole de todo, incluso del hijo que, tras uno de sus viajes, pasó a ver a Doménico.

## JERÓNIMA

ASÍ PUES, FRANCISCO ESTÁ EN ITALIA. Debió de embarcar en Valencia como todos, en una de esas galeras que llevan a Nápoles seda, grano y cualquier mercancía. Bien pudo enviarme noticias tuyas antes, mas ya se sabe cómo son los hombres: sin memoria de lejos y ciegos de cerca. Seguramente anda sembrando libros como el que me regaló en lechos ajenos; quién sabe si se halla casado con alguna de su país que ahora le cuida y mimosa a sus hijos.

A veces en mi soledad me pregunto qué sentido tiene mi vida con María y algún pariente que pasa a visitarme. También venía el mozo que vivía con el deán, antes de desaparecer como llevado por el río. En tanto Doménico, como quien sabe que su tiempo está cumplido, trabaja cada día más, y María sigue pendiente de la suerte de su hijo, buscando empleo en un Toledo desierto o en la Corte repleta de busconas, tratando de mejorar su vida.

Puede que en otros países sucedan cosas parecidas, pero yo vivo en este y aquí las mías me tocan cada día.

Una tarde me había detenido a la salida del camino que lleva a Sevilla cuando vino a mi encuentro un hombre que arrastraba un asno y encima de este a una mujer vestida a la morisca.

—Señora, ¿no me recuerda?

De pronto se hizo luz en mí. Quien me hablaba era uno de aquellos músicos que alegraban mi casa tiempo atrás.

Al punto recordé el reciente decreto ordenando que los seguidores de Mahoma abandonaran el país de inmediato, y por saber dónde pensaba echar nuevas raíces, le pregunté a mi vez:

—¿Para qué reino vas?

—Señora, camino de Marruecos, donde tengo parientes. Allí hay mucho amor por la música y no me faltará trabajo con que sacar adelante la familia.

Aquella noche, según me contó, pensaba dormir en casa de unos amigos suyos, pero muchos, en su viaje hacia el sur, no tenían techo ni cama y corrían el riesgo de caer en mano de algún salteador que los dejara pobres para toda la vida.

Por si tanta desgracia no bastara, solo vienen cosechas escasas con las que el hambre asola las ciudades. Las que se hallan junto al mar, aún pueden recibir vitualla, mas en la nuestra solo queda esperar que la lluvia transforme en ríos nuestros míseros manantiales.

Doménico ha traído de la tertulia a la que asiste copia de un memorial que han dirigido al rey y dice: «Señor, España se despuebla de tres maneras: la primera huyendo de ella la gente como el criado deja al amo que no le sustenta; la segunda enfermando sin tener cómo curarse, y la tercera no supliendo los muertos con vivos que sean capaces de sacar la nación adelante.»

Tal andan las cosas en Toledo que hasta falla la memoria de la Inquisición; así el deán no se ha visto ante ningún tribunal, como temía, ni le fueron incautados sus bienes, aunque nunca haya vuelto por el Cigarral por si la denuncia no se ha olvidado del todo. También el hijo debió de temer por su suerte y abandonando sus libros puso mar por medio, para tornar a Nápoles al encuentro de otros que seguramente piensan como él. A saber si entre ellos se hallaba también Francisco. ¿De qué hablarían? ¿Qué retrato le haría de mí el mozo, tras los breves encuentros del jardín? ¿Me vería demasiado vieja ya para nuevos amores, o joven como mis días en el taller de mi padre?

De todos modos nada importa ya, ni siquiera Jorge y su trabajo heredado.

En tal estado de cosas el Cigarral aparece cerrado; nada tiene de particular, pues el de Burgos marchó al fin y el canónigo anda alborotado con las nuevas normas que le obligan a estar más horas en la catedral.

## MARÍA

TRAS ESCUCHAR LAS RAZONES de este hijo mío que sin duda el Señor me dio como castigo, he secado mis lágrimas mostrándole la puerta de la calle.

—¡Vete, mal hijo, afrenta de la casa, tú no llevas mi sangre. Eres como tu padre, que en el infierno esté: torpe y mezquino!

Camino los dos del mercado me mira tan abatido que me dan ganas de callar, mas le conozco y sé que su silencio es preludio de alguna mala novedad.

—¿Qué podía hacer yo?

—¿Cómo osaste denunciar al deán? ¿Qué pensabas? ¿Salir así de pobre?

—Si la denuncia hubiera seguido su camino y hubiera sido condenado, a mí me hubieran dado la cuarta parte de sus bienes. Lo malo es que todo quedó en nada. Ni hubo auto de fe, ni maldita la cosa.

—Pero ¿tú tenías algo en su contra?

—¿Qué había de tener? Lo único las arcas donde guarda sus ducados.

—¿Y con ellas pensabas salir adelante? —insisto—. ¿Por eso huiste a Madrid?

—No te quejes, madre. ¿No estoy aquí de nuevo?

Le miro por un rato, el rostro grave y desesperado. De nuevo intento aconsejarle, mas según hablo no entiende sino de estocadas y doblones. Quizá por ello su semblante amarillo tiene el color del oro que le quita el sueño.

—No seré yo que te lleve la contraria —le digo finalmente— pues que de barro nos hicieron y al barro hemos de volver. Pero recuerda que si se sabe quién denunció al deán vas a pasarlo mal.

En tanto discutíamos, vimos venir a Tristán del taller acompañando a la señora. Parecían inquietos los dos por alguna novedad, mas cuando les pregunté, explicaron que no había ninguna.

—¿Qué novedad ha de haber —clamó la señora— si se empeña en seguir con sus pinceles? Un día acabarán con él.

—¿Tan mal se halla, señora?

—Para allá vamos.

—¿Para dónde?

—A Tavera, donde está trabajando o, por mejor decirlo, dejándose la vida, pues al paso que va, pienso que allí lo enterrarán. Hay días que es preciso sostenerle el pincel entre los dedos.

—¡Ave María, su suerte se halla en manos del Señor! Es inútil querer enmendar sus renglones.

La señora, con las lágrimas a punto, ha enmudecido y luego, con Tristán, como si fueran hijo y madre, han seguido camino adelante.¶

## JORGE MANUEL

CADA DÍA QUE PASA la muerte ciñe más a mi padre, le vigila como a su presa los milanos. Él lo sabe; al fin se ha convencido de que nunca terminará su obra de Tavera, pues me hace seguir el trabajo, en tanto él queda en el taller, en la penumbra. No pinta, ni dibuja para tener vivas sus manos. Ahora cuando la primavera asoma a las colinas, se ha empeñado en hacer testamento.

Uno tras otro, como quien cumple un deber penoso, han llegado los albaceas. Unos contritos por el amigo que van a perder, otros calculando cuánto tardarán en seguir un camino parecido. Mi padre se ha incorporado en el lecho para dictar con gran esfuerzo al escribano:

*Estando echado en cama, enfermo de enfermedad que Dios nuestro Señor fue servido de darme y en mi buen seso, juicio y entendimiento natural, creyendo y confesando todo aquello que confiesa la Santa Madre Iglesia de Roma, en cuya presencia vivo y muero, digo que por cuanto la gravedad de mi enfermedad es mucha hago testamento como conviene al servicio de Dios, a la salvación de mi alma y descargo de mi conciencia.*

Muriendo el día, de nuevo ha quedado postrado. Mi madre le intenta convencer de que se tome un caldo que María le ha preparado, mas él apenas lo prueba; solo espera la noche para intentar dormir. Rayando el alba un sinfín de pesadillas le acomete: Roma, Florencia o el mismo Cigarral nacen en su cabeza para al punto borrarse.

Queda a solas, hasta que nuevos amigos le visitan y tratan de animarle con las novedades que llegan de la Corte. Otros se contentan tan solo con mirar; incluso ha venido el deán, cuyo hijo puso mar por medio, salvándose de la Inquisición. No vienen en cambio acreedores, ni fiadores tampoco, ni aprendiz ninguno, salvo Tristán, que apenas se separa de su lado. Una noche han quedado dormidos los dos. Tristán se ha despertado el primero y, acercando los labios a su oído, pregunta:

—¿Duerme, maestro?

Mi padre niega con un ademán.

—Todo Toledo está encendido, tenemos la primavera encima.

—La luz de Toledo no importa. Tan solo la que ilumina mi corazón. —Y fijando sus ojos en la blanca soledad del muro, nunca más ha vuelto a mirar en tomo.

El tiempo en sus cuadros se ha detenido, en el jardín la brisa ha cesado y el río parece más profundo.

Adivinando que ya venía lo que todos esperábamos, dijo mi madre:

—Señor, acógelo en tu seno. Sé piadoso con él como él lo ha sido con nosotros.

Allí estaba el hijo de María también, que apenas osaba levantar la cabeza, pendiente del párroco que llegaba jadeante.

Toda la noche le velamos, junto a los amigos que no eran muchos, por cierto, consolando a mi madre que apenas se movió de su rincón. Al día siguiente llegó algún que otro pariente, y entre todos le llevamos al monasterio de Santo Domingo el Antiguo, tal como quiso en vida.

Tampoco faltaron a la cita sus cofrades, y en el lugar donde se le depositó, se le dijo una misa cantada con vigilia y responso. Era como si estuviera presente el mismo señor de Orgaz, que un día pasaría a la posteridad gracias a su pincel, y el arzobispo más rico de la villa, fundador de conventos y colegios, y aquel otro que construyó para sí un cigarral.

También rezaban ante su cuerpo inerte Tristán y Cristinica. Luego, el cortejo se puso en marcha lentamente. Todo Toledo asistió: nobles, sederos y humanistas vieron cómo aquel cuerpo frío de mi padre quedó en su reino de tinieblas, de rodillas ante un Jesús como tantos en vida pintó.

Después de haber luchado en esta vida, desaparecía para siempre, uniendo así su muerte con sus días, Creta que le vio nacer con Toledo donde quedaba su obra, convertida en eternidad, pues aparte de lo que se sabe de él, aquello que se ignora, no siendo artículo de fe, mejor guardar silencio y esperar a que el mismo pintor lo explique en el día del Juicio.



JESÚS FERNÁNDEZ SANTOS. Nació en Madrid en 1926. Cursó estudios en la Facultad de Letras de Madrid. Dirigió el Teatro Estudio Universitario, participó como actor en el Teatro Nacional de Cámara colaboró en Radio Madrid. Sin embargo, las experiencias teatrales se vieron reemplazadas muy pronto por las del cine; Fernández Santos fue el guionista y director de una nutrida serie de documentales sobre la cultura artística y literaria española y, al mismo, tiempo crítico cinematográfico.

Publicó tres cuentos en la Revista española pero fue con su primera novela, *Los Bravos* que en la novela social española, crítica de la España franquista, al lado de escritores como Juan Goytisolo, Rafael Sánchez Ferlosio y Luis Martín Santos.

En 1970 obtuvo el Premio Nadal por el *Libro de las memorias de las cosas*.

La novela *Extramuros*, de 1979, le valió el Premio Nacional de Literatura y fue llevada al cine por Miguel Picazo en 1985, también se hicieron adaptaciones cinematográficas de *Llegar a más* (1964), dirigida por él mismo, y *Los jinetes del alba* (TV) (1990), dirigida por Vicente Aranda.

Murió en 1988.